Ernst Jünger

Un encuentro peligroso



Publicada en 1985 en su primera edición alemana, coincidiendo con los noventa años del autor, *Un encuentro peligroso* es una muestra admirable de la vitalidad creadora de Ernst Jünger. A primera vista, el relato, entre policíaco y galante, en el París donde aún se está construyendo la torre Eiffel, describe una variante fastuosa y sombría de la clásica novela de aprendizaje, al enfrentar a un joven con un mundo ambiguo de seducción, crimen y lujo; subterráneamente, los grandes temas de Jünger presiden esta investigación a la vez detectivesca y psicológica, que, tanto como a un duelo y al posible desenmascaramiento de la identidad del asesino, nos lleva, guiados por un maestro de la literatura de nuestro siglo, al permanente enigma del ser humano.

Ernst Jünger

Un encuentro peligroso

Título original: *Eine gefährliche Begegnung*
Ernst Jünger, 1985
Traducción: Ana María de la Fuente

PRIMERA PARTE
UN DOMINGO POR LA MAÑANA EN PARÍS

1

Era el primer domingo de septiembre, un domingo azul. Hay días, en esta época del año, en los que aún se concentran los fastos del verano con toda su magnificencia, antes de que aparezcan los tonos mate del otoño. Las noches son más frescas y traen la madrugada bañada en rocío y la mañana suave y agradable. Las hojas de los árboles se han oscurecido y destacan, repujadas, en el cielo. Con el aire más fresco, llega a la ciudad un fluido de lujo y animación.

Gerhard estaba parado en la plazoleta de la Trinité. Los jardineros habían colocado en los parterres las primeras flores de otoño. Sobre el verde tierno lucía una franja de espigadas bengalas de la India, interrumpida por medallones de ásteres azules. Las flores resplandecían al sol, y en torno a ellas zumbaban las abejas y los moscardones. Una atalanta con franjas color ladrillo descansaba en el mullido almohadón floral, girando lentamente sobre sí misma y moviendo las alas de vez en cuando con fatiga. Habría venido de lejos, volando sobre los altos tejados. Se le unió una compañera y las dos alzaron el vuelo dando vueltas en torno una de otra hasta perderse en el azul.

Llegaban de Saint Lazare voces juveniles que pregonaban los periódicos del domingo. Empezaron a repicar campanas, y de la iglesia salió una multitud vestida de fiesta que se fue hacia los coches que esperaban en la plaza. Una boda. Caía arroz en la alfombra al paso de los novios. Aquella aparición interrumpió la contemplación en que estaba sumido Gerhard. Él se mezcló con los transeúntes que se agrupaban y dispersaban a medida que partían

los coches, y luego, como el que no sabe qué camino tomar, se metió por la rue Blanche y empezó a subir la cuesta.

A la sombra de las casas hacía más fresco. Las calles estaban recién regadas. El agua se escurría junto al bordillo. El barrio, de ordinario bullicioso, estaba más tranquilo aquella mañana: faltaban los vendedores callejeros de pescado, fruta y verdura. Hoy sólo había puestos de flores. La ciudad parecía más vacía y más austera. Mucha gente había ido al río o a las afueras. Aún salían algunos coches, llenos de jóvenes y muchachas con vestidos de colores vivos. Llegarían al campo a mediodía y regresarían tarde. Los caballos iban al paso porque, con la pendiente, las herraduras resbalaban en los adoquines.

Aunque hacía más de un año que Gerhard vivía en la ciudad, cada uno de aquellos recorridos era un misterio para él. Más que por calles y plazas, le parecía moverse por salas y corredores de una casa grande y desconocida, o descender por pozos abiertos en la roca estratificada. En determinados cruces y callejuelas, se acentuaba esta impresión. Gerhard no trataba de explicársela. A él le interesaban menos los monumentos y palacios, testigos de un pasado histórico, que la vida anónima que, poco a poco, como se forma una rama de coral, había ido construyendo la morada —su substancia anímica. Por ello, prefería los barrios que habían crecido ajenos a las reglas de la arquitectura, aglomerándose en el curso de los años. Innumerables seres desconocidos habían vivido, sufrido y gozado allí. Innumerables vivían aún. Los muros se habían impregnado de su esencia. Era una fuerza poderosa, sí, como un hechizo. Y a Gerhard le parecía que este hechizo podía revelársele de un momento a otro: por una carta, por un mensaje, por un encuentro o una aventura, como sucede en las cuevas encantadas y en los jardines de las hadas.

En aquellos paseos, Gerhard se sentía dotado de una gran sensibilidad. Era como una cuerda en reposo que casi ni necesita mano que la taña. Bastaba un soplo de aire, un rayo de sol, para

hacerle vibrar. Lo intangible le rodeaba como un centelleo visible aun para ojos miopes.

Gerhard torció por la rue Chaptal. No había nadie en la calle. A mano izquierda, flanqueando un callejón sin salida, había vistosos carteles. Al fondo del callejón se levantaba un teatrito que, junto a los bailes y demás lugares de diversión, era la nota característica de la colina. Ahora parecía abandonado, pero en cuanto anocheciera se iluminaría brillantemente.

Él recordaba aquel teatro: era una de las curiosidades de visita obligada para el extranjero, como las catacumbas o el gran cementerio del Père Lachaise, y tan tétrico como estos lugares. En su escenario sólo se representaban obras macabras, inspiradas en el estilo del viejo teatro de guiñol, que acuñaban horrores con los aspavientos propios de los títeres. Generalmente, después de la primera visita, no quedaban ganas de volver. Sin embargo, el local tenía un público asiduo que se reclutaba en los bajos fondos del barrio: hombres de mandíbula pronunciada y cogote bien afeitado a los que acompañaban muchachas muy pintadas, amén de una galería de tipos extravagantes: ancianos ruinosos, forasteros con las cicatrices de una educación puritana y mozalbetes de expresión ávida y alerta. Arco vibrante, todavía no probado, o arco cansado, estragado por el poder y la riqueza o por una vida disipada, que sólo los estímulos más violentos podían tensar. Esto ocurría cuando, una vez habían sonado las tres señales del director, llegaba el trance que provoca el puro horror. Y a la truculencia se sumaba la profanación, pues el teatro estaba instalado en lo que fuera la capilla de un antiguo convento, cuyas características apenas se habían modificado, por lo que uno podía imaginarse presenciando desde la sillería del coro una misa negra oficiada por monjes coléricos.

Gerhard se paró delante de la puerta y leyó los carteles:

EL NUEVO BARBA AZUL
DRAMA REALISTA EN TRES ACTOS
DE LÉON GRANDIER

Seguía el reparto. Las letras imitaban los trazos de un pincel que chorrearan gotas rojas. En la parte superior del cartel se veía el dibujo de un hombre con barba que salía por la ventana de una casa con un cuchillo entre los dientes.

El tema era de actualidad. Los periódicos detallaban minuciosamente las fechorías de un asesino que campaba por Londres desde hacía meses. Al parecer, sólo atacaba a las mujeres, y mujeres de una clase determinada: muchachas de vida airada, actrices de suburbio, cantantes de café; en suma, personajes del mundo equívoco y galante. Todo ello era repulsivo, como si un pez depredador hubiera penetrado en una ciénaga. Y, a cada asesinato, crecía la expectación en todas las ciudades de Europa. En aquel monstruo parecían aunarse una temeridad extrema y el sigilo de una fiera —nadie le había visto todavía.

Todo lo espantoso y lo terrible fascina al ser humano y, en ocasiones, puede inducirle a la emulación. Esto ocurría allí en aquel momento. En todas las grandes ciudades habitan seres que se sienten atraídos por la llamada de los bajos fondos. No era, pues, de extrañar que aquel teatro, en el que no se representaba ninguna obra en la que no corriera la sangre, se beneficiara de la sensación del momento. Gerhard pasó de prisa: aquél no era lugar de su gusto.

2

Unos pasos más y se salía a la rue Pigalle. Gerhard la siguió hasta la plaza del mismo nombre. El ancho bulevar que la cruza estaba más animado; por él avanzaban lentamente dos hileras de coches. Iban al paso, o al trote, cuando los cocheros rozaban con el látigo las ancas de los caballos. En ellos viajaban hombres con sombrero de copa que soñaban placenteramente con el almuerzo, matrimonios y señoras que se protegían la cara con la sombrilla.

Las terrazas de los cafés estaban muy concurridas. Los camareros de chaquetilla blanca salían presurosos con vasos llenos de bebidas de colores y grandes jarras de agua helada. Los clientes charlaban, leían el periódico o contemplaban el rio de coches y peatones que circulaba cerca de sus sillas. De vez en cuando, saludaban a algún conocido con un movimiento de cabeza.

La parte central de la gran arteria reservada al paseo, estaba bordeada por una doble hilera de árboles. Al anochecer, una infinidad de brillantes luces convertía aquella zona en un parque de atracciones para la multitud. A aquella hora, se veía pasar al trote a jinetes bajo los árboles. En muchos lugares se apiñaban los curiosos; allí acróbatas y tragasables habían extendido sus alfombras y hacían demostración de su arte. Luego, pasaban el platillo y recogían las monedas de cobre. Después de una breve pausa, anunciaban la siguiente representación con un toque de cometa.

Gerhard iba por el lado del Collège Rollin. Aquella acera estaba más despejada; por allí los paseantes transitaban más espaciados. Al igual que en todas las grandes ciudades existen climas distintos que pueden estar presentes en una misma calle diferenciando una acera

de la otra, aquí las mujeres parecían vestir con más esmero que enfrente, donde estaban los cafés.

Paseaban lentamente con sus atavíos de fiesta, las facciones veladas apenas por los tules. A pesar del calor, llevaban guantes largos. Sostenían las sombrillas abiertas, por temor a que un rayo de sol les diera en la cara. A veces, sus ojos grandes y brillantes se posaban en Gerhard con una expresión de sorpresa y en seguida se desviaban al suelo, soñadores.

Cuando, al pasar, sus faldas casi rozaban a Gerhard, a éste le parecía que el crujido de la seda era el rumor de un incendio lejano traído por la brisa. Y se sentía invadido por un gran respeto, como el que inspira una imagen, como si le hubiese mirado una diosa con séquito de hadas y hechiceras.

Si las veía acompañadas de un hombre, sentía extrañeza y cierto estupor. Acercarse a ellas le parecía un atrevimiento inconcebible. Pero qué maravillosas y sublimes conversaciones debían de poder mantenerse con ellas… lo sentía, lo intuía. Sin embargo, estaba seguro de que él sería incapaz de despegar los labios. En sus sueños, él era su servidor, su amigo de confianza, y se veía salvándolas del peligro y uniendo su destino al de ellas como en las novelas.

Su aspecto no justificaba en modo alguno aquella timidez. Casi todos los jóvenes pasan una fase de hipersensibilidad, pero en Gerhard ésta era especialmente acusada y prolongada. Tal vez ello se debiera a que se quedó sin madre siendo muy niño. Apenas llegó a conocerla, e idealizaba y veneraba su recuerdo. Su padre viajaba mucho, en su calidad de encargado de negocios de un pequeño principado, y el niño creció en internados. Luego fue enviado a estudiar a Goettingen. Allí Gerhard vivía en casa de una tía que, con la edad, se había vuelto un poco excéntrica. La vida en aquella casa grande, a la que casi nadie iba de visita, convenía mucho al solitario muchacho que vivía feliz con sus libros y sus sueños, aunque no siempre podía zafarse de compromisos sociales con profesores, compañeros y conocidos. Terminó sus estudios en el tiempo

prescrito, y un pariente lejano al que él llamaba tío, Herr von Zimmern, le llamó a la capital y le ofreció un puesto en la Embajada, con uno de esos títulos que tan bien lucen en las tarjetas de visita.

La peculiaridad de Gerhard, que despertaba simpatía y recelo a la vez, era advertida en su nuevo ambiente con más y más claridad. Poco tiempo atrás, después de una recepción, el matrimonio Von Zimmern se quedó en el salón hablando de los invitados de la noche, antes de retirarse a descansar.

—Es agradable tu sobrino —dijo la esposa—; pero ¿no te parece que le falta algo? Yo lo encuentro excesivamente infantil para sus casi veinticinco años. Deberías ocuparte de él un poco más. Siempre está fantaseando.

El embajador, agotado por la jornada, acarició el brazo de su esposa sonriendo.

—Lo que hemos de hacer es preocuparnos de él un poco menos. Por ello insistí en que tomara casa propia. Elisabeth, tú ves un defecto en lo que en realidad es una virtud. Gerhard es un muchacho muy bien educado, respetuoso y caballero. No hay más que mirarle a la cara; no engaña. Yo le quiero mucho y cuando lo comparo con esa sociedad tan fría y superficial me siento reconfortado. Ellos sin duda conocen el precio de las cosas y saben adónde van. En mi juventud había más soñadores como él, y algunos habían de influir en el curso de la Historia. No es de buen augurio que, desde la fundación del nuevo Imperio, hayan desaparecido.

Herr von Zimmern se levantó del sillón y encendió un último cigarro con la llama del quinqué.

—Se parece a su padre. Yo vivía con él cuando estaba en Oldenburg. Él era entonces un hombre mucho más enérgico y sagaz de lo que puedas suponer. Estoy seguro de que Gerhard madurará pronto. Sólo hay que esperar que encuentre la compañía adecuada.

También Frau von Zimmern se había levantado. Ya era tarde y cerró la conversación con estas palabras:

—Si tú lo dices… Pero también puede encontrar compañías perniciosas. No es la ingenuidad lo que me preocupa de Gerhard, aunque a veces excede del límite. Él, con su simpatía personal, se la hace perdonar. La gente le quiere y eso anula el ridículo. A veces me parece como una crisálida, un ser concebido en otro mundo que por un descuido hubiera venido a parar a un medio del que no conoce las reglas ni los peligros. Y eso es lo que me alarma. Para poder existir, un ser como éste habría de tener por compañeros a seres que procedieran también de esferas lejanas: niños, hadas, magos…

El embajador se despidió con un beso en la mano:

—Sé que por lo menos tiene cerca a un alma buena. Él te lo agradecerá.

3

Gerhard era de estatura mediana y complexión delicada, casi infantil. Su andar ligero, su cara delgada, apenas tostada por el sol, su cabello fino y lacio, daban una impresión de fuerza y desvalimiento a la vez. Un hombre dotado de poder pero carente de los medios de ejercerlo. Y es que hay tesoros que no pueden ser explotados. A ello se unía una percepción de la contradicción —lo que podríamos llamar la «imparcialidad del artista». En la vida real y cotidiana esta cualidad resultaba insólita; en un retrato, ni que fuera de un contemporáneo, hubiera sorprendido menos.

Por su lado pasaron dos jovencitas con carteras debajo del brazo, que salían sin duda de la clase de música. Una dijo, dando un codazo a su compañera: «¿No te da vergüenza volverte a mirar a los hombres que pasan por la calle?».

La otra respondió riendo: «¡Pero si no es un hombre! Es un príncipe encantado».

Gerhard no reconocía la índole de las miradas que se le dirigían. Se posaban en él con sorpresa para desviarse luego con aire de ensoñación. Después de pasar por su lado, muchas de las mujeres hacían ademán de arreglarse el cinturón o el peinado. A él aquellas miradas le parecían extrañas y misteriosas; se sentía amenazado por ellas.

El lado de la sombra del bulevar había resultado muy agradable; Gerhard llegó a la Place d'Anvers, un rectángulo estrecho y arbolado. Ya debía de ser hora de almorzar. En la esquina donde empieza la angosta rue de Gérando había un restaurante: «El duque de Borgoña». La enseña era una de esas tazas de poca profundidad

que en los célebres viñedos de Borgoña los catavinos llevan colgadas del cuello como una medalla.

Delante de la puerta había una mesa cubierta con blanco mantel. Sobre el lino se exhibían mariscos aún calientes, recién salidos de la olla.

Bogavantes colorados y apetitosos con las pinzas abiertas. A su lado, langostas de caparazón más oscuro, cortadas ya por la mitad y rodeadas de una corona de esbeltos y filamentosos langostinos. Las conchas de rosada nervadura de las grandes veneras estaban abiertas mostrando la blanca pulpa. Al pie de la mesa había canastas con las primeras ostras de la temporada, envueltas en húmedo musgo marino. Las viandas estaban colocadas como si acabaran de ser arrojadas por el cuerno de la abundancia. La imagen indicaba que la cocina estaba inmejorablemente preparada para recibir a la clientela dominical. Por la puerta vidriera entraban ya los primeros clientes.

Un caballero de edad pasó por el lado de Gerhard, caminando lentamente y le miró. Unos pasos más allá, como si de pronto recordara algo, giró sobre sus talones y levantó cortésmente el sombrero: «Vaya, Herr zum Busche, ¿qué le trae a estas horas por mis barrios?».

Gerhard recordaba aquellos ojos oscuros, cubiertos por el arco de unas cejas finas, que le miraban con fría curiosidad. Estaban vigilantes, en una cara pálida, de aspecto enfermizo. Su dueño debía de tener poco más de sesenta años. Se llamaba Ducasse. Aunque pertenecía a una antigua familia, sólo se le encontraba en los aledaños de la sociedad: en las carreras, en las salas de juego y en los almuerzos. Se le veía, sobre todo, en los medios frecuentados por los extranjeros ricos que visitaban la ciudad regularmente; se le tenía por conocedor de diversiones selectas. Esta cualidad le hubiera permitido brillar en el siglo pasado, junto a los príncipes, en las fiestas de antes del diluvio. Ahora, en una época de ilusiones perdidas, en la que también los placeres se habían deteriorado, tenía que conformarse con sus nietos. Ello le hacía sentirse levemente

asqueado y amargado, porque el cocinero siempre sabe más que sus clientes.

Hubo en aquella vida una quiebra que se llevó el ornato de la riqueza, y las circunstancias que concurrieron en ella no eran las más indicadas para consolidar una reputación. Los grandes patricios le veían como un personaje de moda pero no le tenían aprecio. Se encontraba a monsieur Ducasse en la Embajada, pero nunca en los salones de recibo de la tía de Gerhard. Es probable que esta circunstancia influyera en los acontecimientos que aquí se relatarán. Era una espina que tenía clavada monsieur Ducasse. Ahora parecía encantado del encuentro. Con ademán de querer sujetar amistosamente a Gerhard, le puso la mano en el brazo y dijo:

—Ha hecho usted muy bien en quedarse en la ciudad. Aquí no tiene uno por qué aburrirse aunque sea domingo. Siempre es una ventaja. —Luego, señalando la mesa con el puño del bastón—: Un bodegón, ¿verdad? Buena casa, célebre por su bodega.

Y puntualizó:

—Por lo menos, por lo que respecta al borgoña. Me parece que está pensando en ir a almorzar. Debería ir a «Voisin». Allí encontrará lo mejor que pueda ofrecer el mar. Sería para mí un placer invitarle…

Titubeó un poco:

—Siempre que no prefiera estar solo.

En realidad, Gerhard tenía el propósito de pasar el domingo solo y lejos del centro de la ciudad, en la que uno siempre encontraba conocidos. Por otra parte, aquella invitación halagaba su lado infantil, aquel sesgo que le caracterizaba. Para él las personas de edad seguían siendo «los mayores»; su esfera estaba muy alejada de la de él. Su manera de moverse, de pensar y de actuar era incomprensible y hacía presumir misterios. Ellos habían trocado la incertidumbre por la seguridad. Cada vez que alguno le hacía objeto de su atención, Gerhard se sentía halagado. Por ello, se apresuró a aceptar la invitación, añadiendo, en tono de disculpa:

—… aunque temo que mi compañía ha de aburrirle.

—Eso ni pensarlo —le tranquilizó Ducasse haciendo una seña a un cochero que transitaba lentamente por allí.

El carruaje estaba ajado y con los muelles cansados. Un veterano caballo blanco tiraba de él al paso, cuesta abajo; seguramente, una reliquia del Segundo Imperio. El sol quemaba y hacía que Ducasse guiñara los ojos y arrugara la cara. Era una cara enferma y devastada, pero en sus ojos brillaba todavía una indómita voluntad. Ello le daba un aire imperativo infundiéndole una especie de magnetismo.

Gerhard, que vivía en las nubes, no conocía las anécdotas que se asociaban al nombre de aquel hombre. Por lo tanto, no podía saber que esta situación —la situación del *dandy* que no pierde su aire de superioridad en el lastimoso medio de locomoción que le conduce— era típica de Léon Ducasse. Representaba el destino que él debía soportar, dominar, como Brummel en Calais. Era una situación en la que se había cebado la sátira de la ciudad, hasta acabar por aceptarla, una vez él la convirtió en estilo, haciendo gala de firme tesón.

Habían transcurrido por lo menos doce años desde el célebre «Regreso de Longchamps». Éste era el título de la caricatura que hizo reír a toda la ciudad al día siguiente de la quiebra. En ella aparecía Léon, entronizado en un coche de punto descubierto, en medio del tumultuoso desfile de elegantes troncos y carruajes que se organizaba a la salida de las carreras. Con la barbilla indolentemente apoyada en el puño del bastón y el blanco crisantemo en el ojal, se mostraba al mundo con su habitual despreocupación. Ciertamente, es en el momento de infortunio cuando se manifiesta la auténtica fibra del individuo, y entonces se vio que la personalidad de Ducasse no se debía a los millones que derrochaba en casas, fiestas y obras de arte. Aquello llegó a través de un matrimonio fantástico y se fue como un espejismo, al igual que la mujer. Lo que quedaba era el gusto infalible, propio del último vástago de una vieja rama, el conocimiento de las cosas selectas de este mundo. En el fondo, no le hacían falta los medios, ya que su

fuerza radicaba en el juicio. Basta una sonrisa para alentar o demoler pretensiones. En este aspecto, Ducasse era tan admirado como temido.

4

Si alguna huella dejó la catástrofe en Ducasse, fue la del odio hacia todo lo femenino, que tal vez siempre llevara latente y entonces se declaró. El amor de las mujeres nunca significó mucho para él; pero hay formas del refinamiento que ellas parecen emular e incluso superar, como algunas flores artificiales, a las naturales. Y él sabía reconocer la belleza y darle, como a una perla, la justa apreciación. Pero si ésta rozaba la perfección, él caía en el aburrimiento y la ironía. Esto fue su perdición.

Pero aquella limitación no hizo sino reafirmarle en sus propias inclinaciones. Para dominar las cosas hermosas no hace falta poseerlas. El imprescindible para sus poseedores era Ducasse, ya que, gracias a él, podían estar ellos seguros de sus posesiones. Él acreditaba su autenticidad. Con razón se ve en la duda una señal de postrimerías, presagio de decadencia. Mientras la duda se centra en los valores supremos, la vida aún resulta llevadera, pues incluso acrecienta los placeres sensoriales; pero también afecta a las cosas visibles en las que se solazan los sentidos. Es como el moho que desde el techo se extiende por el papel de la pared, blanqueando el dibujo. La desconfianza alimenta la repulsión y la suspicacia. Al fin hasta lo más simple es sospechoso —el vaso de agua, el plato de comida, la cuchara que la lleva a la boca.

En tales épocas, los espíritus como Ducasse son los salvadores de los ricos y poderosos. Destierran el aburrimiento y restauran la paz de espíritu. La posesión espanta cuando la facultad de dominarla nos abandona. Los manjares que se amontonan sobre la mesa agobian al harto sólo con mirarlos. Éste se convierte entonces en

detractor, avaro o derrochador —a no ser que se despierten en él ilusiones nuevas. Ésta era la tarea que se había impuesto Ducasse. Si el dinero y la influencia eran instrumentos, él demostraría cómo había que tocarlos y qué melodías podían interpretarse. Así, él seguía siendo el dispensador que compartía su herencia.

Ello explicaba que el quebranto de su tren de vida no le afectara personalmente. Alcanzó al barco, pero no al timonel. Sus viejos amigos siguieron siéndole fieles —e incluso contaban con él en mayor medida, ahora que sus asuntos personales le ocupaban menos tiempo.

Su forma de vida era sencilla, incluso espartana, en todo aquello que no influyera en su aspecto exterior. Ahora vivía en una casa pequeña, con un criado que le había sido adicto desde su juventud. Allí se instaló con unos cuantos muebles viejos y enseres que consiguió salvar del naufragio. A veces, si una visita expresaba admiración por un cuadro o una alfombra, Ducasse insinuaba que el capricho podía ser satisfecho. Y él no salía perjudicado de la operación. Luego, llenaba el hueco en la tienda de algún comerciante, clase entre la que seguía gozando de gran estima.

De este modo, el ilimitado capital de que dispusiera un día, seguía produciéndole intereses. Su capacidad para el derroche había hecho de él un experto en estética. Sólo importaba el valor; el precio era lo de menos.

Una vez soñó con reconstruir en torno a sí la antigua sociedad, con sus formas, su colorido y su amenidad. Y descubrió que, en el mejor de los casos, semejante intento no produce sino la ilusión tangible de un baile de máscaras con ambientación histórica. Sin embargo, poseía una especie de integridad heredada que le inducía a utilizar siempre decorados auténticos. Él solía decir que el dinero gastado en el aprendizaje no le importaba. De ello se beneficiaban sus amistades, a las que preocupaba menos el gasto que la autenticidad. Un caballo, un cuadro, una joya, una casa, en suma todo aquello que tuviera el visto bueno de Ducasse, resistía cualquier prueba. Lo mismo se podía decir de las fiestas en las que

él oficiaba en calidad de *maître de plaisir*. Tanto el anfitrión como los invitados podían estar seguros de haberse divertido. Incluso se decía de Ducasse que había promovido casamientos.

Los años demostraron que este papel no podía durar. Lo atacó el mal del intermediario. El intermediario ideal es aquél que sabe apreciar las cosas, pero que no las codicia para sí. Acompaña a la novia hasta el altar y se alegra cuando cierra la puerta de la cámara nupcial. Pero si le falta esa generosidad, anidará en él el odio, odio hacia el placer y hacia quienes lo disfrutan.

La trayectoria recorrida por aquel personaje demostraba que no se puede porfiar en el refinamiento. Le llevó de mecenas a mentor de alta escuela y después, empero, a la melancolía, al aburrimiento y, por último, al cinismo. No podía ocultarse a mirada tan perspicaz la circunstancia de que la belleza decaía en la medida en que la sociedad se deterioraba. Aunque Ducasse se beneficiaba de la devaluación, él vivía de una situación que en el fondo despreciaba: la del noble venido a menos que enseña a extranjeros ricos las estancias de fiestas pretéritas que incluso repite de vez en cuando, teatralmente. No faltaban en ellas las bromas de gusto dudoso, ni las tosquedades, pero lo obligado era cerrar los ojos. En el fondo, hacía la vida del *dandy* que hace el bufón ante la plebe y que para vengarse ataca todo aquello que permanece intacto

5

—¿Qué, joven amigo, no le parecen eso las maravillas de los mares?

Ducasse señalaba la fuente que el camarero acababa de dejar en la mesa. Sobre una capa de hielo picado brillaban seis ostras que, efectivamente, a Gerhard le parecieron selectas. Reposaban en sus valvas de nácar cual pálidas lunas. Olía a algas. Un rayo de sol que se filtraba por una rendija de las cortinas se quebraba en las tallas de la cristalería; los reflejos cabrilleaban en la jarra de vino amarillo. La tapicería roja de las sillas daba a la sala un ambiente cálido e íntimo. Gerhard era muy sensible a estos influjos y se sentía a gusto allí.

—Desde luego, las ostras son excelentes —respondió—. Pero me satisfarían el doble si usted me acompañara.

Una sombra se extendió por las facciones de Ducasse, quien, desde hacía bastante tiempo, sólo toleraba los platos más sencillos, sin sal ni grasas. La menor infracción le acarreaba dolorosos trastornos. Ahora tenía delante una pequeña fuente de plata llena de fideos, y el camarero le servía agua de Vichy. Era evidente que la comida le aburría, más aún, le deprimía. No obstante, procuraba disimularlo y elegía los platos y los vinos para su acompañante con esmero y hasta con cariño. Mientras, ejercitaba su agudo ingenio en los demás clientes, a casi todos los cuales conocía. Desde un aparador situado frente al montaplatos, se servía con queda solicitud a otras tres mesas además de la suya. En una de ellas comía una pareja de mediana edad; la señora, con vestido de terciopelo negro y un hilo de perlas en el escote, y su acompañante, con chaqueta

gris abrochada hasta el cuello a pesar del calor. Comían casi sin pronunciar palabra, llevándose la copa a los labios de vez en cuando.

—Ella parece cansada —comentó Gerhard, que los tenía enfrente.

Ducasse volvió la cabeza y esbozó una sonrisa de conmiseración.

—Ciertamente. Y es que debe de resultar agotador ser fea. Además, su marido tuvo que irse a Turquía para escapar de los acreedores. Dicen que lleva allí escondido más de dos años.

Y, moviendo afirmativamente la cabeza, añadió, como si deseara suavizar su juicio:

—Por lo demás, se le considera el más honrado de la familia. En cuanto a esos dos, no se sabe si él la mantiene a ella o viceversa. Él es un escritor de poca monta. Hace poco publicó una colección de fotografías —seguramente, lo mejor que ha escrito hasta la fecha.

Oyendo a Ducasse, tenía uno que formarse de la sociedad una imagen muy poco halagüeña: bajo el barniz se adivinaba la mezquindad, la fealdad, incluso el delito. Ello debía de ser resultado de un largo estudio de las debilidades humanas. Así desahogaba Ducasse su amargura. Alegría malsana se llamaba esa figura.

Aunque habituado a una cortesía que exige simular que se ignora lo que se sabe del prójimo, Ducasse no consideraba necesario ejercitarla ante Gerhard. Le ocurría lo que a casi todas las personas que trataban al joven alemán: lo tomaba por un individuo excesivamente ingenuo, uno de esos raros ejemplares que se dan a veces en las viejas familias. Esta cualidad movía a irnos a la simpatía y a otros, a la curiosidad de averiguar qué cantidad de sátira podía absorber sin darse cuenta.

En realidad, Gerhard no parecía advertir el anzuelo que le lanzaba Ducasse, curioso, que se veía defraudado cada vez que trataba de arrancar una sonrisa a su interlocutor con una frase mordaz. Gerhard le escuchaba con una afabilidad imperturbable. Al fin Ducasse se encogió de hombros y pidió champagne al sommelier. Después de diluir el espumoso con un poco de agua —también debía

cuidar el corazón—, bebió un pequeño sorbo a la salud de Gerhard y cambió de tema:

—No salgo de mi asombro al verle ahí sentado, Herr zum Busche —dijo entre zumbón y confidencial—. Es realmente insólito encontrar solo a un joven como usted en un día tan espléndido. Le aplaudo la decisión de no salir al campo, máxime no siendo cazador como su tío; pero hace usted mal en no pasar la tarde con una muchacha hermosa.

Ante tan directa alusión, Gerhard enrojeció, a pesar de que el tema le preocupaba vivamente, y respondió:

—Para eso hacen falta dos personas, señor Ducasse.

Éste le miró atónito. ¿Era una broma? Luego, reaccionó y dijo animadamente:

—¿Esa es manera de hablar un joven que no habría de tener más preocupación que la de elegir? ¿Es que no se da cuenta de que dondequiera que usted aparece las mujeres le miran como si pasara el Santo Sacramento? Yo, con su juventud y su simpatía, me metería a París en el bolsillo. ¿No ha notado que desde que entramos la condesa Kargané no hace más que mirarle?

6

Al decirlo, Ducasse indicaba con un movimiento de cabeza una mesa en la que almorzaban una mujer y un anciano. Gerhard ya la había visto al entrar; era una mujer que en todas partes llamaba la atención y despertaba admiración por su hermosura.

Su figura alta y esbelta, vestida con traje negro, se destacaba sobre el diván rojo. Apoyaba con indolencia la cara en la mano y parecía escuchar con atención a su acompañante, mirando de vez en cuando a la concurrencia. De aquella cara chocaba una impasibilidad que, a cierta distancia, recordaba la de una máscara o la de una actriz que hubiera simplificado sus rasgos hábilmente. El cabello, castaño oscuro y espeso, ceñía el rostro, cubriendo las orejas y la mitad de la frente, que invitaba a la caricia. La nariz tal vez pecaba de corta, lo que daba a su cara una expresión de impertinencia, especialmente cuando alzaba la mirada. Y los ojos eran grandes y luminosos como dos ágatas grises incrustadas en mármol; la sombra azulada que los rodeaba los hacía parecer aún mayores. La sobria elegancia del atuendo daba a su figura una corrección y un rigor de formas como el de una joya a la que basta su propio brillo. Contrastaba con ello su aire abstraído y soñador.

Un gesto de inquietud turbaba aquella hermosura. Siempre es una desgracia heredar la fuerza sin la facultad de controlarla. Si una gran fortuna sólo causa desgracias cuando va a manos de un derrochador, también la hermosura puede ser un don peligroso tanto para quien lo recibe como para los que le rodean.

Ducasse, que conocía los aledaños de la sociedad, tenía buena pupila para detectar lo peligroso. Él sabía que no era prudente tener

tratos con la condesa. Lo inquietante no era que tuviera los rasgos de una gata grande. También las tigresas tienen sus leyes. Allí lo peligroso era la disonancia, el desequilibrio. Causa y efecto estaban desacoplados. Lo que discurría aquella cabeza era imprevisible. Allí podía ocurrir lo que en una estación, donde el puro capricho abriera y cerrara barreras y moviera las agujas. El confiado viajero se exponía a choques inesperados. La belleza era un brillante cebo en el que se ocultaba el anzuelo.

En la Edad Media tal vez la hubieran considerado una hechicera, en el siglo XVII una gran dama caprichosa. Ahora aquella turbulencia denotaba debilidad. El exterior parecía intacto pero la corrosión interna estaba muy avanzada. Aún tenían importancia los apellidos, aún la fortuna se transmitía por herencia, como en los viejos tiempos. Pero si antiguamente la transmisión se hacía bajo el signo de la tradición, ahora estaba marcada por la degeneración. Los viejos troncos seguían dando flores, pero muchas eran pálidas y desmedradas.

7

—Es su padre —dijo Ducasse indicando al anciano—. El almirante Jeannot.

Gerhard conocía el apellido, estrechamente vinculado a la historia colonial. Se solía ver al almirante con su hija cuando ésta se peleaba con su marido; entonces tocaba al padre distraerla. La tarea podía ser agotadora, y el anciano solía invitarla a locales públicos, para que la conversación no se saliera de cauce. Más tarde venían las inútiles charlas con el yerno.

En realidad, entre Irene y Kargané las cosas nunca fueron bien, ya que él se entregaba libremente a sus aficiones, como un filibustero, y hacía lo que le venía en gana. La madre de Irene murió joven y la niña creció sin afecto, ya que el padre estaba casi siempre embarcado. También Kargané había servido en la Marina. Jeannot le conocía y apreciaba antes de emparentar con él.

Kargané se dio de baja con el grado de capitán de navío. Era mal subalterno; pero, una vez tuvo su propio barco, su ejecutoria fue brillante. Inteligente, metódico, valeroso, buen camarada, hombre de mundo —también brutal, ciertamente, pero esto no era malo en su profesión. Un carácter semejante se presta para los más altos cargos, siempre que consiga salvar los escollos que él mismo se busca. No alcanza su pleno desarrollo hasta llegar a la cima. Pero ¿dónde estaban tales puestos bajo la República? Con hombres como él se creó en unas décadas un imperio colonial —contra la resistencia no sólo del mundo sino también de la propia nación.

«No dirás que no te lo advertí. Tú te lo has buscado». A Irene no le gustaba oírlo, pero desde el principio el almirante tuvo serias

dudas. La sola hermosura no basta para sujetar a un hombre como Kargané, ¿y qué ocurriría cuando saliera a la luz del día lo que aquella hermosura escondía? Por lo demás, era un gran partido, tanto por el apellido como por la fortuna. Como la inclinación era muy fuerte en ambos, al fin Jeannot tuvo que ceder. Porque, ¿acaso no habría prescindido Irene de su autorización? Sólo cabía esperar que la pareja fuera feliz; los medios no faltaban.

Desde el primer día se vio que en aquel matrimonio se habían encontrado dos caracteres incompatibles. Después de su baja en la Marina, Kargané se mantuvo fiel a sus antiguas costumbres —las bruscas alternativas entre actividad y ociosidad propias de la gente de mar. Le gustaba cambiar de lugar y de ambiente, visitar los confines del mundo conocido, vivir aventuras en puertos extranjeros bajo nombre supuesto y conocer los placeres más groseros y los más sublimes. Se decía que había sido visto en Adén vestido de simple marinero y en Él Cairo, en el palacio del sultán; en aquellas escapadas le ayudaba una salud de hierro y un excelente sentido de la orientación. Ello le permitía conservar un resto de conocimiento en la embriaguez y bajo el efecto de las drogas: él conocía el límite hasta el que podía llegar en cada lugar y momento. Y, con sus medios, el límite estaba muy lejos. En su caso, podía hablarse de una moralidad técnica. Y es que lo que declaraban los moralistas del siglo XIX, a saber que la moral varía con la latitud, lo había asumido plenamente el viajero.

Las ausencias de Kargané se prolongaron cuando heredó de un pariente lejano unas fincas en Transilvania. De ello se sabía poco; se decía que allí, en medio de bosques vírgenes, se había mandado construir un castillo tomando de modelo el del duque de Blangis —todo ello, rumores, desde luego, aunque de carácter un tanto equívoco.

Lo cierto era, sin embargo, que su situación en París era cada vez más sólida. Aquí vivía tranquilo y sosegado como el campeón que gasta su exceso de fuerzas en campos lejanos. Se le encontraba en fiestas y recepciones, en las reuniones de los antiguos oficiales de

Marina, en la sala de esgrima y jugando en el Jockey Club. Era un hombre muy sociable, alegre, generoso y buen conversador; siempre tenía amigos alrededor.

Uno de sus retratos, generalmente considerado muy logrado, lo representaba con chaqueta azul y las manos en los bolsillos, sobre un cielo azul pálido como el que a veces alegra la costa bretona a principios de otoño. El artista sentía predilección por los tonos azules y a la oscura barba que enmarcaba el bronceado rostro había dado un matiz más azulado que el que la naturaleza exigía. En el fondo se insinuaban mástiles y velas, tamizados y difuminados por la luz, según la nueva moda.

Al parecer, Kargané empezaba a manifestar ambiciones políticas. Tal vez se aburría en París. Evitaba las relaciones y los actos perjudiciales para las elecciones. Había rumores en torno a su persona, pero nada concreto. En la superficie estaba el marino jovial que tenía sus debilidades, pero vivía y dejaba vivir. Por lo demás, en estos tiempos la gente no era muy estricta. Había empezado con una crítica moderada de la construcción de la flota, en artículos y conferencias. Buen punto de partida.

Cuando Kargané regresaba de sus viajes, solían producirse crisis domésticas, como tormentas con una gran carga eléctrica. Él tuvo que darse cuenta de que Irene no se resignaba a desempeñar el papel que se le había asignado de la figura que se saca de la caja cuando se la necesita. Tenía ella demasiada personalidad para eso; su educación la había acostumbrado a un más amplio campo de operaciones. Pero no había podido dominar la voluntad de su marido, un déspota bajo su pulida superficie. Él, como tantos hombres, se había casado con el tipo de mujer que menos le convenía. Incluso la tentativa de crear un campo en el que ambos pudieran aparecer juntos, fracasó. Imposible recibir invitados en aquella casa. Desde el principio, el ambiente estaba helado o excesivamente caldeado; podían darse por satisfechos si la cosa terminaba sin escándalo. Kargané llegó a pensar que algunos de los invitados ya lo esperaban.

En el fondo, ella dependía de él en mayor medida que él de ella. Esta dependencia se había convertido en hostilidad, e incluso en odio. Al principio Kargané la trataba como el domador que quiere amedrentar. Pero Irene no era timorata y no rehuía las peleas ni en casa ni delante de terceros; por el contrario, parecía crecerse en la lucha. Kargané se preguntaba si aquella inquietud que la movía no sería síntoma de una enfermedad mental. Antiguamente la hubieran encerrado; ahora, empero, no era causa suficiente.

Finalmente, el marido decidió dar mayor libertad a su esposa; éste sería, a su modo de ver, un mal menor. Tal vez si ella tomaba un amante le dejaría a él en paz; incluso se lo insinuó después de una de aquellas escenas que los dejaban extenuados. «Sólo te pediría que no tuviera que enterarme por el portero», agregó.

Entretanto, las cosas habían avanzado en este aspecto más de lo que él hubiera deseado. La ciudad tenía mil ojos y oídos, y la sociedad se nutría de habladurías. No había cita de Irene de la que el capitán no se enterara con todo detalle. Evidentemente, ella estaba buscando gigoló, pero no lo encontraba. «Si por lo menos hubiera tomado a alguien de la Marina; —pero está visto que en cuestión de hombres no tiene instinto».

Hasta cuando estaba de viaje, el capitán la hacía vigilar. De ello se encargaba Mauclerc, su hombre de confianza, que ya en la flota servía a sus órdenes. Hacía varios años que era apoderado de Kargané, a quien aburrían los negocios, y entre otras cosas le administraba el coto de Rambouillet. El conde tenía compañeros de caza tanto en Francia como en Transilvania; unos compartían sus ambiciones políticas y los otros, sus aficiones cinegéticas.

La misma víspera, Mauclerc le había presentado otro informe y el jefe había dicho: «Maldita sea, esa mujer se me aparta demasiado». Y en aquellos momentos, eso no era conveniente.

Ducasse, que contemplaba a la concurrencia mientras sorbía su champagne con agua, adivinó fácilmente que entre los Kargané había vuelto a haber problemas. La condesa hablaba a su padre con vehemencia, y él de vez en cuando le ponía la mano en el brazo con

ademán apaciguador. El capitán había regresado pocos días antes; ya se le había visto aquí y allá. Ducasse le tenía por un aventurero de altos vuelos que acaso pretendiera llegar a ministro. Cualquier cosa era de esperar en una época en la que se podía ver a un Galliffet en la tribuna. Era curioso que fueran tan codiciados unos cargos que sólo deparaban sinsabores y enemistades. Kargané parecía querer demostrar ahora que él no era más avispado que los otros. Después de todo lo que se había dicho de él, esperaba uno otra cosa.

Ducasse empezaba ya a notar en su interior los efectos de la insípida media ración ingerida. Pidió un vaso de agua y echó en él unos polvos blancos. Cuando, con expresión de sufrimiento, hubo bebido aquella solución de yeso, quedó atrozmente compungido. Era una fatal desgracia: aunque la comida era cada vez más simple, el estómago la toleraba cada vez peor. Tenía que tratarlo como si fuera una retorta que funcionara a base de píldoras y gotas. En cuanto comía un poco, sentía que allá dentro empezaba a hervir la olla. Del proceso tenía él una idea muy vaga, y lo ponía en manos de los médicos de moda; pero, después de cada comida, pasaba una especie de agonía, una angustia difícil de soportar. Era como la acometida de una fiera, que le atacaba una y otra vez, a pesar de todas sus precauciones. Últimamente el sufrimiento parecía afectar a otros órganos, porque en el costado derecho sentía algo caliente y pesado que le sugería la ingrata imagen de una plancha. Y a todo ello había que sumar los horrores del insomnio. Esto era lo peor, porque le obligaba a dar vueltas y más vueltas a su dolencia, mientras el tiempo se arrastraba lentamente como un caracol rojo.

Él nunca habría podido imaginar que la angustia tuviera aquel poder asfixiante. El corazón empezaba a percutir a un ritmo más y más rápido, y costaba trabajo respirar. Sus pensamientos se atascaban como el caballo que se rehúsa ante el precipicio. A sus pies se abría el vacío. Él lo miraba fijamente —era más negro y horrible que cuanto pueda crear la imaginación, y espantosamente quieto. Sentía ganas de gritar, y hubiera llorado, de ser capaz. Tenía

en la frente un sudor frío y en la boca un sabor amargo. Luego, poco a poco, iba sintiéndose mejor. La crisis había pasado.

Estos ataques le acometían durante ese breve intervalo en el que ni en Montmartre se oye un solo ruido. Aún le temblaban las manos cuando encendía la lamparilla. Un débil resplandor iluminaba los viejos muebles de la habitación instalada en un estudio de pintor. Ducasse empezaba a tranquilizarse y se ponía a pasear por la alfombra como por una tienda de campaña. Luego se oía pasar los carros camino del mercado. Aún brillaban las estrellas a través de la claraboya.

Antes él adoraba esta hora. Ahora le traía recuerdos de los días hermosos y de su exuberancia. Él sabía que había ascendido a las esferas donde el placer se hace inmaterial, goce del espíritu. Él buscaba el refinamiento y la armonía —tal vez otros habían obtenido más de las fiestas que él organizaba y en las que derrochó su fortuna. Aún quedaba por ver quién gozaba más, si el anfitrión o sus invitados, el escenógrafo o el público, el gran director de orquesta o su auditorio. Ducasse se complacía en su fuerza creadora.

Una y otra vez, se sumía en el recuerdo de su época de esplendor: la fiesta nocturna junto al lago del bosque, el célebre baile de máscaras en su casa de la ciudad. Hubo momentos en los que consiguió crear el hechizo, horas que no se olvidarían. La vida era el arte de las artes porque las tenía todas a su servicio —y no sólo a los artistas sino también a los artesanos, desde el arquitecto y el orfebre hasta el cocinero y el cochero. Él, Ducasse, supo despertar en obreros y servidores aquel inapreciable amor propio que eleva el trabajo a la categoría de arte. Todavía había artesanos que laboraban según las antiguas tradiciones, y servidores para los que el servicio no era simplemente el medio de ganar un salario. Él había logrado unir nuevamente a los hombres en un conjunto vivo, en una gran sinfonía. Tal vez fuera la nostalgia lo que le indujo a ello, la insaciable añoranza de tiempos pasados. Sin duda un vano empeño. Pero había valido la pena intentar convertir la sima en una gruta iluminada —como protesta contra un mundo en el que en todos los

campos se imponía la más desoladora fealdad. Fueron victorias pírricas, como las de Luis de Baviera con sus palacios. Pero a Ducasse no le pesaba.

Unos decían que había derrochado treinta millones; otros, que muchos más. Él había ennoblecido aquel dinero, amasado en Chicago, dándole un destino superior. En los buenos tiempos de su matrimonio, Daisy lo había visto así; estaba orgullosa de él y de aquella aureola encantada con que la envolvía. Ella se parecía mucho a él. Pero después él la descuidó, y estas mujeres exigen un culto. Un chiste malicioso provocó el final. Estaba enseñando la casa a un grupo de visitantes cuando, ante el dormitorio de Daisy, comentó: «Y aquí está la capilla de la penitencia». La frase transmitida sin demora a la interesada, la mortificó más que una infidelidad. Él nunca pudo reprimir aquellas salidas. La malicia era innata en él.

Ahora el destino le obligaba a sentarse a las mesas de los ricos para los que desempeñaba el papel de *maître des plaisirs*. Eran mesas en las que los grandes *chefs* como Ali Bab y Escoffier desplegaban su arte. Pero él tenía que dejar desfilar ante sí los platos intactos, y ver cómo se atracaban los demás. Su sino.

8

Ducasse, que cuanto más sufría más observaba, no había exagerado: cuando no estaba hablando a su padre, la condesa miraba a Gerhard con una atención descarada. Como una cazadora. Podía ser que recordara haberle visto y tratara de recordar dónde, pero también podía ser que la moviera el interés que Ducasse le atribuía.

Éste, cuando su invitado había dejado ya de prestarle atención, se puso a idear posibles combinaciones, mientras proseguía su charla. Si conseguía emparejar a aquel atontado con la loca, el escándalo sería inevitable. Ducasse sintió cierta satisfacción, al pensar en Frau von Zimmern. Procedía con la deliberación con que un pintor bosqueja una composición. Aparte la inquina que alimentaba contra la embajadora, el asunto en sí le seducía, como al pirotécnico el juego de artificio con el que espera dejar boquiabierto a un público mimado.

¿Y si, sencillamente, escribía una carta a la condesa? Ello no suponía riesgo alguno, puesto que la excentricidad de la dama era notoria. Todo el que la trataba advertía que no era remilgada y que los inconformismos la divertían más que molestaban. Con toda su alcurnia, se echaba de ver su ambigüedad. Estas figuras se movían como el caballo del ajedrez. Con la decadencia de la sociedad, eran cada vez más numerosas y más desaprensivas, se fugaban con un músico y se arruinaban rápidamente. Al cabo de unas décadas, cuando cerraban los ojos en alguna buhardilla u hospital, leías su nombre en los periódicos por última vez. Antiguamente las hubieran en cerrado en un convento.

En el diván rojo la condesa recordaba un cuadro del amigo Lautrec —una de sus modelos más nobles al lado de su rico protector. Ciertamente, no se la ofendía con el atrevimiento. Pero Kargané no era de los que aceptaban bromas. Eso daba aliciente al caso, pero tenía uno que mantenerse al margen, para no quemarse los dedos.

Ducasse sentía que volvía a él un soplo de salud, de energía vital. Con redoblada benevolencia, fijó nuevamente su atención en Gerhard e hizo una seña al camarero para que volviera a escanciar.

—Con su edad y su físico, yo me metería a París en el bolsillo —repitió.

Ducasse recordaba su propia juventud. Él pudo elegir y eligió a la más rica. Su riqueza eclipsaba todo lo demás, pero no tenía sentido más que como medio de realizar la ilusión que se adueñó de él. Ducasse puso el dinero al servicio de su ideal, y Daisy comprendió inmediatamente que él era su legítimo administrador. Él la conquistó no sólo por su aristocracia y su educación, sino por una simpatía especial. Al igual que el tal Gerhard, él era de aspecto delicado, pero tenía los pies en el suelo. Hasta entonces Daisy sólo sabía lo que costaban las cosas; él le enseñó una nueva ciencia, le abrió un mundo más hermoso. Gracias a él, descubrió su propia importancia, su propia valía.

Ducasse le dio personalidad. Ella fue su creación. Le enseñó a andar y a moverse, a maquillarse y a vestir. Ella hablaba, sentía y pensaba como él. Como excelente pedagogo que era, empezó por infundirle la noción de su propio valor, inculcándosela profundamente para que luego se manifestara en la apariencia. Fue el suyo un amor fundado en el refinamiento y más fuerte que cualquier pasión. Cuando se halaga la vanidad del ser humano, especialmente si es mujer, se pisa terreno firme. La mujer del diván rojo sería tan vulnerable como cualquiera. Puso nuevamente su enflaquecida mano en el brazo de Gerhard.

—Mire, mi querido amigo, es usted demasiado tímido, se sonroja a menudo sin motivo y vive sumido en sus sueños. Tiene que

cambiar. Es preciso que despierte y se adentre en el mundo. Y entonces sus sueños se convertirán en realidad.

9

Ducasse acababa de tocar un tema que había preocupado a Gerhard con frecuencia, aunque desde el ángulo opuesto, si bien lo suyo, más que pensamientos, eran sentimientos que no llegaban a articularse. Muchas personas, especialmente los jóvenes, se agotan con novelas que no se atreven ni a escribir, y no digamos a vivir. A diferencia de Ducasse, Gerhard imaginaba que el mundo de los sueños podía alcanzar una densidad que un día le diera consistencia. Las puertas se abrirían hacia dentro y por ellas entrarían maravillas. Precisamente aquí radicaba el efecto que él ejercía en las personas, su poderoso atractivo. Oía a su interlocutor proseguir con la lección:

—Cuando le guste una mujer, debe usted hacerla objeto de atenciones ostensibles. Ello no sólo está permitido sino que es lo obligado; forma parte de las reglas del juego. En amor uno va a la caza del otro. A la cazadora le gusta ver que su flecha ha dado en el blanco. La convence de su poder. Y el hombre tiene que hacer una señal, dar una respuesta, va con la naturaleza.

Ducasse acentuó su tono bondadoso y por su rostro cansado cruzó una sonrisa.

—Usted tendrá éxito. Pero sólo un fatuo se haría ilusiones. En el fondo, alcanza el éxito todo aquél que confía en sí mismo y tiene tacto. Por eso se ve a tantos hombres pobres y feos con mujeres ricas y hermosas. Desde que la sociedad ha entrado en decadencia, ya no hay fronteras, ni santuarios, ni vedas. Libertad de caza es uno de los derechos fundamentales.

Esta fue siempre la divisa de Ducasse, y con ella cobró una buena presa. No todos sus parientes vieron la boda con buenos ojos

y absolutamente todos la consideraron denigrante. Su padre le advirtió: «Cuando el matrimonio se hace mercenario, es que suena la hora del juicio». Pero era la opinión de una época pretérita, conmovedora, sí, pero totalmente desfasada. Aquellos monárquicos sin rey, *grandseigneurs* expuestos a recibir la visita del alguacil, vivían en un mundo irreal, como los caballeros después de la invención de la pólvora. No tenían ni la más remota idea de la nueva manera de ejercer el poder y gozar de sus privilegios. ¿Y no habían ido después, uno a uno, confidencialmente, a la hora del crepúsculo, a pedirle dinero? La teoría y la práctica. Por lo demás, gozaba uno de mayor libertad desde que la nobleza no era más que una forma de vivir bien. En cuanto a Gerhard, le escuchaba cortésmente, sí, pero un poco distraído. El lenguaje de los cazadores le era ajeno. De muchacho le gustaba disparar y le acertaba al plato desde cualquier ángulo. Pero el día en que, durante un viaje a Montecarlo, tuvo que disparar contra palomas, sintió verdadero horror. Le parecía que Ducasse le planteaba una forma de aproximación inferior. Había en ella un elemento estadístico. La compañía de aquel hombre enfermo empezaba a deprimirle; de buena gana se hubiera despedido.

Por otra parte, se estaba bien en aquellas salas, a través de cuyas cortinas se filtraba el sol del otoño como por una verja colorada. Tenía deseos de quedarse a solas con aquello que sentía dentro de sí. Como tantas otras veces, aquella mañana había despertado con una súbita sensación de felicidad. Le parecía pasear por un bosque en el que el aire tenía una especial dulzura. Las personas que encontraba le parecían más fuertes y más sencillas, con una especial importancia. Y todas eran buenas. Mejor dicho: él las veía por su lado bueno.

Irene le parecía perfecta, como una obra de arte, pero con movimiento, con vida. Si las obras de arte tuvieran vida, los artistas serían dioses. Él veía también en aquella criatura algo divino y natural a la vez. Era la cualidad divina que los hombres primitivos reconocían en los animales y que les inducía a venerarlos.

Gerhard ya había visto a Irene en el salón de su tía, pero como una sombra que ahora se convertía en luz. Sintió que sus ojos se posaban en él. ¿Se acordaba de él, sentía cierta benevolencia? No se atrevía ni a soñar que le considerase digno de dirigirle la palabra. Y él no sabría qué decir, fracasaría lastimosamente, sólo pensarlo le asustaba. Ella tenía un ramo de rosas encima de la mesa. Gerhard apenas oía a Ducasse que a su lado proseguía la conversación, convertida ya en monólogo.

—Cuando va en tren, ¿nunca se ha fijado en cómo entran en conversación un hombre y una mujer? ¿Ni en cómo se apean juntos en una estación cualquiera?

En aquel momento, el almirante y su hija se levantaron y pasaron junto a la mesa. El almirante saludó y la condesa sonrió.

—¿Qué le he dicho, afortunado mortal? Tiene usted que mandarle flores.

Gerhard enrojeció: «Sería un atrevimiento».

—Al contrario. Sería una atención y como tal sería interpretada. Puede estar seguro.

Ducasse movió la cabeza. Iba a costarle mover a aquel cretino. Pero valdría la pena, de eso estaba convencido.

—Déjemelo a mí. Deme usted una tarjeta y ya verá qué alegría le da a la condesa.

Y, como Gerhard titubeara, añadió: «Puede usted pagar el almuerzo, a pesar de que yo le invité, y yo encargaré en su nombre las rosas más hermosas. Disculpe que haya resultado una compañía tan poco amena. Cuando tenía sus años, y su apetito, era mucho más alegre que ahora».

10

Kargané contemplaba la habitación desde el vano de la puerta, entre irritado y divertido. El olor a perfume mareaba: Irene acababa de estrellar contra la pared toda una batería de frascos de cristal y los aromas se habían mezclado. El capitán pensó: «El perfume sólo debería olerse en la piel». Era otra de las razones que le hacían dudar del instinto de su mujer. Ella se ponía «Ambre» al levantarse y «Chant de Châtaigne» por la noche, que era el olor más apropiado para la mañana, en la cama, antes de que trajeran el té.

Durante sus peleas conyugales, Irene solía romper todo lo que caía en sus manos, cuanto más valioso, mejor: espejos, bandejas de carey, encajes, relojes de oro; tenía predilección por la destrucción de objetos de valor. A Kargané no le disgustaba la acción; anunciaba la descarga de la tormenta. Lo que allí hacía la lluvia lo traían aquí las lágrimas. Ya podía dejarla sola y marcharse tranquilo. A él le agradaba dedicar tiempo a las mujeres, pero sólo hasta que empezaban a aburrirle.

Se quedó en silencio, oprimiendo la barba contra el pecho con la mano izquierda. Era un gesto observado en los *effendis* —en realidad, más que un gesto, una actitud con la que mantenía la dignidad intacta y la boca cerrada. Un *effendi* no contesta preguntas que no le agradan, y mucho menos en su propia pasa. Otra cosa eran malas costumbres europeas.

Le era grato sentir el contacto de la barba, como si descansara la mano en el pelo azulado de un animal. Ya asomaban los primeros hilos de plata. A él eso no le inquietaba. También el temor a envejecer era un prejuicio europeo. La vida se hacía más placentera

con los años, gracias entre otras cosas a la experiencia —con la edad no sólo gozabas sino que sabías que gozabas. Era como sí en el teatro de la vida fueras actor y espectador a la vez. En la juventud gastabas la pólvora con excesivos bríos y tenías ideas que te deparaban más quebraderos de cabeza que alegrías.

Ahora llegaba de Inglaterra la moda de la cara rasurada —otro síntoma de decadencia. Aquellos rostros suaves le recordaban los de los eunucos que servían en los palacios de El Cairo y Constantinopla. Si él, Kargané, llevaba barba no era por afán de ocultar algo, como su suegro y los amigos de su suegro, a saber la falta de carácter de su fisonomía, sino todo lo contrario. A sus amantes al principio les repelía aquel aditamento, pero en seguida aprendían a apreciarlo.

Si él soportaba aquellas escenas era por su talante liberal. Conocía de memoria el proceso: se repetían varias veces y luego amainaban. A la larga, sólo demostraban quién era el amo de la casa. Desde luego, a Irene no se la doblegaba; con ella no se podía ni simular armonía delante de los invitados. Y es que estaba terriblemente mimada. Sólo le causaba problemas, y su dote se dilapidaba en extravagancias. La mitad de los descarados que servían en la casa eran superfluos; de todos modos, ya no había amos ni criados.

Esta vez ella se había enfurecido muy especialmente. Su ausencia la había indignado no sólo por su duración, sino también, y tal vez más, por su profundidad; ella comprendía que se le había hecho indiferente, más aún, gravosa. Poseía, como la mayoría de las mujeres, una intuición infalible, independiente de los hechos —una percepción clara del alcance de las infidelidades de su marido. Y las protestas de él nada remediaban; la mentira era más bien una forma de cortesía.

Desde su regreso, él estaba extrañamente distraído —incluso cuando la poseía. E introducía, en el acto carnal, palabras, gestor y hasta maneras extrañas. Ello no sólo era señal de que ella empezaba a aburrirle. Aquellos viajes a Oriente Medio habían llegado a hacérsele tan imprescindibles como un baño que le devolviera la

virilidad. Pero también allí advertía él síntomas alarmantes, señales de remordimiento, influencias occidentales. Todo ello generaba matices de decadencia; el sultán afeminado que gobernaba en el Bósforo era la muestra. También allí había sonado la hora; nadie podía detener la marcha triunfal de la vulgaridad universal.

Kargané opinaba que él había nacido cien años tarde. Con los barcos de vela se había ido algo irrecuperable. Él odiaba a los nuevos ingenieros, odiaba el canal de Suez y odiaba los vapores, a pesar de que había servido en modernos barcos de guerra y poseía buen conocimiento de su táctica. Después de Tegethoff se acabaron los encuentros entre hombres en la mar.

Kargané solía decir que lo ideal sería poder participar en el desarrollo de la técnica como en una excursión en la que uno se queda donde le apetece. «Yo me quedo allí donde se disparan balas macizas contra barcos de madera». Le hubiera gustado formar parte de la campaña de Egipto. Él tenía predilección por la breve época llamada «retour d'Égypte»: esfinges aladas de cabeza oscura, bustos nubios, lámparas con motivos jeroglíficos colgando. Después de su retiro, pensó en abrazar el islamismo, y todavía no había abandonado la idea. Era el mejor medio de que se consiguiera el equilibrio con el mundo y consigo mismo. Pero ¿cuánto resistiría el Islam?

Miró por la ventana el esqueleto de la torre Eiffel, ya a punto de terminarse. Casi se había olvidado de Irene, que estaba de bruces en la almohada. Ahora se incorporó. Llevaba puesta la bata y se acercó a él.

—¿Sigues ahí? Ya sabes cómo me repugna tu cara.

Le miraba con odio entornando los ojos y echando atrás la cabeza. Las pupilas parecían más pequeñas, dos puntitos centelleantes.

—Pero esto no quedará así, señora mía. Muy pronto no podrás aparecer por aquí, ya lo verás. Entonces tendrás tiempo sobrado para tus pastores de cabras, que es la compañía adecuada para ti.

Se echó a reír provocativamente.

—Pienso pagarte con la misma moneda, y me producirá una gran satisfacción. Hoy mismo. Pue des estar seguro.

La sonrisa se borró del rostro de Kargané. Se puso las manos a la espalda e hizo crujir los huesos de la muñeca. Durante un momento, pensó en darle una paliza —un medio de probada eficacia, pero le era demasiado indiferente. Además, estaba la servidumbre, el maldito carácter público de una casa como aquélla, en la que nada pasaba inadvertido, y siempre con la sombra del pacificador planeando sobre ella. Aquí se requerían medios más eficaces. No había ni qué pensar en cenar juntos. Giró sobre sus talones. «Cenaré en el Club».

Abajo, en el vestíbulo, se quedó delante de la ventana. Le apetecía un cigarro. La habitación estaba en un entresuelo. Desde el patio anterior, el vestíbulo conducía a una terraza que en el verano resultaba casi tan invitadora como un patio sureño.

La casa desentonaba en el barrio. Estaba inspirada en los palacios que se conservaban en el Marais: dos alas adelantadas rodeando el patio interior. El vestíbulo recordaba el salón de un trasatlántico: sólidos muebles de caoba, a prueba de mar. Los cuadros de las paredes, originales o buenas copias, armonizaban con ellos.

Las marinas ilustran, bien el carácter mutable del mar, bien su incidencia en la actividad humana. Entonces muestran casi siempre desgracias, naufragios, batallas, incendios… Aunque bretón, Kargané tenía temperamento mediterráneo; las catástrofes marítimas eran más incomprensibles en la calma luminosa que en la sombría tempestad. Él no comprendía a Turner y sus brumas; consideraba que no tenía vista para el color.

Mucha luz, reflejos acusados y contornos nítidos de los puertos de Vernet; peligro y horror, captados instantáneamente, en la pesca del atún. Nelson en Trafalgar a bordo de la «Victory», Tegethoff en Lissa, apoyado en el mástil, saludando al almirante enemigo. Su cuadro favorito era «El hundimiento del Kent» de Gudin.

Kargané recordó que Irene le había dicho una vez: «Eres un burgués: te interesa más lo *que* se pinta que el *cómo*». Tal vez tuviera razón. También sus gustos literarios se regían menos por el estilo que por la acción.

«Desde luego, hasta un pedazo de carne se puede pintar de muchas maneras. Pero yo sé distinguir si es de buey o de toro bravo. El instinto vale más que el gusto. Y que me diga eso una mujer que ni siquiera…».

Se interrumpió. El portero conducía a la puerta de servicio a un botones que llevaba un ramo. «Rosas amarillas — *jaune fait cocu*. Otro de esos actores engolados o algún inútil por el estilo. Entrega en mano. Ahora mismo saldrá Mercurio con la respuesta».

Decidió no ir al club aquel día y, antes de salir de casa, entró en el despacho para hablar con Mauclerc.

11

«¿No es curioso lo que ocurre con la fama póstuma de las personas? Es casi como el juego de la lotería. ¿Acaso el infeliz de Guillotin, médico y filántropo, merecía que su apellido se asociara para siempre con el de la máquina de cortar cabezas? Es una injusticia. Y otros nombres, como Simón y Onán, sirven para consolidar un acto efímero en un vergonzoso concepto genérico. ¿Y la célebre Xantipa? Probablemente, la más adecuada para un juerguista muy conocido en la ciudad.

»Por el contrario, los hay afortunados, como el mariscal Niel, al que yo llegué a conocer bien y que por cierto era un pesado. Y es que nada más soso que aquellos generales del Segundo Imperio que se borran del recuerdo como sombras —imitaciones de una imitación. Éste tenía el mando en Sebastopol, una de las más estúpidas carnicerías, y se dedicó con un ahínco digno de mejor causa a implantar un arma especialmente mortífera. Por cierto que se dejó el pellejo en el empeño. Y todo, incluido su mamotreto sobre la guerra de Crimea, se ha sumido en un merecido olvido. ¿Y qué ocurre después? Aparece un jardinero que bautiza la más exquisita de sus rosas con el nombre de "Maréchal Niel". Así se consuma un injerto: mientras el vástago histórico se marchita, la nueva rama florece en los jardines con mítica magnificencia. En lo sucesivo, el nombre quedará exquisitamente unido al aroma y al color. La vida. Son pocos los que hacen méritos para ganarse la fama».

Ducasse era aficionado a estas disquisiciones, con las que solía amenizarse sus ratos perdidos, como aquél, pasado en una floristería. No había resultado fácil dar con ella, pues la mayoría de

las tiendas estaban cerradas. Era domingo por la tarde. Aquélla era poco más que un tenderete cubierto, próximo a la Madeleine y no muy bien surtido. Pero la «Maréchal Niel» no podía faltar. Aunque quedaban ya muy pocas. Amarilla, el color que buscaba Ducasse, sólo quedaba una variedad, de botón pequeño y espinas rojas, dobladas hacia abajo. A su lado había una rosa rojo sangre de pétalos apenas entreabiertos y salpicados de gotas brillantes. A Ducasse le pareció demasiado arrebatada para un primer saludo. Después de vacilar un rato, como un chef de cocina entre diferentes especias, se decidió por el ramo amarillo. Dio la tarjeta de Gerhard y lo envió a la dirección de la condesa.

La llegada de las rosas surtió en Irene un efecto sedante y vivificador, como una bocanada de aire fresco. Se sintió premiada como la actriz que recibe flores en el escenario. Kargané habría visto el ramo. ¡Mejor! Al leer la tarjeta de Gerhard sonrió. Ajá, el rubito del mediodía… diplomático o algo por el estilo. Ya le llamó la atención cuando lo vio en casa de Frau Zimmern; lo recordó en seguida. En sus facciones había un algo irreal que inducía al ensueño; casi parecía extraño que vistiera como todo el mundo. A pesar de la excitada conversación que mantenía con su padre, sus ojos buscaban a Gerhard una y otra vez, y se posaban en él como descansando. Él debió de notarlo —sí; sin duda lo había advertido. Este ramo era su forma de darle las gracias. Llegaba que ni llovido del cielo, como un bálsamo. Dio la vuelta a la tarjeta y vio unas líneas escritas en el dorso.

«Madame, lástima que hayan pasado los tiempos en los que se podía brindar ayuda y servicio a las damas afligidas y contrariadas. Pero incluso hoy bastaría una señal, una palabra. Parecía usted tan apenada. Deseo que estas rosas la alegren un poco».

Ducasse redactó el texto de manera que, llegado el caso, pudiera reconocerlo como suyo: la contribución de un amigo más viejo y bien intencionado, aunque estaba seguro de que nunca llegaría a plantearse la cuestión de la autoría. El conocía la propensión de

Irene a la extravagancia. Además, había acertado en el momento oportuno —un momento explosivo.

Irene reunía todos los dones, tanto personales como sociales, para ser feliz. Si, evidentemente, no lo era, ello se debía a que algunos engranajes se movían más de prisa de lo que convenía al conjunto, desacompasadamente.

La desmesura es enemiga de la felicidad y del éxito. Ello obedece a causas diversas. Aparte de que no siempre traduce una energía vital, contiene un ingrediente que destruye el goce. Un banquete se saborea con deleite cuando discurre armoniosamente en un ambiente agradable, entre amenas conversaciones. Si alguno de los asistentes es amigo de bebidas fuertes, ruidos y disputas, se crea una tensión, como si la comida se sirviera durante una tempestad.

Si, como le ocurría a Irene, la desmesura afecta al erotismo, las consecuencias son desastrosas. Todo aquello que despierta la curiosidad y es motivo de escándalo, no puede sino desanimar a la pareja. Se unía a ello una especie de fatalidad que irritaba a Irene y que le parecía inexplicable. En momentos como aquél, en los que se sentía invadida por la cólera y la frustración, había buscado otras compañías pero todas sus tentativas tuvieron un final enojoso o ridículo. Parecía que la pareja se espantaba y retrocedía; el juego perdía su aliciente. Incluso a veces intervenían factores externos que impedían continuar la aventura. Aquellos episodios parecían un laberinto cuyos senderos se alejaban irremisiblemente del erotismo.

No era casualidad que Gerhard la atrajera, pues a su carácter petulante le iban los oponentes apocados. Kargané era demasiado fuerte para ella. Incluso en sus conflictos, se sentía dominada por él. En sus anteriores regresos hubo escenas parecidas que provocaron la aventura con el joven Coquelin, el galán romántico de moda. Ella le había aplaudido muchas veces en «Manon Lescaut», «Las dos huerfanitas», «Viaje alrededor del mundo» y otras obras, noche tras noche, incluso en los ensayos generales de la Porte Saint-Martin. El actor era el prototipo de la hermosura perfecta: cuerpo de figurín y movimientos armoniosos —en suma, como decía ella, para

comérselo. Irene se unió al número de sus admiradoras, le enviaba flores a diario y, finalmente, en un arrebato como el de hoy, le había escrito una nota indiscreta.

Se vieron fugazmente dos o tres veces y se citaron en un pequeño hotel situado detrás de la Madeleine. Allí solían tener las aventuras del joven su punto culminante, que generalmente era también el punto final. A diferencia de las obras que representaba, no acostumbraban a pasar del estreno. Ello explicaba la elección del lugar, un meublé impersonal en versión de lujo.

El barrio tenía su encanto antes de que los grandes bulevares lo seccionaran. Detrás de aquella iglesia con aspecto de templo pagano aún se conservaba un fragmento del viejo barrio, como un islote en medio del tráfico; talleres artesanos y tiendas sin escaparates con una clientela pequeña pero adicta. Además, a pocos pasos estaba el mercado que le transmitía parte de su animación. Aquél era el lugar ideal para citas clandestinas. El pequeño hotel de «La campana de oro» tenía sólo cuatro o cinco mesas, bastante separadas entre sí, y una serie de habitaciones en el primer piso. Lo regentaba madame Stephanie.

La elegante impersonalidad del lugar no inquietaba al joven Coquelin, ya que él era el prototipo del amante impersonal. Ésta era una de las causas de la fugacidad de sus aventuras; era como una fruta que se disuelve en la lengua con un sabor muy agradable pero sin dejar recuerdo. A él lo personal parecía cohibirle y violentarle.

Lo que le molestaba de aquel lugar era la insuficiencia del decorado. En lo tocante al ornato, Coquelin era muy sensible. Jamás debía traslucir la finalidad descarada y fisiológica. Él tenía un gusto delicado, exigente y descontentadizo. Su ideal era aquel embeleso que en ocasiones, pocas, invade en el teatro al actor y al público — la comunión de una segunda naturaleza. Él buscaba la partenaire perfecta, con la que pudiera charlar y pasear por hermosas habitaciones, bajo los efectos de una ligera embriaguez. Como todos los que buscan un ideal que forzosamente tiene que encarnarse en un ser humano, no cosechaba más que decepciones.

Su propia compañía era la que menos le defraudaba. Por ello no citaba a nadie en su casa, situada cerca de la rue d'Anjou, donde se había instalado de acuerdo con su gusto particular —con sobriedad, al estilo inglés, huyendo del recargado gusto imperante. Allí, por la mañana, después de prepararse el té con un esmero casi científico, estudiaba sus papeles, paseando entre dos espejos en los que observaba sus gestos y expresiones, y bajo un hermoso retrato de Kean a quien veneraba y trataba de emular, si bien sólo lo conseguía en los personajes de salón.

Es fortuna poco corriente que la predisposición natural y la afición armonicen con la profesión hasta el extremo de que no pueda hablarse de trabajo. El juego se hace vida y la vida se hace juego. Su prodigiosa memoria era una gran ayuda para el joven mimo. Si leía una obra por la noche, en la cama, a la mañana siguiente, al afeitarse, podía recitar el papel de carrerilla. Estudiar no era problema para él. Tal vez pudiera decirse que tanta facilidad denotaba superficialidad; pero, con un talento como el suyo, ¿no había de resultar inconveniente profundizar en el personaje? Él buscaba en la unión erótica una satisfacción más sublime. Y, por supuesto, sin complicaciones.

En Australia vive una especie de pájaro cuyo macho adorna el lecho nupcial con flores, plumas y piedras de colores antes de conducir a él a la hembra de su elección. Así adornaba Coquelin la casa para la dama de sus sueños, con todo lo que le seducía de las tiendas de antigüedades de la orilla derecha y la orilla izquierda. Como queda dicho, la decoración era sobria, pero si a su dueño le parecía que faltaba una tela, un cuadro, un mueble, o que podía sustituirlo por otro mejor, no regateaba esfuerzos ni viajes. Desde que actuara en San Petersburgo como artista invitado, no tenía preocupaciones económicas y podía gastar con esplendidez. Y, cual buen pintor que aplica tono sobre tono, él iba sumando detalles al conjunto. A veces, al contemplar su obra, imaginaba el arrobo que sentiría un alma gemela a la que él abriera por primera vez aquel pequeño mundo. Era muy agradable.

Entretanto, no toleraba allí a otra mujer que la vieja que en dos horas le hacía la limpieza. Si recibía a algún visitante masculino, cosa que ocurría muy de tarde en tarde, le pedía que se abstuviera de fumar. Con aquel talante metódico y refinado, hubiera podido ser un buen abad del siglo XVIII y habría llegado lejos.

Para un hombre con tales inclinaciones nadie menos indicado que Irene. Así lo comprendió él inmediatamente, cuando pasaron del lenguaje de las flores al de las palabras. Al verse a solas con aquella desconocida en el pequeño apartamento de madame Stephanie, le pareció que había caído en un cepo. La mujer era inquieta y turbulenta. Pasaba de un silencio alarmante durante el cual le devoraba con los ojos, a la risa estridente y repentina. Y no se privaba de hacer observaciones impertinentes, como: «Da la impresión de que, sin apuntador, no sabe usted qué decir».

Coquelin se preguntaba si estaría en sus cabales. Tenía el presentimiento de que la aventura podía entrar en cauces muy desagradables, y buscó la forma de salir del atolladero. Después se sorprendió de aquella reacción, ya que a la postre el trato con admiradoras extravagantes era propio de la profesión. Pero en aquel caso había algo más: la inmediata amenaza de una persona perniciosa en sí misma y que tenía la propiedad de atraer el mal que había en el ambiente.

Él, presa de un desasosiego creciente, abandonó la habitación y pidió a madame Stephanie que dijera a la señora que se había sentido enfermo y había ido al médico. Después de este mutis tan poco caballeresco, se acabaron las flores. La carta cuajada de insultos que llegó en su lugar, más bien le tranquilizó, pues Coquelin temía que el asunto pudiera alargarse o, incluso, que el capitán se le viniera encima. Como la mayoría de actores, era supersticioso; no obstante, hubiera preferido romper un espejo a exponerse a otro encuentro.

No fue aquél el último desengaño que sufrió Irene. Pero sintió una gran desilusión. En realidad, era como una niña que se encapricha con un juguete para luego romperlo.

Muchas cosas obraban en ella al unísono cuando llegaron las flores de Gerhard y ella leyó la tarjeta: el furor contra Kargané, el deseo de herirle en lo más vivo y el recuerdo del fracaso sufrido con el actor. Sintió una intensa alegría: ahora tenía la ocasión de resarcirse, y hoy mismo. También sabía dónde. A pesar de todo, el apartamento de detrás del templo le había gustado: era discreto y céntrico. Había estado allí dos o tres veces más, pero sin mayor éxito. La dueña la conocía —aunque no de nombre, o así lo esperaba Irene. Eso simplificaba las cosas.

Detrás de la Madeleine

12

Después del día casi veraniego, refrescó. Del río se levantó una niebla que fue extendiéndose por las calles, como una alfombra, desde los puentes hacia la colina. La luz de las estrellas se empañó y acabó por extinguirse. Hasta los sonidos parecían más secos y apagados. Se oían los cascos de los caballos y el rodar de los coches que volvían de los teatros.

La niebla da a las ciudades un ambiente íntimo, recogido. Durante el día, difumina las formas y tamiza la luz. Por la noche, convierte los barrios en grandes casas en las que se suceden salas y corredores. Hay personas que aborrecen este tiempo y otras que sienten predilección por él. Entre éstas se cuentan no sólo quienes aman lo íntimo, recoleto y familiar, sino también los que gustan de andar enmascarados. Almas solitarias que amortiguan la luz del día con extrañas melancolías, se animan ahora como los murciélagos en el desván. Los enamorados se abrazan como si los cubriera un manto que los hiciera invisibles. Los leprosos gozan del aire puro y los depredadores hacen su trabajo mientras en los muelles suenan las sirenas.

Gerhard llevaba ya media hora esperando detrás de la Madeleine, en la esquina que se le había indicado. La florista había cerrado el puesto hacía mucho rato, pero de los desperdicios se elevaba un aroma de reseda que impregnaba la niebla. Gerhard estaba agotado pero despierto y expectante. Después de despedirse de Ducasse,

había seguido paseando por los bosques del otro lado del puente de Saint Cloud.

Al llegar a casa encontró la carta de Irene; le sobresaltó como una brusca llamada, pero no le sorprendió demasiado. En realidad, él siempre estaba esperando algo prodigioso. Su materialización le alegraba, sí, pero no le producía extrañeza. Así pues, tenía razón Ducasse al proponerle la idea de las flores; las cosas eran mucho más sencillas de lo que él, Gerhard, imaginaba; existían fórmulas que tenías que conocer, reglas secretas para personas mayores.

La hora fijada no podía considerarse improcedente, porque lo improcedente es un concepto elástico. Gerhard deducía más bien que debía de tratarse de algo extraordinario —una de esas pruebas en las que demostrar sumisión, coraje y fidelidad con las que a menudo soñara. Menos le hubiera sorprendido aún ser citado en un lugar insólito —unas catacumbas, un cementerio o un bosque oscuro.

Había leído una y otra vez las breves líneas del billete. Ya las sabía de memoria: «¿Que si puede ayudarme? Oh, y cómo. Con qué clarividencia lo ha adivinado. Me parece un milagro».

Así pues, ella había leído su pensamiento. Comprensión sin palabras —qué bonito, mucho más que la poesía. Así se movían las flores a impulsos del viento —las flores entre las cuales un rayo de luz hace de mensajero. Pero ¿cómo podía ayudarla él? ¿Por qué recurría a él, que era un inexperto? Pero la voluntad puede mucho. Y él estaba dispuesto a dar por ella hasta su sangre.

Se sentía envuelto en luz y calor, sumido en una especie de embriaguez. La niebla le envolvía como una capa. Qué suerte, haber encontrado a monsieur Ducasse. Aquello no podía ser casualidad. Evidentemente, le había juzgado mal. Ducasse podía ser uno de los emisarios que reparten llaves cuando te encuentras ante una puerta cerrada. Muy pronto todo cambiaría, eso era seguro. Y de repente, incomprensiblemente, tuvo un escalofrío. Miró los faroles, esferas amarillas en la niebla. Los objetos se acercaban a él.

Detrás de la iglesia paró un coche y unos pasos ligeros se acercaron. Empezó a palpitarle con fuerza el corazón. Debía de ser la condesa. Sintió un leve estremecimiento, como si se rasgara una seda; había llegado el momento. No estaba seguro de que no fuera un sueño, pero era un sueño muy hermoso.

Era ella. Sintió su mano en el brazo.

—Casi no me atrevía a esperar que viniera.

Ella le oprimió la mano.

—¡Qué tiempo! Todos los coches estaban ocupados. A pesar de todo, hubiera llegado antes, de no haber querido venir en un coche con caballo blanco. Y me decía: Si te lleva un caballo blanco él te esperará. Qué tontería, ¿verdad? Pero ya ve que tenía razón.

Ella se rio. El veía sus ojos a través del velo. Iba envuelta en un abrigo de entretiempo y llevaba un fino paraguas en la mano. Le hablaba en susurros, como si temiera que pudieran espiarles. Él era su confidente, su cómplice.

Gerhard dijo:

—Le agradezco que se haya acordado de mí, aunque no soy digno de su atención.

—En usted se puede confiar, o yo no estaría aquí. Llámeme Irene… Usted se llama Gerhard, ¿no es cierto? Le he visto en casa de su tía. Pero ¿es que piensa tenerme en la calle, después de citarse conmigo a medianoche?

La pregunta le desconcertó y asustó. El encuentro era el punto luminoso hacia el que él se dirigía como una mariposa, pero no había pensado en lo que ocurriría después. Indudablemente, él la había colocado en una situación peligrosa o, peor aún, equívoca. En cualquier momento podía pasar alguien, y no sería de extrañar que se tratara de un conocido. Media ciudad había visto el retrato de la condesa pintado por Odilon Redon. Gerhard se echó a temblar, contrito. Pero ¿qué podía hacer? No se atrevía ni a responder.

También Irene parecía asustada. Se asía con fuerza a su brazo, buscando protección. Casi parecía empujarle hacia atrás. Él sintió a su espalda una puerta que cedía sin ruido. Irene volvió a tomarle del

brazo, pero ahora suavemente, y le acarició la mano. Parecía irradiar seguridad. Debía de saber adónde iba.

Era el momento de ocultarse; se oían pasos en la calle, voces, risas que se acercaban. Entraron. La puerta se cerró a su espalda. Estaban seguros.

13

La puerta de «La campana de oro» se abría al anochecer y hasta pasada la medianoche quedaba sólo entornada. A los clientes de madame Stephanie no les gustaba esperar en la calle; preferían entrar y salir inadvertidos —algo a tener en cuenta.

Pero la entrada no quedaba sin vigilancia. Mientras hubiera clientes en el restaurante, madame Stephanie permanecía sentada detrás de su pequeño pupitre, repasando cuentas, cobrando y supervisando al personal. En la pared había una ventanita redonda, una especie de ojo de buey a través del cual se dominaba el corredor. Delante de la ventana colgaba una campanilla que se accionaba por un cordón cada vez que se abría la puerta. Había que tener muy buen oído para captar su sonido, pero no era oído lo que faltaba a madame Stephanie. Era capaz de reconocer los más leves sonidos que se producían en su casa.

Además de la puerta del hotel estaba la del restaurante, de acceso libre, y la puerta trasera que salía al mercado y que durante el día era utilizada por proveedores y empleados de la casa. Por las noches se cerraba, pero algunos clientes la preferían. A éstos les abría madame Stephanie personalmente y luego volvía a cerrar. Incluso se decía que algunos clientes tenían llave de aquella puerta trasera; era un rumor.

Las entradas y salidas de la casa se regían por un sistema orgánico parecido al que se describe en los libros de anatomía con ilustraciones que muestran la circulación de la sangre por las cámaras, recámaras y válvulas del corazón, la cual sólo puede alterarse en caso de catástrofe. Algo parecido ocurría en «La

campana de oro»: del restaurante se podía pasar al corredor del hotel, pero no viceversa. Había clientes que sólo conocían la casa como restaurante, y otros, como hotel. El que había comido y bebido abajo podía alquilar una habitación del piso de arriba, pero desde allí ya no podía volver al restaurante. Todo lo que pidiera se le servía en la habitación y se subía desde la cocina o la bodega por la escalera de atrás, sin excepción. Madame Stephanie tenía sus razones para ello. La escalera de delante estaba débilmente iluminada y, casi siempre, desierta.

El régimen de la casa también era orgánico por cuanto que no se regía por reglas sino por costumbres bien arraigadas. Madame Stephanie contaba con una buena clientela y con personal veterano. En estas condiciones, la dirección es un juego de niños; basta una mirada, una señal. El negocio marchaba como un reloj y era una mina de oro. Algunos clientes eran muy espléndidos. Madame Stephanie no admitía a pintores ni público de esa clase; los actores, tenían que ser famosos, como el joven Coquelin. La norma no afectaba a las actrices; allí abundaban las debutantes.

Se estaba bien en casa de madame Stephanie. Ella era una persona muy agradable y todavía bastante atractiva. Su belleza era serena como la de una monja; residía sobre todo en la armonía de la figura y las facciones. Una sonrisa misteriosa y una reposada voz de contralto acentuaban la sensación de equilibrio. Ello le daba un aire impersonal, que se miraba con agrado, como el retrato de un viejo maestro.

A las personas les gusta el retorno de lo conocido — especialmente si despierta el recuerdo de horas gratas. En este aspecto, madame Stephanie era una figura tradicional en la cambiante existencia de sus amistades y clientes. Era guardiana y ama de llaves de horas consumidas que volvían a encenderse cuando pisabas el corredor. Allí se respiraba un aroma de pebeteros en los que se hubiera quemado incienso durante décadas.

Ayudaba a mantener la ilusión el que madame Stephanie apenas hubiera envejecido. Seguía siendo la misma que habías conocido en el *vernissage*; a lo sumo, un poco más pálida, como un cuadro. Allí estaba ella, siempre la misma, con su sonrisa misteriosa, en el marco del corredor débilmente iluminado. Vestía de oscuro y llevaba por todo adorno un collar de cuentas de marfil que armonizaba con su cutis, cuya palidez era de penitencia conventual.

En sus dominios reinaban el orden y la discreción. Ella conocía a todos sus clientes, pero nunca lo demostraba, a no ser que el cliente la animara a ello. En cuanto al orden, éste suele compararse con la luz y se le parece en que se aquilata mejor por el desorden, al igual que la luz por la oscuridad. El orden es menos importante en el cuartel que en el campo de batalla; en el puerto, que en alta mar. Si el negocio de madame Stephanie florecía gracias a la discreción, podían ocurrir muchas cosas en el caso de que se aflojaran las riendas.

La energía de la mujer es más fuerte que la del hombre, aunque menos aparente. Es penetrante, suave, funcional, más flexible y, al mismo tiempo, más resistente que la consabida barra de acero. Pero, al igual que el acero, esta virtud la adquiere con el temple en el agua fría. Tal era el caso de madame Stephanie, que tuvo que sufrir amargas experiencias a causa de lo que en su Mantés natal se dio en llamar su desliz. Ahora también en Mantés se la llamaba madame Stephanie. El tratamiento era irreprochable.

Pero en la capital conoció tiempos muy duros. A punto estuvo de ahogarse, después del naufragio. Si, de cada cien reclutas, apenas uno llega a oficial, algo parecido ocurre con los contingentes femeninos que año tras año llegan de provincias y son sacrificados al Moloch de la capital —muy pocas alcanzan la categoría de una madame Stephanie. Y si el soldado, para ascender, tiene que distinguirse en destinos peligrosos, también ella tuvo que empezar en una posición dura, la de criada de un célebre cabaret de Pigalle. Cuando demostró que era digna de confianza, fue ascendida al bar —una distinción muy peligrosa.

Un bar que cumpla su función, es decir, que satisfaga tanto al cliente como al dueño, es como un altar en el que se rinda culto a Dionisos y a Mercurio. Por lo tanto, quienes oficien en él han de tener dos propiedades contradictorias: la de animar y la de controlar. El ambiente debe incitar a la orgía, pero sin llegar a ella. De lo contrario, el beneficio se consumiría en la fiesta, se iría en humo. Hay que disponer puestos desde los que se observe y fiscalice el consumo, y uno de estos puestos estaba ocupado por madame Stephanie, a la sazón Stephanie a secas.

Multitud de habituales y visitantes de todos los países la conservaban en la memoria. Ya entonces llevaba trajes oscuros, pero muy escotados, con botones relucientes, puntillas en escote y mangas y una «*vertugade*» abombando la falda. Entonces tenía el pelo dorado, como era de rigor. Así se la veía, noche tras noche, en medio del bullicio, detrás de la barra, de espaldas al gran espejo de la pared. En los grandes salones de cortinas rojas se bailaba, se bebía, se cantaba y se reía. La animación y el colorido giraban bajo las grandes arañas de cristal y se extendían a los palcos, velados por el humo. La música era punteada por los taponazos y hendida por gritos como de pavo real o de papagayo. La gran fiesta se repetía noche tras noche, y no había extranjero que se estimara que no dejara allí su tributo. Y Stephanie permanecía de guardia desde que empezaba el baile hasta el amanecer, con los brazos apoyados en el mostrador y una expresión afable en su hermoso rostro, entre fuentes de frutas exuberantes y baterías de botellas de cuello dorado o plateado de las que brotaban chorros de espuma. Éste pedía, el otro discutía, al de más allá había que saludarle por su nombre, aquí una llamada que tenías que atender… y, todo, con amabilidad. Así, con una sonrisa y un ademán garboso, disimula el artista las dificultades del número.

Pero ¿qué había tras la frente de aquella agradable persona? A muchos de los que de buena gana le hubieran dado un beso les

habría sorprendido averiguarlo. Porque hubieran encontrado más cifras que en una máquina de calcular; nada más que cifras y nombres o rostros que sólo interesaban por su relación con las cifras. Aquel cerebro era tan fiable como el Banco de Inglaterra o, por lo menos, como el de un avezado crupier del casino de Montecarlo. Por mucho que se animara la fiesta, conocía el estado del Debe y el Haber como si lo tuviera grabado con buril.

En estos puestos, y por lo que se refiere a las cifras, existe la posibilidad de desviarse hacia arriba o hacia abajo, y tan peligroso es lo uno como lo otro. Y la posibilidad del olvido, del descuido, del error en el cargo o el abono. Son fallos a los que incluso los mejores están expuestos, cuando hay tanto movimiento, dejando aparte otras consideraciones. Vienen luego cuestiones más delicadas, como la del crédito y similares. Y las tentaciones, más numerosas que las de san Antonio. Y también las propinas. Pero baste consignar que Stephanie no sólo se afianzaba en su puesto de año en año, conquistando el respeto general, sino que consiguió ahorrar una suma considerable y hacer buenas amistades.

Como queda dicho, para tener éxito en estas actividades hacían falta dos cualidades contradictorias. Stephanie las poseía en grado sumo y ahí residía el secreto de su éxito. En nuestros tiempos se habla muy mal del desdoblamiento de la personalidad, y se dicen muchas tonterías. Y es que los contrastes son fundamentales tanto para el mal como para el bien. Un éxito como el de madame Stephanie debe atribuirse a la posesión de asombrosas dotes contradictorias. Es la fuerza de lo insospechado. Todo el mundo sabe que un chiste resulta tanto más gracioso cuanto más serio está el que lo cuenta. Por la misma razón, el gato que quiere cazar ratones no se pone a hacer cabriolas sino que es la estampa misma del sosiego. Así también, madame Stephanie tenía que prosperar en el mundo del amor y los placeres: poseía el aspecto afable y servicial que exige este mundo y la mente calculadora y la mirada diáfana de la continencia.

14

Los raros días en los que madame Stephanie iba a Mantés, a ver a su familia, que ahora la adoraba, o en los que padecía sus indisposiciones, la sustituía mademoiselle Picard, su gobernanta, que era la eficacia en persona.

Las indisposiciones de madame Stephanie se producían con regularidad, en forma de jaquecas y espasmos abdominales. Durante aquellas crisis, la mitad derecha de su marfileña cara se ponía colorada y ardiente. Y madame Stephanie, a pesar de su energía, tenía que arriar velas y guardar cama. Ello su ponía un grave contratiempo, aunque casi nunca duraba más de un día. La cosa no tenía remedio, a pesar de que el doctor Besancon, el médico de cabecera, que vivía cerca, no se ahorraba molestias. Solía recomendarle fomentos y gotas de opio y, cuando tomaba el sombrero y el bastón para marcharse, nunca dejaba de comentar: «Lo que tendría que recetarle, madame Stephanie, es un buen mozo. —Y, como sabía que estas bromas molestaban a su paciente, añadía—: Quiero decir que debería usted casarse». A lo que madame Stephanie respondía: «Procure no extraviarse al salir, doctor».

Al médico, como buen solterón, le gustaba gastar bromas a las mujeres. Pensaba que eso las ponía de buen humor. También hoy había tenido lugar el pequeño diálogo, a pesar de que la jaqueca era más fuerte de lo habitual. Al anochecer, cuando se espesó la niebla, fue en aumento. Y en el vientre parecía que se enroscaran y desenroscaran unas espirales. El lado derecho de la cara le ardía y el

izquierdo estaba como el hielo, y los sudores se alternaban con escalofríos.

Madame Stephanie estaba en su dormitorio. La casa había sido construida en el siglo anterior, según el modelo de la quinta genovesa, con dos pisos, y buhardilla para la servidumbre. La planta baja estaba destinada a restaurante y el primer piso, a hotel. En la buhardilla los techos eran bajos, y las paredes, inclinadas. Para dormitorio resultaba aún más agradable.

Las gotas empezaban a surtir efecto. Eran benéficas como un bálsamo. Producían un grato sopor, la sensación de volar sobre prados floridos. Y las flores eran más hermosas y duraderas, y las rosas y los lirios, como si los ángeles los hubieran pintado y les hubieran dado vida. Contemplándolos se mitigaba el dolor y se pasaba el tiempo.

Pero el tiempo, ¿pasaba o se detenía acaso? De vez en cuando, a la luz de la lamparilla, miraba el reloj. Y podía ser que, después de deleitarse contemplando las flores durante una eternidad, no hubiera transcurrido ni un minuto. Era asombroso aquel tiempo a la vez raudo como una flecha e inmóvil. Estabas al mismo tiempo en la orilla del río y en los rápidos, en el eje de la rueda y en su veloz borde.

Para una mujer como madame Stephanie, que tenía que velar día y noche, los sueños prolongados eran un lujo. Así lo comprendía en los intervalos, cada vez que miraba el reloj. Y hoy se sentía especialmente intranquila porque la Picard también estaba en la cama. Tenía el brazo izquierdo muy hinchado, y el médico había decidido esperar hasta el día siguiente para sajárselo. Cuántas veces le había advertido que tuviera más cuidado al trinchar la carne. Cuando había pato, ella solía ensartarlo con un tenedor, tal como se debe hacer; pero trabajaba demasiado de prisa. Y un pinchazo como aquél era más peligroso que un corte.

Fuera sonó el reloj de la torre; debía de ser el de la rue Duphot. Doce campanadas percutieron sordamente en la niebla. ¿Estaría bien cerrada la puerta de atrás? Madame Stephanie no era cobarde, pero la puerta trasera era el punto vulnerable de la casa. Aunque el mercado cerraba temprano, siempre quedaba cierto movimiento. Había perros grandes; borrachos y parejas que se escondían por los rincones. Era necesario vigilar aquel lado. Tal vez aquella noche hubiera tenido que cerrar el establecimiento, cosa que no había hecho más que una vez, el día de la primera comunión de su sobrina.

En el restaurante estaba Joseph; allí no habría problemas, pero de las habitaciones tendría que encargarse la Bourdin. La Bourdin era una trabajadora incansable, pero no se la podía presentar en público, a no ser que se rompiera una copa y tuviera que acudir con la escoba y la pala. Para otra cosa no se podía confiar en ella.

Madame Stephanie trató de incorporarse, pero cayó de espaldas en la cama, sin fuerzas. Tomó otro terrón de azúcar con las gotas marrones y dejó que se disolviera en la boca. Tenía un sabor agridulce bastante desagradable. Al día siguiente, lo sabía por experiencia, estaría fresca y despejada como la que más.

15

La Bourdin, que estaba trajinando en la cocina, oyó sonar la campanilla. Suspiró y salió al vestíbulo. No era de los que se alegran cuando tienen que asumir una responsabilidad. Si de fregar una escalera o de limpiar una olla hasta dejarla como el oro se trataba, nadie tenía que enseñarle nada. Pero si se requerían iniciativa y decisión, en seguida se acobardaba y todo la agobiaba. Sin embargo, si estaba presente un superior, como mademoiselle Picard o la patrona, no le temía ni al mismo diablo. Para las personas como ella se han inventado las medallas a la fidelidad en el trabajo.

Su aspecto era poco grato. Tenía unos mechones grises pegados a la frente y una fea cicatriz en el labio superior. Ahora, de pie al lado del negro de escayola que iluminaba la escalera con una lámpara, miope, recelosa y angustiada, parecía la encarnación de aquella turbia situación.

La puerta estaba abierta y entraba la niebla. En el vestíbulo había una señora, acompañada de un muchacho. Ella llevaba unas rosas en la mano.

Gerhard comprendía que le correspondía a él decir algo, pero ignoraba la palabra clave. Ello hacía aún más violenta la situación. Por fin oyó decir a Irene:

—Deseamos un lugar en el que poder hablar sin que se nos moleste. Denos una habitación.

La Bourdin la miraba sin pestañear, muy compungida. A madame Stephanie le bastaba una mirada para decidir si había habitaciones disponibles o no. Ella exigía una clientela intachable; nada de chusma del arroyo. Pero ¿cómo iba a saber la pobre Bourdin lo que

debía hacer en este caso? Evidentemente, se trataba de una dama distinguida. Y hasta le parecía reconocer la voz.

—Sólo se alquila para toda la noche.

Irene soltó una risa nerviosa y se levantó el velo.

—Pero permitirán a sus clientes que se marchen cuando lo deseen, ¿no?

Entonces la criada la reconoció: era la señora que había estado allí con el actor… Hubo problemas, pero la casa no cobraba los cacharros rotos. Había vuelto otras dos veces, pero sólo para «tontear», como decía madame Stephanie. Seguro, era la señora del Número Doce. La Bourdin ya sabía a qué atenerse.

—Sus habitaciones ya están ocupadas, madame; pero puedo darle las de al lado, que son iguales.

Ni madame Stephanie ni mademoiselle Picard hubieran dado semejante patinazo, y la Bourdin se enteró en seguida.

—Zarrapastrosa… No la he visto en mi vida.

Irene apoyó el paraguas en el suelo y se volvió a mirar a Gerhard:

—No se quede ahí plantado como si la cosa no fuera con usted. Páguele por lo menos. Ahora ya sabe con quién tiene que habérselas.

Éste era el tono que comprendía la Bourdin. Ahora ya sabía que la señora tenía «clase», como decía el personal del hotel. Después de cobrar, llevó a los clientes al piso de arriba y abrió la puerta de una especie de saloncito. Una lamparilla de pantalla roja, colocada en la repisa de la chimenea, difundía una luz suave y agradable. La Bourdin preguntó si deseaban que encendiera la lámpara del techo, pregunta a la que invariablemente se respondía que no. Pero sí querían fuego en la chimenea. La mujer abrió la puerta de la habitación contigua, que dejó entornada, y les mostró el timbre, por si deseaban algo. Luego, se retiró. La pareja se quedó sola.

Irene se miró al espejo: le favorecía aquella luz. Ya se había quitado el abrigo. Su voz sonó entonces mucho más amable, acariciadora.

—Qué poco hábil es usted. Aunque reconozco que esa mujer estuvo insufrible. De todos modos, la casa tiene buena fama. No pensará mal de mí por haberle traído, ¿verdad? Me dio la dirección una amiga. Y, si había de verle, tenía que ser en secreto. Además, tengo que marcharme en seguida.

La habitación era casi idéntica a la que ocupara brevemente con el joven Coquelin. Sólo era distinto el cuadro de encima de la chimenea, aunque también era un Deveria: una pareja abrazada delante de una cortina roja, una escena de discreta intimidad, carácter que se acentuaba por la plaquita de estaño con la inscripción: «Los novios». Debajo, el nombre del pintor, el más flojo de los dos hermanos, cuya temática se caracteriza por su notable amplitud. Además de almibaradas estampas, aptas para gabinetes y boudoirs, había producido una inflamada pornografía, con escenas de burdel en las que figuras negras y figuras rojas hacían piruetas. Naturalmente, eso no lo sabía madame Stephanie. Pero tal vez en su predilección por el artista influyera un factor subliminal.

Estaban sentados uno frente a otro, delante de la chimenea de gas. Los leños eran de cobre perforado y en torno a ellos bailaban llamitas azules. Por primera vez podían contemplarse a placer, como se mira un cuadro o una fotografía. Irene había tenido una infancia solitaria. Cuando le regalaban una muñeca, se la llevaba a un rincón para jugar con ella tranquilamente, sin testigos ni observadores. Aquella intensa sensación de propiedad que sentía entonces la invadía también ahora.

La desgracia de aquella hermosa criatura era que mentalmente seguía siendo una niña. En este aspecto, Gerhard y ella eran afines. El suyo era un encuentro de adolescentes, no de adultos. Cuando Irene vio por primera vez al capitán en casa de su padre, inmediatamente comprendió que aquello era serio. Ella nunca sospechó que unos ojos pudieran tener aquella fuerza. Kargané le produjo un sobresalto, como el barco pirata que se desenmascara y muestra súbitamente sus relucientes cañones. ¿Por qué ahondaban en ella aquellos ojos con una crueldad implacable y un saber

escabroso? Y lo más incomprensible era que ella reaccionó al instante, respondiendo afirmativamente a la pregunta, con el mismo descaro. Fue el incendio que sigue al rayo. Y todo quedó decidido. De nada hubiera servido rebelarse. En realidad, él la tomó como un pachá, imperiosamente, con la fuerza del misterio de Oriente.

Desde el principio, Irene se resistió a aquel dominio. Ella podía ser conquistada, pero no vencida. Al contrario, a cada ataque, aumentaba su resistencia, que llegó a convertirse en odio. Y, extrañamente, con el odio crecían los celos.

¡Cuán distinto era el ideal que ella veneraba en su interior y al que se entregaba en sueños! Cuando más cerca se sintió de alcanzarlo fue en aquella época en la que todos los días enviaba flores y frutas a Coquelin, como una pastora que depositara sus ofrendas ante una imagen. Cuando lo descubrió, sintió una viva alegría que le hizo olvidar la realidad. En el teatro, cuando él se acercaba a las candilejas con aquella elegancia de movimientos y aquella apostura, hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. Irene tenía que cerrar los ojos para contener la emoción: aquello era la encarnación de su ideal.

Ella procuró olvidar lo sucedido después. Sus desengaños se debían a que del ideal exigía realidades, y de lo real, trascendencia. Es un mal común. Es, sencillamente, humano. Sólo que, en su caso, el afán rayaba en lo obsesivo y ella pasaba constantemente de la ilusionada expectación a la decepción.

Ahora, a sus ojos, Gerhard se fundía con el joven actor de los primeros tiempos. Estaban en la misma habitación y esta vez el final sería feliz. Ya no tendría que echar de menos a Kargané. Ahora ella también viajaría, y precisamente con Gerhard. Empezaría por imprimirle la apariencia que ella deseaba, y él aprendería pronto. Ya le parecía verle venir hacia ella por la terraza, mientras los caballos esperaban abajo. Sintió el deseo de acariciarle el cabello, de mostrarse tierna con él. Le tomó la mano.

—Gerhard… ¿Puedo llamarle Gerhard? ¡Qué contenta estoy de que haya venido!

Para Gerhard, que siempre vivía en un sueño, aquello era como despertar a una realidad superior. ¡Qué mano tan ligera y delicada! Era un hada que había venido a visitarle. Ahora oiría cosas maravillosas. Sin embargo, deseaba que el tiempo se detuviera y que todo permaneciera como estaba en aquel momento.

16

Gerhard no hubiera podido decir cuánto tiempo estuvieron así sentados, con las manos entrelazadas. Otorgar intemporalidad es facultad del tiempo. Se sentían confiados, seguros. Gerhard era feliz, y aquella felicidad gravaría las treinta horas siguientes de su vida, como una culpa que tuviera que expiar.

De pronto, Irene retiró la mano y señaló hacia la puerta, como si viera algo horrible. También Gerhard se asustó al seguir la dirección de su mirada: una cara atisbaba al interior de la habitación.

Madame Stephanie había mandado poner cristales en la parte superior de todas las puertas, para iluminar el pasillo y facilitar el servicio. Naturalmente, eran cristales esmerilados: desde la habitación no se veía el pasillo ni viceversa. Madame Stephanie nunca pensó que alguien pudiera pegar la cara al cristal; en su casa no se hacían estas cosas. Porque entonces algo se veía, como lo había visto la pareja.

Ahora bien, no era de suponer que el espía hubiera podido distinguir lo que ocurría dentro de la habitación. Habría visto, seguramente, las lámparas, el fuego y las sombras de dos personas sentadas junto a la chimenea. Tampoco ellos habían visto su cara con claridad; sólo una imagen borrosa, como la de un pez en aguas turbias, o una de esas caretas que hacen los niños con una calabaza hueca y una vela dentro, para asustar a otros niños. La máscara de un ídolo.

Sólo fue un momento; pero bastó para que su horror se comunicara a toda la habitación, convirtiéndola en un lugar maldito y

pecaminoso. Luego, se apagó la luz del pasillo. Irene se puso en pie de un salto. «¡Oh, qué espanto! ¡Cierre la puerta!».

Había observado al entrar que él la dejaba abierta. El joven Coquelin nunca hubiera cometido esta torpeza; claro que ella no sospechaba lo habituado que estaba al lugar. Era inquietante. Irene apagó las lámparas.

Cuando Gerhard se acercaba a la puerta, sonaron en el corredor ruidos confusos, sin que se oyera ni una palabra. Sólo una risa ahogada y unos pasos como de baile en la alfombra —amortiguados, pero a través de la puerta se advertía el frenesí. Todo, en segundos, como una súbita combustión, en la que de pronto salta la llama.

—¡Oh, no, suéltame!

Un grito conmovió el edificio hasta los cimientos, un grito como Gerhard no había oído nunca, pero que en seguida identificó. Fue como el relámpago que ilumina la sima en cuyo fondo se oculta la clave del misterio. Aquel grito rasgó la tensa atmósfera; era el grito del que es asesinado, y asesinado a cuchillo.

Luego, silencio, salvo por unas fuertes pisadas, como de un gigante —¿o eran los latidos del corazón de Gerhard que le martilleaban acompasadamente en los oídos? Pero tenía que hacer algo, prestar auxilio. Descorrió, el cerrojo que ya había pasado.

La puerta se abrió violentamente antes de que él pudiera tocar el picaporte; cedió al peso de un cuerpo que estaba arrodillado o sentado junto a ella y que quedó tendido entre el pasillo y la habitación —exhalando un suspiro que helaba la sangre. Porque ya no era una señal de vida; no habla salido de un lugar en el que aún se sintiera dolor.

17

Gerhard se arrodilló junto al cuerpo y tocó su frente aún caliente. Ya no necesitaba ayuda, ni agua, ni compresas, ni médico, ni sacerdote.

La habitación estaba iluminada por el resplandor azulado de la chimenea. También en el corredor la luz era tenue. Aquél era el primer cadáver que él veía. Le cubría sólo una fina camisa y llevaba una zapatilla roja en el pie izquierdo. El cuerpo relucía como el mármol hasta la cadera; luego, la espantosa herida, como si una estatua se hubiera sumergido en sangre.

Gerhard no sabía lo que se debe a los muertos, pero le pareció que aquel cuerpo exigía una protección, que no podía dejarlo allí tirado. No se había dado cuenta de que Irene había desaparecido. El susto la paralizó pero inmediatamente le dio la fuerza de un animal salvaje. Intuyendo dónde estaba la única salida posible, saltó al pasillo sin sombrero ni abrigo, por encima del cadáver.

Fue mientras Gerhard, consternado, sólo escuchaba las pulsaciones de su sangre. Siguió al grito un silencio tenso y alerta, como si toda la vida hubiera quedado en suspenso. Luego, «La campana de oro» se animó como el barco que se hunde. En el piso de arriba se abrían ventanas por las que se pedía socorro. En la calle sonaban silbatos y un murmullo de gente que se arremolinaba.

Había movimiento en la escalera y se oían portazos. De la habitación de enfrente salió un caballero de barbita gris en mangas de camisa. Los tirantes se le combaban sobre el pecho. Después de contemplar el cadáver con dignidad de senador, volvió a cerrar la puerta.

En el corredor de la planta baja se oían voces excitadas.

—Soy caballero de la Legión de Honor.

—Ni aunque fuera el Presidente de la República.

Cuando llegó la policía, en torno a Gerhard y al cadáver se había formado un corro de personas silenciosas. Madame Stephanie, que, más muerta que viva, se multiplicaba acudiendo a unos y a otros, había comprendido que ya nada podía salvarse, que aquello era el fin de «La campana de oro», la ruina. Había echado una sábana por encima del cadáver, como si quisiera cubrir el escándalo pero, ¡ay!, aquello no se dejaba esconder. Como en una pesadilla, la mancha roja iba ensanchándose en el centro del lienzo. Aquello no se podía tapar ni con una losa de granito.

SEGUNDA PARTE
CERCA DE LA BASTILLA

18

Etienne solía aparecer entre nueve y diez de la mañana por la Police Criminelle donde prestaba servicios desde hacía semanas. Las oficinas estaban situadas junto al palacio de Justicia y se entraba por la puerta del Quai des Orfèvres.

Ya había montado a caballo una hora, si hacía buen tiempo, en el Bois y, si llovía, en la pista de la Escuela Militar. Luego, tomaba una taza de café y venía andando por la orilla del Sena. Era un paseo muy agradable, sobre todo ahora, en que las hojas de los altos álamos empezaban a amarillear. Si le sobraban unos minutos, daba un pequeño rodeo y entraba en la Sainte Chapelle —no porque fuera muy piadoso sino porque le reconfortaba el lugar. Allí a aquella luz azul y oro que diluía las sombras, percibía él los fulgores que en el ejército se habían apagado ya. Además, la actividad puramente animal de la cabalgada exigía un contrapunto.

Etienne se había formado en un regimiento cuyo coronel aún pasó por la escuela de Mac Mahon. Cuando al vencedor de Magenta se le recomendaba a un oficial para un ascenso o una misión, ponía la mano sobre los certificados y solía preguntar: «¿Qué tal monta a caballo?». De la respuesta dependía la decisión. Con él en el mando, un ministro de la Guerra nunca se hubiera caído del caballo durante un desfile como sucedió después.

Es preferible presentarse al servicio después de una noche en blanco que sin haber montado a caballo. A Etienne había llegado a hacérsele imprescindible el ejercicio, como una costumbre higiénica o un rito. Era saludable y no sólo para la profesión. Una actividad que exigía dominio y autoridad directa, sí, pero sus efectos eran más

amplios. Etienne había observado que la melancolía que a veces le aquejaba insistentemente dejaba paso a la alegría. Un problema que al levantarse de la cama le parecía insoluble, dejaba de ofrecer dificultades. Ello era consecuencia del optimismo generado por una galopada matutina por el bosque o unas vueltas por las pistas de obstáculos. Así se reducía el fósforo.

Por otra parte, aquel optimismo no dejaba de inquietarle ya que él raramente se sentía satisfecho de sí. A veces le asaltaba la sospecha de que tanta salud era contraproducente para el espíritu. Al fin y al cabo no podías abordar los problemas como si fueran vallas o fosos. ¿De qué servía que saltaras el fino entramado de luces y sombras si pasabas por alto los vericuetos trazados en la arena? La red de dudas y contradicciones se rasgaba con la misma facilidad que la tela de araña, pero el riesgo era mayor que cuando en una caída te rompías un hueso. Cuanto más ligera la carga, más pesada la responsabilidad.

Etienne había elegido libremente su profesión. A ella le debía horas muy hermosas, aunque no la satisfacción que él esperaba. Hoy el soldado era muy distinto al de los tiempos del rey que mandó construir la Sainte Chapelle, distinto, incluso, de los tiempos de Napoleón. Eso lo comprendía uno muy pronto, especialmente en una guarnición como la de Nancy, donde apenas había distracciones. El servicio era aburrido y poco exigente. Por las noches había que optar entre el «Hotel Walther» de la Place St. Stanislas y el «Wienerin» de la rue Michottes. El año pasado en Africa del Norte, por el contrario, fue como un chorro de agua fresca, a pesar de que allí se moría uno de sed.

Etienne tenía momentos de alienación, en los que se veía desde el exterior, con extrañeza, en tal o cual situación. Esta aptitud tan poco grata presupone una gran sutileza y crea reflejos como los del gabinete de espejos.

Hoy mismo le había asombrado que él, Etienne Laurens, cruzara en este momento la entrada del Quai des Orfévres. Estaba riéndose desde arriba y le parecía que entraba en un hormiguero. ¿Qué tenía

él que ver con aquel trajín, con aquella muchedumbre que rebullía por las orillas del río y la Isla? La prisa, la seriedad con que corrían de un lado a otro debían de ser producto de una ilusión óptica. O se equivocaba él o se equivocaban todos.

¿Y qué sucesión de acontecimientos había tenido que producirse para que ahora, en este instante, él se encontrara delante de esta puerta? Primeramente, su ingreso en el ejército, del que pronto haría diez años, y después, la circunstancia de que le hubieran trasladado de Nancy al Deuxième Bureau.

Y, luego, otra ramificación, en cierto modo un destino dentro de otro destino, aquel papel de invitado de la Policía. Si uno lo pensaba, y Etienne gustaba de pensar en las cosas que afectaban a la cuestión de la libre voluntad, uno tenía que sentir miedo; podías imaginar que eras juguete de la casualidad. Y tal vez esta ramificación, en cuyo extremo se balanceaba él ahora, estaba carcomida desde el principio. Ello le hizo pensar una vez más que se había equivocado al elegir carrera.

Por otra parte, suponiendo que allí no mandara la casualidad sino la fatalidad, ¿resultaba mejor? ¿Qué podían significar todas aquellas disposiciones tomadas en relación con su destino? Sin duda, se le consideraba un intruso al que había que apartar, con tacto, eso sí, y hasta con honores, porque en lo tocante al servicio nadie podía reprocharle nada. En eso era él más escrupuloso y metódico que la mayoría; era un buen instructor, un maestro infatigable al que se veía en el cuartel incluso cuando su nombre no estaba en el programa de servicio. Y, sin embargo, no era excesivamente minucioso; la tropa le apreciaba. Fuera de servicio, era incluso más correcto de lo conveniente. Y eso que el coronel tenía predilección por los tipos que se metían en líos y a los que él tenía que sacar del atolladero. Un corazón paternal para los calaveras. «Intrépido como un húsar» era su eterna disculpa.

Pero lo de Etienne era distinto. Él no acababa de encajar. Nada podía reprochársele, pero no despertaba simpatías. Tal vez él pecara de presunción al atribuirlo a la superioridad intelectual. Y esta

actitud era nefasta para el compañerismo. Al fin y al cabo, lo que contaba en el servicio era la superioridad en el campo de batalla.

Algunas de las observaciones que se le escapaban frente a sus camaradas estaban francamente por encima del nivel medio y, en el mejor de los casos, eran recibidas con un silencio hostil. Estas experiencias le habían hecho cauto. Tampoco en su intento por adaptarse al léxico habitual había tenido éxito. Era increíble qué oído tan fino tenían; mucho más despierto que la inteligencia. Oían más de lo que les decías, y el resultado era que no te sentías a gusto. Él tenía un algo de otra raza. Ni esforzándose acertaba. En las calificaciones la nota personal era baja, en «*côte d'amour*».

Desde luego, había excepciones. Aunque eran pocas. Tanto entre los superiores como entre sus compañeros y subordinados, había personas con las que Etienne congeniaba inmediatamente. La primera frase revelaba ya un entendimiento secreto y saltaban chispas, como cuando el acero golpea en el pedernal. Y después se sucedían golpe tras golpe, como en el juego del badminton. Estos encuentros eran como manantiales en un viaje por el desierto. Realmente, debía de haber dos razas —una que construía figuras según las reglas de una zoología superior, y otra, mucho más escasa, que era espiritual. Sería estupendo —ésta era una de las grandes ilusiones de Etienne—, que esta última fuera la que dominara. Pero era evidente que la sociedad se regía por otros esquemas. Y esto no se ponía de manifiesto únicamente en el ejército, donde los hombres de puños se imponían siempre. Tal vez el plan general fuera regido por la inteligencia, pero desde luego no lo era por seres inteligentes. Se infundía a las acciones la medida de saber que precisaban, y mejor menos que más.

Si a alguien se le ocurría una idea superior, sin duda era inoperante, un lujo, superflua como una flor de invernadero. ¿Qué podía significar que, a pesar de todo, una y otra vez surgieran individuos cuyos pensamientos, sentimientos e inclinaciones iban mucho más allá de la necesidad histórica? Acaso el mundo los tolerara en sus castillos, como parientes pobres, inútiles pero

parientes al fin y al cabo, a los que esporádicamente revelaba sus intenciones; de vez en cuando, cuando subía a visitarlos a su buhardilla.

Disquisiciones como ésta eran lo que molestaba a sus camaradas de Nancy. Si bien la sutileza no se consideraba precisamente alta traición, te hacía sospechoso. Otra cosa era cuando los otros se animaban, por ejemplo, con una botella de «Pommery» en el cuerpo.

¡Qué grato era, por el contrario, cuando encontrabas un compañero que te seguía y al que tus reflexiones producían el mismo placer que a ti! Te sentabas con él en un parque o en una habitación en la que no faltaran los libros. Te ponías a fumar. Llenabas la tetera. Había arquitectos espirituales con los que dibujabas planos imaginarios. Había aventureros que avanzaban intrépidamente por lo desconocido. Había metódicos, imaginativos, polemistas. Cuando callaban, la atmósfera de la habitación se cargaba más aún. Un rayo de sol calentaba los centenarios lomos de los libros, oías susurrar la lluvia en las hojas de los árboles o en los puntiagudos tejados caían copos azulados a la luz del crepúsculo.

Hubo en Nancy una de aquellas aventuras que puede describirse como la marginación social de dos individuos inteligentes. Etienne se alegró de que acabara. Fue una de las razones por las que aceptó de buen grado el traslado a la capital. Volvía una hoja del libro de su vida; se sentía dispuesto para nuevos encuentros.

19

Conocer al inspector Dobrowsky fue un regalo del destino. No fue totalmente inesperado. La depresión que le acometió cuando entró en funciones en su nuevo destino se lo hacía sospechar. Él sabía por experiencia que en la víspera de tales cambios le aquejaba una especie de aturdimiento —incluso en la habitación del hotel, en la que deshacía las maletas antes de las vacaciones. Todo parecía triste y vano. Pero él sabía que por la mañana esto cambiaba y el nuevo lugar le descubría sus alicientes. Por la magnitud de la depresión, Etienne preveía incluso la alegría que había de seguirle. Era como la bajamar y la pleamar. Tal vez por lo mismo fuera necesaria la muerte.

Aquí, en el Quai, descubrió a Dobrowsky. Fue un hallazgo afortunado; alegró su estancia que, en el mejor de los casos, se le aparecía como un arduo trayecto a recorrer. Los sucesivos destinos recibidos le daban la impresión de ser peldaños descendentes, a pesar de que suponían más bien distinciones. En Nancy no había nadie que no se hubiera cambiado por él.

En el Deuxième Bureau no se sentía a gusto; el aire estaba enrarecido. Y, por si fuera poco, desde el primer día le pusieron en la sección Estadística, a traducir textos alemanes, a pesar de que allí abundaban los alsacianos. La oficina estaba situada en la rue Saint-Dominique. En realidad, se trataba de un servicio de Información.

Los trabajos que allí se realizaban, según pudo advertir Etienne inmediatamente, guardaban poca relación con lo militar. Tanto por su carácter como por la técnica aplicada a su ejecución, eran más propios de la policía. Allí faltaba el tono franco habitual entre

soldados. Cada cazador es marcado por el tipo de la caza a la que se dedica. En el Deuxième Bureau el uniforme servía más bien de camuflaje. Reinaba un aire vigilante dirigido hacia el enemigo invisible y artero al que había que combatir con sus mismas armas. La desconfianza era de rigor, una desconfianza que no exceptuaba a nadie. Y que marcaba la camaradería. Etienne advertía que allí las fórmulas de cortesía tenían otro sentido, que quedaba disimulado por ellas, y que las conversaciones se mantenían como si estuviera presente una tercera persona. A los pocos días de estar allí ya se le insinuó que en algún lugar del ejército, incluso en la misma casa, se emboscaba un lobo con piel de cordero. La piel de cordero debía de ser el uniforme.

Indudablemente, los oficiales eran más inteligentes que la tropa. Pero su situación era ambigua: caballeros por la mañana, cuando montaban a caballo en el parque; pero por la noche, cuando se encontraban con sus agentes, en iglesias o rincones oscuros, descendían a turbios manejos y trabajaban con sujetos a los que despreciaban.

El mayor Du Paty era el único al que Etienne había tratado extraoficialmente. Le atrajo porque le pareció un espíritu en el que se combinaban el amor a las tradiciones con la inquietud cultural. Pero resultaba difícil distinguir lo auténtico de lo puramente retórico. ¿Utilizaban ya sus antepasados expresiones como «la espada y el altar»? Quizá, pero no con esta entonación literaria, con el patetismo de la «*libre parole*». El mayor era un wagneriano apasionado que todos los años asistía a los festivales de Bayreuth, a pesar de que no estaba bien visto que los oficiales del Deuxième Bureau viajaran a Alemania.

Su amistad ya se había enfriado cuando Etienne fue destinado a la Policía. La propuesta partió del comandante de París, un jerarca que no hubiera desentonado en la época de la decadencia del Imperio Romano. En los casos en que las investigaciones se llevaban a cabo tanto por el Ejército como por la Policía, era natural que el Deuxième Bureau utilizara los servicios de agentes de policía. Esta

ayuda se requería sólo cuando era inevitable, puesto que, como decía Du Paty, «es muy distinto que la investigación sea dirigida por una autoridad o por una fuerza masónica». A fin de mitigar esta desconfianza, el comandante consideró conveniente que un oficial de la oficina de Información prestara servicio en la Policía durante algún tiempo.

El ministro dio su conformidad, aunque por otras razones. La Policía de París había desarrollado métodos cuyo conocimiento era indispensable para el Servicio Secreto. Desde hacía varios años, el jefe de la Oficina de Identificación era Bertillon, un criminalista de renombre europeo. Sus procedimientos científicos para desenmascarar a los delincuentes eran célebres. En la rue Saint-Dominique la orden se recibió sin entusiasmo, pero había que obedecer. El que el coronel Sandheer, el jefe en funciones, designara a Etienne, fue una forma de sabotaje: significaba que los conocimientos serían adquiridos por un oficial cuyo servicio en el Deuxième Bureau estaba limitado. Pero sobre el papel quedaba cubierto el expediente. Primeramente, la Policía hizo recorrer a Etienne los distintos departamentos. Todo jefe tiene el natural deseo de presentar su demarcación a los visitantes del modo más halagüeño. Eso le ocurría a Gonod. Por lo demás, no impuso a Etienne norma alguna. Y éste se quedó en la «*Comission des Meurtres*», sección de Homicidios. Ello podía justificarse con el argumento de que en el esclarecimiento de un asesinato intervienen todos los recursos de la Policía. Pero la verdadera razón era la amistad surgida entre Etienne y el inspector Dobrowsky.

Esta simpatía a primera vista era tanto más sorprendente dada la disparidad de carácter, aspecto y costumbres que existía entre los dos hombres. Desde niño, Etienne había vivido en un medio en el que se daba gran importancia a la indumentaria. Ya en la casa paterna se le había aleccionado minuciosamente. Su coronel, liberal en cuestiones de moral, supervisaba montura y atuendo con el mayor rigor. En todos los corredores y pistas de equitación había espejos de cuerpo entero, en los que podías mirarte como en los

salones de modas. Ello, con los años, creaba una segunda naturaleza y te arreglabas siempre como para una revista.

El inspector, por el contrario, evidentemente nunca se preocupó de si entre las prendas de vestir existía armonía. Él se compraba la ropa hecha, usaba unas corbatas increíbles y unas camisas y unos cuellos en los que las lejías de las lavanderías habían hecho estragos. Pero a él le tenía sin cuidado. Cuando se vestía por la mañana su cabeza estaba ocupada en otras cosas. Sus profundas reflexiones le habían llevado al vicio de morderse las uñas y las tenía roídas y manchadas por la nicotina de incontables cigarrillos.

Formaban una extraña pareja, sentados en el Café de la Régence, punto de reunión de jugadores de ajedrez. Etienne, movido por el deseo de cultivar el trato del inspector, había propuesto aquellas partidas a las que seguían largas charlas; y parecía que también al inspector le resultaba grata su compañía. Además, era un buen jugador que hubiera podido llegar a ser un verdadero maestro, de haber tenido tiempo suficiente.

Etienne tenía ocasión de observar a su nuevo amigo cuando éste, mordiéndose las uñas, pensaba la jugada. Era difícil catalogar su cara. Poseía una de esas fisonomías que desde la invención del ferrocarril se hacen cada vez más frecuentes; llevan la huella de muchas razas y resultan anónimas.

Dobrowsky había nacido en Cahors, precisamente en la calle en la que tenía su mercería el viejo Gambetta. Empezó su carrera de policía en Marsella; junto al viejo puerto se ganó las espuelas de criminalista. Allí había adquirido su profundo conocimiento de la naturaleza humana, y muy especialmente del mundo del hampa. En París ascendió con rapidez. Meridional era su procedencia, su predilección por los colores chillones, su genovés sentido de los negocios y aquella mezcla de malos modos y jovialidad. Pero había otros elementos en su carácter —como aquella pasividad anormal con la que absorbía hechos y circunstancias. Ello le daba una gran envergadura de espíritu. Podía pasar sin transición de la hipersensibilidad casi clarividente de un médium a una actividad

febril y acometedora. Era como un enorme gato adaptado a la caza del hombre. Sus cualidades hacían de él un buen jugador de ajedrez. «Hay que jugar al ajedrez para aprender a tener las manos quietas». Y él no paraba de fumar, de tomar café, y de morderse las uñas. Así delataba su espíritu dolorido, atormentado, indeciso. Etienne no veía en él al adversario reflexivo y sagaz sino al jugador ante cuyos ojos desfilan innumerables posibilidades como cifras en una cinta móvil. De pronto, paraba la cinta y hacía una jugada asombrosa. Ahí estaba el peligro. Además de inteligencia poseía la habilidad del jugador de la lotería que acierta el número que va a salir premiado. O la habilidad de acertar con el culpable, entre millones de inofensivos transeúntes.

Dobrowsky era bajo, tenía la piel amarronada, en la que el médico detecta ciertas dolencias del hígado, y el cráneo grande y cubierto de una pelusa oseara como el vello del embrión que éste pierde en el seno materno. Sugería en su poseedor una sensibilidad para las más agudas percepciones. Era extraordinario que una persona que fuera capaz de entretejer observaciones y deducciones como si fueran hilos de seda, tuviera tan poco gusto. Pero Dobrowsky no era hombre de musas. Él nunca hubiera podido juzgar el valor de un cuadro, aunque era competente para dictaminar sobre su autenticidad.

Después de contemplar el tablero durante el tiempo suficiente, su cara se transfiguraba y adquiría la expresión sagaz del grifo. Etienne tenía la impresión de que aquella mirada, después de haber contemplado largo rato la superficie de un vidrio ustorio, incidía ahora en el núcleo. Algo parecido ocurría en la conversación. Aquí era un deambular por la espesura de la que de vez en cuando salía volando un pájaro o saltaba una fiera. Después de estas sorpresas, Etienne sentía germinar en su interior el afecto y el respeto. Él había tenido muchos camaradas, pero ningún amigo. Al principio, se sentía desconcertado, confuso como en una relación amorosa que debe uno ocultar a los suyos. Esto fue perdiéndose según aumentaba la confianza.

Después de jugar varias veces en el «Café de la Régence», en el que el inspector no acababa de sentirse a gusto, pasaron al «Cuatro Sargentos de la Rochelle», un pequeño local situado cerca de la Bastilla. Dobrowsky vivía por aquellos contornos y le gustaba el barrio.

Tras dos partidas y unas copas, Etienne le acompañaba hasta el portal, del que nunca pasó. Él no sabía sino que su amigo estaba casado. La mayoría de las veces, el inspector a su vez acompañaba un trecho a Etienne. Seguían el camino que, partiendo de la rue Saint Antoine, conduce al barrio del Oeste. A veces tomaban por una de las estrechas calles de nombre extraño, como la rue du Petit Muse, para salir al Sena. Allí mantenían gratas conversaciones, contemplando el reflejo de las luces en el agua. Pero el inspector prefería las calles en las que era mayor la animación nocturna. Tenía un hambre insaciable de caras, de figuras y escrutaba a todas las que pasaban por su lado, agotadas a su regreso del trabajo o engalanadas en busca de diversión, dispuestas para la fechoría.

En aquellos paseos cruzaban los distintos climas sociales que divide el ecuador de la rué Royale. Pasaban busconas y ganchos, el anciano que parecía estar dando sus últimos pasos, la mujer que lloraba, el señor con abrigo de piel que les pedía fuego para el cigarro, y jóvenes en todos los grados de embriaguez. Aquel caleidoscopio de figuras parecía tener para Dobrowsky un efecto estimulante; solía remolonear dondequiera que se arremolinaba la gente, agolpándose en pasos estrechos o formando efímeros grupos. Una y otra vez, tocaba el brazo de Etienne y le preguntaba: «¿Ha visto a ése?». Luego se ponía a conversar con un vendedor de postales descaradas, o con un italiano que asaba castañas en un portal, o seguía la errática trayectoria de un borracho.

También podía ocurrírsele proponer un paseo por el laberinto de callejuelas situado al este de La Bastilla, que se ramifican a uno y otro lado de la rue de Lappe. Allí conocía los patios, rincones y callejuelas, los bailes y las tabernas en los que las pandillas hacían sus planes y se repartían el botín.

—No sólo los héroes viven a la sombra de la libertad —dijo un día en que, al regreso de una de aquellas incursiones, paseaban junto al obelisco a la luz de la lima—. No hay palabra que posea un volumen comparable al de «libertad», que puede abarcar el mundo. Es una palabra realmente excitante.

Aquellas noches deparaban imágenes nuevas, inconexas pero que se grababan profundamente. Parecían pintadas con colores chillones sobre laca negra. El arte en el que Dobrowsky era maestro poseía esta estridencia. Él veía a los seres humanos, sus situaciones y sus pasiones con mayor realce que ellos mismos; él los veía con los ojos del amante. A veces a Etienne le parecía que tenía que haber comido el bocado de la serpiente que permite entender el lenguaje de los animales. Dobrowsky asumía la actitud del cazador que sabe a la presa muy cerca. No entraba en ningún local sin avisar previamente a los agentes de uniforme que vigilaban siempre por parejas. Se aventuraba uno en un campo en el que no se reconocía el contrato social y en el que la precaución era de rigor. Pero Etienne se sentía tan seguro en compañía de su amigo como en la de un escalador experto en la pared peligrosa.

Dobrowsky lo llevaba a los grandes bailes en los que siempre había pendencias, pero en los que sólo se pescaban peces pequeños. El apache se hace vulnerable en la medida en que se deja arrastrar por la pasión; entonces ofrece un buen blanco. El inspector había estudiado muchas vidas de aquéllas. Eran como cadenas en las que se sucedían eslabones cortos y largos: períodos de libertad y años de cárcel. Invariablemente, acababan en presidio o en el cadalso por un hecho de sangre. Él tenía benevolencia por aquellos sujetos, la mayoría, unos infelices, pero no eran casos para él. «Que se encargue Delavigne», solía decir y ello era indicio de que el caso requería una sagacidad criminalista mínima. Delavigne, un joven flaco, era meritorio en la oficina de Dobrowsky, y Etienne tenía la impresión de que éste lo tenía allí por diversión o por el contraste.

Los apaches puros, reconocibles ya por el atuendo, apenas aportaban nada a las lecturas predilectas del inspector: el *dossier* en

el que dormitaban los casos sin resolver. Él lo hojeaba una y otra vez, comparando, buscando la firma de un autor desconocido para averiguar el estilo del delito, las técnicas, el campo de operaciones, la cadencia de los ataques. Había tipos que sólo actuaban en luna llena.

—Al igual que un pintor o un novelista vuelve siempre a su tema, su motivo, y una obra de juventud permite adivinar cuál será su trayectoria, así los criminales casi siempre se atienen estrictamente a la muestra determinada por su carácter. Con un poco de experiencia, cuando te llaman al escenario de un crimen, puedes decir: ha sido Jacques, o Louis, del mismo modo que dices delante de un cuadro: es un Ingres, o un Cézanne.

—Son comparaciones muy atrevidas. ¿Así, usted opina que entre esa gente hay una especie de núcleo artístico, una élite?

El inspector había movido la cabeza afirmativamente: «Indudablemente. Y el rango se determina por el grado en el que se utilizan las armas espirituales y se excluye la fuerza bruta».

Y se lo explicó con todo detalle, como gustaba de hacer durante sus paseos. En su opinión, se reconocía al aristócrata del crimen en que éste se limitaba en el uso de la violencia; sobre todo, no mataba. La fuerza combinada podía alcanzar altos grados y llegar a zonas en las que la ley no tiene jurisdicción. Las teorías sobre el crimen eran insuficientes porque se limitan a los síntomas, es decir, al daño que se causa a la sociedad. Ahora bien, existe una diferencia entre el daño demostrable y la potencia criminal. Esta potencia reside en el mal. Es posible que nunca salga de su infierno y que el criminal no llegue a hacerse visible. Sin embargo, como según Heráclito la armonía escondida es mayor que la visible, así también esta residencia escondida del mal es más peligrosa que la suma de todos los delitos que nosotros percibimos. No hay tribunal que pueda alcanzarla.

Etienne se admiraba de aquellas explicaciones que excedían con mucho de las necesidades de un policía. Le recordaban su propia situación en el ejército. Por otra parte, notaban una complacencia y

una sensación de desocupación propias de un mero espectador para el que el crimen no fuera más que tema de reflexión durante sus paseos por la Bastilla. Así podría recorrer un guarda forestal los abrevaderos y pesebres de los animales en tiempo de veda. Y, al igual que el guarda, no deseaba promover excesivo revuelo. «Hay que hacer concesiones a la anarquía; si fuéramos a castigarlo todo, bloquearíamos las válvulas de seguridad».

20

Dobrowsky solía presentar a Etienne a algún que otro cliente, a fin de ilustrar prácticamente sus teorías. Una tarde, cuando estaban en el «Cuatro Sargentos», entre los parroquianos que jugaban al dominó y bebían su vaso de vino, le mostró a un hombre delgado, esmeradamente vestido, solo y pensativo delante de su bebida.

—Antes pareció usted sorprenderse por la comparación con Ingres y Cézanne. Ahí tiene usted a un maestro en su especialidad. Si hay pintores o escultores que trabajan largo tiempo en una obra, que luego exhiben y venden a buen precio, ese hombre, Leprince se llama, está madurando con no menos esmero un gran golpe de cuyo producto espera poder vivir holgadamente dos o tres años. Naturalmente, ya me ha reconocido. Si quiere, podemos sentarnos con él.

Así conoció Etienne a un educado caballero de mediana edad que se expresaba con voz agradable y frases bien medidas. Evidentemente, la simpatía que le profesaba Dobrowsky era correspondida. Pero Etienne no lo hubiera comparado con un artista: aquel melancólico y correcto caballero le recordaba más bien a un técnico o, mejor aún, a un viajante de artículos técnicos como los que había visto en locales mucho mejores que aquél. También entre los vendedores hay una aristocracia: hombres que disponen de tiempo y de dinero. Depende de los objetos que vendan, y las ventas, a su vez, dependen de las relaciones. El que va de puerta en puerta vendiendo corbatas permanecerá siempre en el campo de operaciones más duro. Ése no se atrevería ni a soñar con las comisiones que se anotan otros después de un buen almuerzo. A

estos tipos con suerte puedes encontrarlos en los cruceros, o en la Riviera, donde descansan durante meses. Son gente instruida y amenos conversadores. Nunca te hablan de negocios.

Así vivía Leprince. El inspector conocía sus hábitos. Sabía también que para cada una de aquellas agradables temporadas solía buscarse una amiga nueva. Tenía predilección por las actrices morenas, pero no muy jóvenes ni extravagantes, y ninguna sospechaba cuál era su profesión.

Leprince los recibió con una sonrisa melancólica. Dobrowski se interesó por su salud y sus proyectos.

—¿Piensa hacer pronto otro de sus hermosos viajes?

—No de los que usted insinúa, inspector… Eso ya se acabó.

—Me alegro mucho… Sí; me complace oír eso. Pero no era tan indiscreta mi pregunta como usted supone… También yo me alegro cuando termino el servicio.

Los dos hombres sonrieron significativamente. Luego, se pusieron a hablar de Lisboa. Allí había cometido Leprince años atrás un robo célebre y ahora no pudo menos que sonreír halagado mientras el inspector contaba los detalles a Etienne. En una lujosa calle adyacente a la Avenida da Liberdade había dos joyerías cuyos propietarios utilizaban durante toda la noche como sistema de seguridad la brillante iluminación moderna. Además, no sólo estaban los escaparates provistos de rejas sino que las joyas se retiraban por la noche y se guardaban en una caja fuerte también fuertemente iluminada. Por si fuera poco, durante toda la noche, un vigilante iba de una tienda a la otra. A pesar de todo, Leprince consiguió abrir una de aquellas cajas fuertes y apoderarse de gran cantidad de piedras montadas y sin montar y de una considerable suma en billetes de Banco.

Para ello, durante el breve intervalo en el que el vigilante hacía la ronda, obtuvo el molde de una de las cerraduras. Una vez tuvo la copia de la llave, hizo una breve incursión en la tienda con objeto de fotografiar y medir la caja fuerte, operación que hubo de realizar en

menos de siete minutos. Tal vez también hubiera podido obtener la fotografía a través de los cristales, pero no habría salido tan exacta.

Con estos datos, Leprince fabricó una especie de pantalla o biombo cuya cara anterior mostraba una ampliación de la fotografía de la caja fuerte. En su segunda y definitiva entrada, colocó el biombo delante de la caja fuerte para cubrirse mientras trabajaba. Engañó al vigilante que patrullaba por la calle, como el telón pintado de Apeles engañara a los expertos. En dos horas, Leprince había abierto y vaciado la caja. Más tarde salió de la tienda con su botín, sin olvidarse de cerrar la puerta como es debido.

Dobrowsky agregó al relato una observación sobre el ingenio. Según él, en sus más altos niveles, se evidenciaba no tanto por la habilidad para salvar los obstáculos como por la capacidad para servirse de ellos, incorporándolos al plan. Navegaba con cualquier viento. Por ejemplo, aquí la circunstancia de la gran iluminación había servido, en primer lugar, para tomar la fotografía y, en segundo lugar, para disimular la luz del mechero de soldar.

—De todos modos, el asunto fue llevado a los tribunales, aunque al cabo de varios años. Aquí la dificultad estaba en la venta de las joyas. Ni en el mejor trabajo deja de haber escollos. ¿No opina usted lo mismo, Leprince?

—Teóricamente, sí.

Lo dijo tras una ligera vacilación. El inspector le miraba benévolamente, como si hubiera oído una respuesta esperada.

—¿No es verdad? En teoría todo buen plan tiene éxito. Por eso debería quedar en el plano teórico. En la práctica interviene la estúpida casualidad. Si la gente supiera que en realidad esa casualidad representa una ley, no estarían abarrotadas las cárceles.

Miró a Etienne: «Debo iniciarle a usted en nuestros misterios, amigo mío. Tampoco a Leprince le vendrá mal oír lo que tengo que decir. Y es que he reflexionado mucho sobre este tema. Para descartar el azar, hay que borrar la huella, porque todo acto deja su huella, en la que se prende el azar. Ahora bien, toda tentativa de borrar la huella deja otras huellas. Esto puede considerarlo una ley.

Ocurre lo que con las mentiras, que para apoyarlas hay que inventar otras mentiras. Por eso no hay nada más fácil de destruir que una coartada falsa».

—Según eso, usted pillaría antes al que más se esmerase.

—Exactamente. La inteligencia se tiende sus propias celadas. El que procede de acuerdo con las reglas del arte, plantea un problema soluble. El hombre de la selva, que mata y roba al primero que se presenta, resulta más difícil de descubrir que el más refinado falsificador de cheques. Éste forzosamente tiene que dejar huellas, que pueden llegar a ser su autógrafo. En criminología se da la paradoja de que el aficionado depara más dificultades que el profesional. Así lo demuestran mis dossiers pendientes.

Leprince escuchaba atentamente: «Inspector, es usted un hombre peligroso».

Dobrowsky se echó a reír: «Eso dicen muchos». Etienne observó que el inspector evitaba usar las palabras «delito» y «delincuente» en presencia de Leprince. Dijo:

—Debería usted escribir un libro sobre estas cosas, un tratado.

Dobrowsky agitó una mano con displicencia: «Tengo cosas mejores que hacer. Pero está usted en lo cierto: hace falta algo así. En nuestra profesión predominan los prácticos; la mayoría, espíritus rudos, como entre los militares, con perdón, *capitaine*. De cien generales que ganan aceptablemente una batalla, apenas uno sabrá explicarle los principios».

Y añadió: «Ese tratado debería partir de los datos más simples: momento, lugar, casualidad. El sujeto tiene la elección de la hora y el sitio; y ante todo libertad de decidir si el acto debe realizarse o no».

Luego, dirigiéndose a Leprince: «Eso es lo que yo llamo libertad, libertad en toda la extensión de la palabra, incluso en el sentido creador al que nosotros, los policías, no tenemos acceso. Desde luego esto sólo es aplicable al hecho en sí. Una vez cometido, cambia totalmente el panorama. El sujeto pierde la libertad, y los perseguidores disponen de tiempo, espacio y hechos en abundancia. Y son muchos. Con muchos perros se mata la liebre».

Lio un cigarrillo con sus dedos amarillentos y, después de comprimirlo y retorcerlo bien, lo encendió con visible placer.

—Mire, Leprince, usted tuvo siete minutos para entrar en la tienda con la fotografía. Mi colega Vatel necesitó siete años para localizar una de las joyas que desaparecieron aquella noche. Pero no tuvo ni que salir de su despacho. Es comodón y prosaico, pero tiene un gran tesón y una descripción exacta de todas las joyas reclamadas. No querrá usted creer lo primitivos que son nuestros medios.

Se interrumpió para preguntar: «¿No eran dos ópalos de forma extraña?».

—No recuerdo. Son locuras de juventud que se olvidan pronto.

—Sí, comprendo. Dicen que los ópalos traen mala suerte. Tengo entendido que ahora hacen furor las perlas.

—Las perlas y las esmeraldas, pero a los brillantes no hay quien les quite la supremacía.

—De todos modos, dicen que la oferta va en aumento.

—Eso no importa, mientras aumente también la riqueza, y no puede aplicarse a los solitarios, que siempre mantienen su valor. Su precio siempre está en alza. Lo siento, pero ahora tengo que despedirme.

Leprince se alejó, después de que el camarero le diera el sombrero, el abrigo y el paraguas y Dobrowski le estrechara la mano, con un cortés saludo.

21

Aunque ya era tarde, Etienne y Dobrowsky continuaron el paseo, siguiendo por la rue de la Roquette con pequeñas desviaciones. El contorno de las casas se diluía en la niebla que se elevaba del río. Del cementerio del Père Lachaise llegaba con la brisa un olor a crisantemos y a flores marchitas. El inspector dijo:

—Aquí hay un salón interior en el que los camaradas del asesino que va a ser guillotinado por la mañana pasan la noche en vela, bebiendo; un sacerdote excomulgado dice misa y le absuelve *in articulo mortis* a la salida del sol.

Etienne volvió a Leprince:

—Acaba usted de ponerme delante de los ojos la esterilidad de una existencia semejante.

—¿Verdad que sí? Son las consecuencias de la maestría. Si esta noche hubiera un robo en el establecimiento de los hermanos Fontana o en Verer, a lo más tardar mañana por la mañana Leprince tendría un registro en su casa. Y no correría mejor suerte en Londres o en Río de Janeiro. El telégrafo es tan malo para los de su profesión como para los diplomáticos.

—Entonces se defendería mejor con un trabajo honrado.

—Eso no tendría aliciente para él. Su vocación, y casi diría que su obligación, es el robo de joyas. A él sólo le satisface plenamente el diamante robado. Es un rasgo arcaico. Sólo puedo imaginar una cosa que le supere en emoción.

—¿Se refiere a que haya sangre?

—Sí… Pero Leprince es un jugador, no un hombre violento. En el fondo, todo lo contrario. Al verlo por la calle no sospecharía uno sus

extravagancias.

Habían torcido por la pequeña rue Saint-Gabin. El inspector se detuvo un momento para encender otro cigarrillo que llevaba liado en el bolsillo del abrigo. A la luz de la llama, Etienne le vio sonreír. Aquel encuentro, como el del cazador con un raro ejemplar, le había puesto de buen humor. Cuando salían de la rue de La Roquette, Dobrowsky completó su retrato de Leprince y amplió sus comentarios sobre el robo de joyas.

Según el inspector, Leprince era lo que se llama un alma de Dios: afable, sensible, bondadoso. Le gustaba pasar temporadas en pequeñas ciudades portuarias del Sur, como Antibes o Saint Tropez, donde permanecía meses en pensiones modestas pero cómodas. Allí solía dedicarse a pescar desde las rocas. Otra de sus pasiones era la filatelia. Por cierto, nunca había delinquido con los sellos. Sus amigas le idolatraban. Mujeres maduras y desengañadas, gracias a él se sentían deseadas y recobraban las ilusiones. Hubiera podido dedicarse a sacar dinero a las mujeres con promesas de matrimonio de haber tenido desfachatez para engañar a alguien que le quisiera. No sólo sus amigas sino también sus patrones se quedaban atónitas cuando se enteraban de que le buscaba la policía. Y le guardaban fidelidad mientras cumplía condena. También en la cárcel era estimado. Sólo en lo concerniente a las joyas había permanecido primitivo, no domesticado. Aunque refinado en la forma de apropiárselas, y esto era lo que asombraba al público.

Cruzaron la plaza Voltaire, atentos a los coches que se deslizaban sobre los húmedos adoquines entre la niebla. Etienne volvió a asombrarse de los giros que su amigo sabía imprimir a los temas. Era como el compañero de viaje que desembarca en una isla y al que ves cada vez más lejos. La corriente era la opinión, la tierra firme, el hecho.

Dobrowsky le preguntó ahora si a él, Etienne, no le había llamado la atención el comportamiento de los viajeros cuando el tren se acerca a la frontera: al afán con que el digno anciano esconde un estuche de puros, y su esposa, unos metros de puntilla, y su

evidente satisfacción cuando el golpe les sale ben. ¿Qué significa que un millonario se exponga a enojosas molestias por irnos céntimos? Era sin duda el recuerdo de épocas en las que, mucho antes de la existencia de los Estados, la propiedad consistía principalmente en botín, botín de caza sobre todo. Ahora, empero, el Estado limitaba el poder personal, y burlarlo, aunque fuera mínimamente, suponía una ganancia impagable. Partiendo de aquí, era posible desarrollar una teoría del delito más convincente que cualquier tesis social o económica.

Pero Dobrowsky quería seguir con lo de las joyas y preguntó a Etienne si podía comprender la fuerza con la que el oro y las piedras preciosas incitan al robo. Era un ansia que surgía de las profundidades; respondía menos a los valores convencionales que a la condensación de una fuerza plutónica. No todo el mundo podía lucir joyas impunemente. En la Edad Media había unas disposiciones taxativas. En aquella época, tampoco todo el mundo podía llevar espada ni construir una torre en su casa. Eran éstas cuestiones de poder que, en la sociedad económica, se convirtieron en cuestiones de dinero; pero esto era puramente circunstancial. En la exhibición de joyas siempre hubo, pues, un elemento de osadía, una provocación. Brillan a través de la reja del escaparate de la joyería como a través de la mirilla de un horno. ¿Nunca había percibido Etienne el clima de asechanza, codicia, prostitución y deleite que se respira en estos lugares? Se concentra sobre todo en los solitarios de historia secular. Los han poseído divinidades indias, príncipes, grandes cortesanas y multimillonarios; a su nombre se asocian maleficios; su auténtico rango es el de talismanes y como tales figuran en el tesoro de la corona, en la substancia de la dinastía.

—Las grandes piedras preciosas, los solitarios, son conceptos de poder terrenal. Necesariamente deben generar una oposición; su posesión es imposible sin cajas de caudales o guardias personales. Quien los ostenta se expone a la codicia, al tiempo que proclama una reivindicación. El peligro aumenta en proporción con la magnitud de ésta. ¿Qué persona particular se mostraría en público

con un brillante como el Sancy que pasó del tesoro de Carlos el Temerario al de Jacobo II y que fue extraído del cuerpo del enviado que se lo había tragado por el siniestro procedimiento de abrirlo con un cuchillo? Si mal no recuerdo, Luis XVI lo lució el día de su coronación.

»Eso puede explicar por qué el bueno de Leprince no ejerce una profesión burguesa a pesar de que sería más cómoda y rentable —dijo Dobrowsky cerrando la divagación—. Esta forma de vida tiene un gusanillo, similar al que roe a esos conciudadanos nuestros que todos los sábados suben al tren con perros y escopetas, atraviesan bosques y campos con increíbles penalidades y, si hay suerte, vuelven a casa con un par de perdices, que podrían adquirir con mayor comodidad y menos dispendio en cualquier mercado.

—¿No exceden de sus atribuciones esos análisis y no pueden incluso influir en el desempeño de sus funciones? —preguntó Etienne.

—De ninguna manera. El policía está obligado a poseer un conocimiento más íntimo del delincuente del que pueda tener, por ejemplo, el juez o el fiscal. Su relación con él es similar a la del cazador y la presa. Así tiene que seguirle el rastro, conocer sus escondrijos, e imitar su lenguaje, sus costumbres. Es un oficio muy antiguo. Y el acoso no será completo si no abarca también los rasgos espirituales, es decir, el temperamento.

—¿Pero no se dice que comprenderlo todo es disculparlo todo?

—Se dice, sí, pero es uno de esos refranes tontos, un lugar común. Quien todo lo comprende, comprende no sólo al criminal sino al juez que dicta la sentencia, y al verdugo que la ejecuta. Yo, más modestamente, diría que si no comprendo la relación que existe entre las cosas, admiro el conjunto como una obra de arte.

—Entonces no está usted de acuerdo con los que dicen que Dios no puede existir porque este mundo es un lugar horrible.

Dobrowsky se echó a reír: «A pesar de que no soy más que un pobre policía, espero que no me atribuya usted semejantes tonterías».

Y agregó: «Tengo una idea de lo esencial».

La niebla se había espesado. A la luz de los faroles se dibujaba el contorno de cipreses. Etienne descifró un rótulo: rue de Repos. Estaban junto al cementerio. Seguía al inspector como en un sueño, y apenas le causó extrañeza ver que éste tiraba de una campanilla cuya empuñadura estaba oculta tras una reja. Dobrowsky tenía que conocer bien el lugar.

Al cabo de un rato, se acercaron pasos y se abrió una ventanita. En el vano apareció la cabeza de una anciana que llevaba una lámpara en la mano. Detrás de ella gruñía un perro. Dobrowsky se dio a conocer y la mujer le saludó efusivamente, como a un antiguo conocido. Él preguntó: «¿Cómo sigue su marido, madame Paturon?».

—Mal. Otra vez sin poder levantarse. Ahora estaba con él. Tiene dolores. Robert ha salido a hacer la ronda. Pero ¿no quieren pasar?

—No, muchas gracias, madame Paturon. Sólo quería saber si todo iba bien. Ya sabe que siento predilección por sus dominios.

—Lo sabemos, señor inspector, y nos alegramos. Eso nos tranquiliza.

Cuando se hubieron despedido, Dobrowsky dijo: «Si hiciera mejor noche, le propondría dar una vuelta por el cementerio. Son muy pocos los parisienses que lo conocen a estas horas. Cuando la luna se refleja en las cúpulas orientales y los obeliscos, y platea los senderos, se siente uno a miles de kilómetros y de años del mundo. La gran Babilonia en pequeño. Pero antes hay que avisar a Paturon, porque uno puede tropezarse con él o sus ayudantes que hacen la ronda con armas y perros».

—Se diría que no hay nada más tranquilo y pacífico que un cementerio por la noche.

—Otro error romántico. Por lo que se refiere a la criminalidad, los cementerios se sitúan inmediatamente detrás de los mercados y los bosquecillos del extrarradio. Tienen un atractivo especial para las

parejas, los suicidas y los locos. Paturon podría contarle casos como el del terrible sargento Bertrand, una hiena, que rondaba por aquí hace más de cuarenta años. Algo inconcebible. Por aquella época empezó Paturon a trabajar aquí. Desde entonces se ha reforzado la vigilancia. Pero ¿qué le parece si damos la vuelta por fuera y volvemos a la Bastilla por la Avenue Gambetta?

Etienne accedió: los dos hombres prosiguieron su conversación y no se separaron hasta después de medianoche.

22

Cuando, a la mañana siguiente, Etienne entró en el Palais de Justice, en el corredor que conducía a la sección de Dobrowsky había un movimiento inusitado. Era un hervidero de policías de uniforme y de paisano, telegrafistas, mensajeros y escribanos. Delante de la puerta se apiñaban los periodistas.

La policía es una de las organizaciones a las que afecta la meteorología. Si bien la niebla, que parecía más propia de una noche londinense, podía provocar un aumento de la actividad, tanto movimiento tenía que responder a un hecho extraordinario. Etienne había conocido en el cuartel días de una febril animación, parecida a ésta. Solía preceder a las inspecciones y a los desfiles. La diferencia era que allí era todo espectáculo y aquí había transgresión real. Aunque las armas eran más pequeñas, siempre estaban cargadas, y había que estar permanentemente al acecho del enemigo.

Apenas Etienne colgó el abrigo en su pequeño despacho, irrumpió en él Delavigne. Traía el encargo de poner en antecedentes a Etienne. Seguramente, el inspector quería librarse de su ayudante durante un rato. Era un misterio por qué Dobrowsky soportaba a aquel meritorio que, como un perro de caza sin adiestrar, causaba más daño que provecho. Tal vez fuera, entre otras razones, porque consideraba a Delavigne insuperable en la producción de lugares comunes. Viéndole sabías automáticamente lo que no debías hacer, y eso también era prestar servicio.

El inspector, que poseía sentido del humor, conservaba a su lado al meritorio como personaje cómico. En todos los gremios hay personas que parecen predestinadas a este papel y que,

especialmente en los centros oficiales, alivian la monotonía del servicio. Así era Delavigne. Como muchos jóvenes de estatura exagerada, se caracterizaba por sus desgarbados movimientos y eran raras las ocasiones de tropezar que él no aprovechaba. Si Don Quijote deliraba por Amadís de Gaula, a Delavigne le había sorbido el seso el Gran Pitaval, y veía el mundo lleno de criminales. A esta lectura siguió la de las novelas policíacas inglesas, que empezaban a estar de moda; y desde entonces había adoptado en vestido y comportamiento el estilo anglosajón.

La comicidad de Delavigne resultaba de la disparidad entre propósito y resultado. Su descuidada indumentaria, con sus cuellos anchos, el chaleco a cuadros y los zapatos de puntera cuadrada, recordaba fatalmente el atuendo de Phileas Fogg en «La vuelta al mundo en 80 días» que noche tras noche se representaba en la Porte Saint Martin.

Divertía extraordinariamente al inspector ver emprender al meritorio un proceso mental que desembocaba en el absurdo o en la perogrullada. También gozaba en las tardes de calma oyéndole lamentarse de sus sinsabores conyugales, pues, a pesar de su juventud, Delavigne ya se había casado o, mejor dicho, lo habían casado, con una tal Gisèle, una mujer del Sur, morena y menuda, que le tomaba menos en serio que los demás. Pero si a los demás les movía a risa, a ella la inducía al abuso. Y le trataba como un severo acreedor a su deudor.

Gisèle tenía un bozo oscuro en el labio superior y sentía debilidad por las sopas de pescado y en general por todo lo que viniera del mar —cocina marinera. Y Delavigne no podía soportar ni el olor, y desde que su mujer había metido en casa a una amiga, la situación había empeorado, ya que ahora eran dos a atacarle. Le habían echado del dormitorio y tenía que dormir en el diván, que era demasiado corto. Y hasta le exigían que el domingo les sirviera el café en la cama. Pero él se había negado.

Dobrowsky le escuchaba con atención. Si hay maestros que no pueden entrar en la clase sin que los alumnos empiecen a alborotar,

también hay maridos a los que sus mujeres no tributan el menor respeto. Unos no sirven para la pedagogía y los otros no sirven para el erotismo. Se impone la palmeta.

Probablemente, también en estos menesteres el bueno de Delavigne no pasaba de simple meritorio. Aquí estaba lo malo; pero había otros medios para meter en vereda al pequeño diablo. Para un hombre con las aspiraciones de Delavigne ello era incluso una obligación. ¿Qué pasaría si él mostrara una atención cada vez más solícita por la amiga, con pequeños servicios y regalitos? Ello bastaría para modificar su situación —en caso necesario, incluso podía simular un ataque cuando y donde su mujer pudiera sorprenderlos. Ello podía dar buenos resultados en muchos aspectos.

—Lo malo es que a la otra aún la soporto peor que a Gisèle —respondió Delavigne.

—Inspector, esas proposiciones no son muy morales que digamos —terció Etienne, que asistía a la conversación.

—¿Y a usted le parece moral que un hombre consienta que dos mujeres le maltraten en su propia casa?

TERCERA PARTE
LA INSPECCIÓN OCULAR

23

Por lo tanto, fue Delavigne quien informó a Etienne de los detalles del asesinato de «La campana de oro». Hacía horas que habían salido los periódicos del lunes y la noticia había estallado en la ciudad como una bomba. Pero en la Cité había mucha excitación desde la medianoche.

Era como si la gente estuviera esperándolo, pues desde hacía meses los crímenes de Londres eran tema de conversación. Habían conjurado la atmósfera de las tardes de invierno en las que se cuentan historias de terror y en las que cada ráfaga de viento y cada puerta que se abre causa un sobresalto. Cuando la peste asola puertos lejanos, uno empieza por oír tétricos rumores, luego, detalles truculentos, y un día la policía de Sanidad denuncia el primer caso en la propia ciudad. Se ha encontrado a un marinero muerto en una pensión. Eso se temía, se veía venir, se esperaba incluso desde hacía tiempo. El miedo tiene extraños recovecos.

La voz popular puso al asesinato el nombre de «Jack». Ahora estaba claro que Jack había cambiado de escenario, porque Londres ya empezaba a resultar demasiado peligroso para él. Con el crimen de «La campana de oro» iniciaba una nueva serie. Delavigne también opinaba así. «Ajá… Un indicio a la inversa para Dobrowsky», estuvo a punto de decir Etienne. Pero, según Delavigne, el inspector no descartaba la posibilidad de que existiera una relación. El caso llevaba el sello de los asesinatos de Londres que él había estudiado. Desde luego, había una diferencia de escenario: en Londres el asesino atacaba a sus víctimas en los alrededores de tugurios que no se podían comparar con «La

campana de oro». Semejante cambio de ambiente era contrario a las reglas, a no ser que el hombre, por ser forastero, se hubiera confundido de local. Por otra parte, circulaba una hipótesis bastante plausible: la de que no se trataba de un marino, como opinaba la gente, sino de un médico. Se habían pedido a Dover las listas de pasajeros.

El inspector no había dormido ni un minuto. Después de despedirse de Etienne, junto al Obelisco, volvió a su casa, y en la puerta encontró al agente que había ido a buscarle para llevarle al lugar del crimen. Tomó un coche de alquiler y se hizo conducir primeramente al despacho para recoger el maletín con los útiles del oficio que en estos casos le eran imprescindibles. Cuando llegó a «La campana de oro» habrían transcurrido unas tres horas desde que sonara el grito de muerte.

Según Delavigne, el inspector se mostró muy contrariado por todo lo sucedido entretanto. Allí relevó a su colega Surdent, responsable del distrito. El asesinato tenía preferencia sobre cualquier otro delito. Los curiosos se habían colado en la casa y trastrocado posibles pistas. Varios clientes consiguieron escabullirse sin darse a conocer. Otros habían sido despedidos después de que Surdent les interrogara superficialmente. ¿Cómo podía haber dejado marchar a la parejita delante de cuyo nido de amor se había cometido el asesinato? Esto era algo más que un defecto de técnica.

Aquel desbarajuste denotaba muy a las claras que Surdent, en palabras de Dobrowsky, «con asesinos, no tenía el honor». Surdent era un hombre gordo y jovial al que se había trasladado a aquel pacífico distrito después de haberle tenido muchos años vigilando las estaciones a la llegada de monarcas y ministros. Los conocía y reverenciaba a todos, desde Chulalongkorn hasta el príncipe de Gales. Todavía se cuadraba, ceremonioso, delante de la tarjeta de un senador o de un pasaporte diplomático como el que le había mostrado el jovencito prusiano. Menos mal que Surdent había tomado nota de la dirección.

A la llegada de Dobrowsky se acabó el desorden. El inspector, sin moverse mucho, parecía estar en todas partes. Ordenó el examen forense del cadáver y el registro minucioso de toda la casa. Tenía su propio sistema para dividir el espacio. Se cerraba y ponía vigilancia en todas las puertas. Se distribuía a las personas por las habitaciones, individualmente o por grupos. En el segundo caso, se infiltraba entre ellas un agente que no sólo observaba a los reunidos sino que les tiraba de la lengua con habilidad.

Todo se desarrollaba como unas maniobras —con la rutina de los pescadores que recogen la red y se reparten la captura. Después de apostar a sus hombres y examinar cuidadosamente el pasillo, Dobrowsky bajó al restaurante. Allí mandó quitar las mamparas que dividían el salón e hizo colocar una mesa en el centro para sí y sus ayudantes. La iluminación fue reforzada con potentes lámparas que formaban parte del equipo. La luz caía sobre el cadáver, colocado en una mesa lateral. El médico forense había hecho ya su primer dictamen. En la casa estaba también el doctor Besancon. Atendía a madame Stephanie. «No es una crisis corriente. Es un desmayo: el golpe de bambú». El doctor había servido en Indochina. Ello dejaba al inspector sin su testigo principal. La dueña era la única que conocía el nombre de los clientes que preferían no dejar constancia de su visita.

Dobrowsky obtuvo pronto su primer éxito. La víctima se llamaba Liane della Rosa —por lo menos, éste era su nombre artístico, bajo el cual había actuado aquella misma noche. Desde hacía varias semanas, trabajaba en el teatro Olympia, un music-hall del Boulevard des Capucines. El programa que se representaba todas las noches comprendía tres partes: irnos cuantos números de variedades selectas, después el ballet moderno y, para terminar, una opereta. Liane era solista del ballet. Tenía un cuerpo precioso y hacía furor como bailarina. Lástima que le faltara voz para cantar. Por eso solía abandonar el teatro al segundo entreacto, a eso de las diez. Poco antes de las once, la Bourdin les abrió la puerta a ella y a su acompañante.

Por el momento, del acompañante no quedaba ni rastro. Entretanto, el inspector hizo indagaciones sobre la bailarina: Liane della Rosa tenía veinte años y era una criatura despierta y vivaz. Tanto sus compañeras como Lagoanère, el director, sólo tenían elogios para ella. Iba con frecuencia a «La campana de oro». Su acompañante cambiaba; lo curioso era que nunca iba con hombres de mediana edad, sino muy jóvenes o viejos —dividía netamente el corazón y la cabeza. O lo uno o lo otro; nada de medias tintas.

De todos modos, alguien tenía que haber visto a su acompañante, por lo menos al entrar. Incluso tal vez fuera conocido. Dobrowsky hizo bajar a la Bourdin —y también a Madame, a pesar de la oposición del médico, que la había despejado con urgencia a base de moca y sales.

Apareció madame Stephanie, apoyada en el brazo sano de mademoiselle Picart. El tono marfileño de su piel se había trocado en lívida palidez. Al ver la brutal transformación del comedor, soltó un suspiro como el del capitán que ve hundirse su barco. El establecimiento estaba hundido, y no era un hundimiento glorioso. A través de las persianas se oía el murmullo de la multitud reunida en la calle. «La campana de oro», que durante décadas había prosperado en un ambiente de íntima y placentera quietud, estaba ahora expuesta a la luz pública. ¿Y la decencia, y la capa de discreto silencio, y la reputación de una patrona singular aun en una ciudad como ésta, de refinados placeres?

«En casa de Stephanie» era una frase para los iniciados. Ella insistía sobre todo en la discreción y tenía un ojo infalible para los asuntos de baja estofa. Entre aquella clientela, adquirida con los años, no había peligro de que se diera un comportamiento escandaloso. A ella no le gustaba el revuelo. Hacía poco había echado a un anciano desvergonzado a pesar de que unos importantes clientes se lo habían presentado como a un gran poeta. Ahora ya nada importaba. En lo sucesivo cuando se hablara de «madame Stephanie» se evocarían imágenes muy distintas y espantosas. Había bastado un segundo de distracción.

El inspector mandó traer una butaca. El había visto ya muchos derrumbamientos. A la luz cruda de un crimen, las sombras se hacían más acusadas; daban realce a las pequeñas debilidades y defectos que existen en todas partes. Durante décadas, un arquitecto ejerce su profesión a satisfacción de todos. Un día se le derrumba una casa y entonces todo el mundo cae en la cuenta de que era un mal sujeto. Unos se sorprenden de que se haya podido confiar en semejante individuo y otros lo habían sabido siempre. Y lo mismo ocurría con cualquier guardabarreras, y hasta con los mismos curas —no se podía tirar de la manta. Porque entonces salía todo a relucir, no sólo la infamia del individuo sino también la de la sociedad. Las personas vivían en ella como los animales en un arrecife. Cada cual buscaba la luz que más le convenía. Un rayo de verdad podía ser mortal.

Por ello, la justicia debía limitarse y la investigación circunscribirse, como sabía cualquiera que estuviera familiarizado con la materia. Sólo había que utilizar la luz que el caso concreto requería, ya que de lo contrario la verdad podía extenderse como un incendio incontrolado. Las revoluciones suelen empezar por procesos que no se mantienen dentro de unos límites, esto es, se salen del tiesto. En todas las investigaciones minuciosas se tropieza uno con la mentira social, en la que todos participan. Denunciarla incumbe a los profetas, no al juez. Dobrowsky sabía que en «La campana de oro» pisaba terreno muy resbaladizo.

La Bourdin era mala testigo, Una cabeza hueca. Estaba acostumbrada a trabajar en la sombra. Ahora, allí plantada, con su revuelta mata de pelo gris, parecía una penitente, un viejo soldado que se ha dormido durante la guardia. Era buena persona, pero no se la podía dejar sola. El inspector tenía que arrancarle las palabras una a una. A la bailarina la conocía y la estimaba. Pero dé su acompañante no supo decir nada, por más que porfiaba Dobrowsky. No sabía si era joven o viejo, alto o bajo, grueso o delgado. Había un vacío en su memoria, como en una mala fotografía. Esto, a pesar de las limitaciones de la mujer, resultaba curioso.

—Pero él tuvo que decir algo.

No; no había abierto la boca. Mademoiselle Liane fue la única que habló. Ella conocía la casa y sus costumbres; por eso sólo estuvo un momento en el vestíbulo. El inspector hizo un esfuerzo por disimular la impaciencia. No debía asustar a la vieja. Amistosamente, insistió:

—Pero ese hombre debía de tener cara. Y en el vestíbulo hay buena luz. Tuvo usted que verlo, puesto que sabe que aquí no se puede dejar entrar a cualquiera. Haga un esfuerzo, recuerde.

La Bourdin repetía:

—No lo vi.

—Pero eso es imposible, mujer.

Por fin se descubrió: el hombre llevaba el sombrero hundido hasta las cejas y se tapaba la cara con un pañuelo, como si le sangrara la nariz.

O sea, que no le había visto la cara. Al oír esto, madame Stephanie estuvo a punto de volver a desmayarse.

—Desgraciada, ¿has dejado entrar a un hombre que se tapaba la cara? ¡Pero tú estás loca!

La mujer trató de defenderse: «Usted sabe, madame, que mademoiselle Liane sólo traía a caballeros distinguidos. Y éste llevaba un abrigo del mejor paño».

Aquí intervino el inspector. Se había puesto alerta, como el perro de caza que huele la presa, y disparó una serie de preguntas concretas. ¿Qué color, qué hechura, qué clase de botones tenía el abrigo y cómo era el sombrero? ¿Era como los que llevan los jóvenes o era sombrero de hombre mayor? Habría visto la mano que sostenía el pañuelo, a lo mejor llevaba un anillo. Y los zapatos, ¿estaban mojados o relucientes como los del que acaba de apearse de un coche? ¿Había dicho la bailarina que le sangraba la nariz?

El inspector obtuvo muy poco. La Bourdin era como una fruta puesta en el exprimidor, pero una fruta seca. Lo único que sabía a ciencia cierta era que el pañuelo no estaba manchado de sangre. Se hubiera fijado. El inspector tuvo que conformarse. Consideraba

contraproducente presionar con exceso durante los interrogatorios. No había que fatigar a los testigos. Animarles a hablar, sí, pero sin incitarles a adornar su declaración.

Los interrogatorios se prolongaron hasta bien entrada la mañana, cuando los vendedores de periódicos voceaban la noticia del asesinato. Simultáneamente, había continuado el registro de la casa. Los clientes que Surdent había dejado marchar fueron citados al Palais por mensajeros o por el correo neumático. También el director y las compañeras de la bailarina. El inspector no se olvidó de los cocheros ni de las floristas.

Hipótesis

24

Delavigne tardó casi una hora en dar a Etienne todos los detalles. Entre tanto, Etienne se asomó un momento al despacho de Dobrowsky, quien, en los intervalos del interrogatorio, tomaba sus disposiciones. Etienne, en los Húsares, estaba acostumbrado a las órdenes dadas en rápida sucesión —desde la silla. Pero tuvo que reconocer que, comparado con lo que tenía que hacer el inspector, aquello era un juego de niños. Allí había unos objetivos concretos, lineales, mientras que aquí había que tejer una red. Era asombroso ver la metamorfosis que se había operado en el desaliñado soñador. Ante todo, dominaba el arte de la delegación: mientras él permanecía en el despacho, se investigaba tanto en la ciudad como en los archivos. Recordaba a Etienne a un animal que extendiera sus tentáculos provistos de ventosas.

Aquella afrenta, inusitada en el marco de una gran ciudad y de una depurada cultura, explicaba la excitación general. La reacción era a un tiempo violenta y primitiva. La víctima no era ya una mujer como las había a miles en la ciudad, ni su asesino, un hombre cualquiera. Pero, al mismo tiempo, cada mujer hubiera podido ser la víctima y cada hombre era sospechoso. Las personas se observaban con miedo y desconfianza. Habría que sofocar el incendio antes de que se propagara. Dobrowsky conocía su responsabilidad.

Etienne y Delavigne fueron al despacho del inspector. En el pasillo los ordenanzas llevaban montones de carteles recién salidos de la prensa, como una colada roja. Etienne tuvo la impresión de

estar en la sala de descanso de un teatro. Con esta clase de comparaciones se había comprometido en Nancy.

El despacho de Dobrowsky estaba tan desordenado como un puesto de mando en plena batalla. En las estanterías, carpetas verdes y legajos. Encima de la gran mesa, *dossiers*, papeles y telegramas. Detrás de la mesa, el inspector y sus ayudantes. Hacía una pausa en el interrogatorio. Se habían vaciado los ceniceros y servido café. El ir y venir era como el de un mercado semanal.

Dobrowsky estaba liando unos cuantos cigarrillos. Saludó a su amigo. Luego, desplegó un cartel de los que acababan de entrarle: ASESINATO, en letras de palmo y medio. Un resplandor rojo le iluminó la cara, dándole la expresión fija y ahíta de un dios mexicano. Estaba satisfecho: el ministro ofrecía una buena recompensa. Estos casos siempre eran bien recibidos por las altas personalidades: confirmaban su calidad de imprescindibles y entretenían a las masas. Era casi como cuando venían los prusianos: un enemigo común.

El inspector entregó la hoja a Delavigne y señaló un montón de telegramas: «Más listas de pasajeros de los barcos del Canal».

—Entonces, ¿sospecha realmente que vino de Londres?

Dobrowsky, a la pregunta de Etienne, se encogió de hombros: «Tenemos que proceder de acuerdo con las reglas del arte: es como la ocupación de los desfiladeros». Etienne recordó que el inspector le había explicado la regla: cuando, en una gran ciudad dividida por un río, se buscaba a un sospechoso, los puentes eran los desfiladeros que había que ocupar ante todo. Ello formaba parte del buen planteamiento de la caza del hombre. En este caso, el desfiladero a vigilar era el Canal. Si el monstruo había venido de Londres, era de suponer que su nombre estaría en las listas. Lugar y tiempo estaban dados; el resto era cuestión de detalle.

—Pero debió de viajar con nombre falso. —Esta observación la hizo el meritorio. El inspector la acogió con una inclinación de cabeza: «Delavigne, le agradezco la sugerencia. Si el hombre es tan inteligente como usted insinúa, pronto lo atraparemos. Nada más

llamativo que un nombre falso. El señor Equis descuella entre un centenar. Y los camareros del barco tienen una memoria envidiable».

Dobrowsky había dicho a Etienne en cierta ocasión: «El bueno de Delavigne sería un pésimo delincuente. Esto habla en su favor como persona, pero no como meritorio de la Policía».

Acerca de los desfiladeros, Dobrowsky había contado a Etienne, durante uno de sus paseos, un caso que había resuelto años atrás. Cerca de la frontera suiza, en un sendero de montaña, se había encontrado el cadáver de un turista al que evidentemente habían asesinado para robarle. La víctima se encontraba cerca de un pico que era visitado por multitud de excursionistas. ¿Quién sería el asesino? Probablemente, un principiante, un ser anónimo entre los millones de habitantes de una gran ciudad, que estaba con el agua al cuello y había decidido apostarse en aquellos parajes y asesinar y robar al primero que pasara por allí. Estos actos son difíciles de esclarecer, porque son cometidos por seres sin imaginación. Cuanto mayor es el refinamiento con que procede el criminal, más pistas va dejando.

A pesar de todo, el inspector tuvo éxito en sus pesquisas, y precisamente así: todo el que escalaba aquel pico solía pernoctar al pie del mismo, en una de las dos estaciones balnearias que había, en suelo suizo y francés respectivamente. La bala extraída del cadáver durante la autopsia había sido disparada por una pistola belga que solía venderse en Francia. Por consiguiente, el inspector empezó sus investigaciones en el lado francés, revisando los libros registro de todos los hoteles y pensiones. Una gran parte de los nombres eran conocidos de los hoteleros por tratarse de clientes habituales. Por el momento, éstos podían descartarse: no era probable que el asesino fuera uno de ellos. Los restantes nombres fueron investigados en los lugares de residencia. Este rutinario procedimiento te hace descubrir invariablemente a personas que se inscriben con nombre falso; casi todas, hombres que no pasan la noche solos. También éstos podían ser eximidos, ya que lo más probable sería que el asesino viajara solo.

Durante la investigación el inspector encontró una curiosa anotación. Correspondía a una persona real, pero que no existía: un muerto, que mal podía haberse registrado y que, sin embargo, figuraba en el libro. Se trataba de un vecino de Lyon que llevaba ya tres años en el cementerio.

El resto fue sencillo: el inspector puso bajo la lupa a todas las amistades del muerto y no tardó en dar con el asesino: un pequeño comerciante asediado por los acreedores, un hombre sin pizca de imaginación.

—Ya lo ve, el único destello de inteligencia que tuvo le costó la cabeza. La idea de que no hay nadie más difícil de encontrar que un muerto no era mala, pero encerraba una trampa. Cuando le interrogué, pude invocar a dos espíritus para que declararan contra él: su víctima y su amigo muerto. Rara vez he visto derrumbamiento semejante.

Dobrowsky era también un buen teórico. Hubiera podido escribir un manual para policías, como Clausewitz lo escribió para soldados, y Dufresne, para ajedrecistas. Etienne se lo dijo una vez. Ahora pensaba en aquella conversación mientras escuchaba cómo el inspector explicaba a Delavigne los inconvenientes del anonimato. Y éste insistía:

—Si hay alguien que sea capaz de atrapar al hombre del pañuelo, ése es usted, jefe, y nadie más que usted.

—Muchas gracias por su confianza. Pero el hombre del pañuelo no tardará en presentarse voluntariamente, como todos los que estaban en «La campana de oro»…, con una única excepción. Un asesinato como éste es como un foco, que hace salir a las polillas a la luz.

—Entonces, ¿usted cree que no fue él?

—Nadie más inofensivo.

También Etienne estaba asombrado. Él compartía la opinión de Delavigne. Que era la de madame Stephanie. Pero el razonamiento del inspector era convincente.

Estaba muy claro que la noche antes la infortunada bailarina tenía prisa. Desapareció después de hablar con el director y al poco rato se presentó en «La campana de oro» con un acompañante. El tiempo había sido comprobado, apenas bastaba para ir del teatro a la Madeleine en un coche de alquiler —se estaba buscando al cochero y seguramente no se tardaría en dar con él. Evidentemente, la Della Rosa tenía una cita, porque, a pesar de todo, no era de las que se dejan abordar por la calle. Su impaciencia hace suponer que se había citado con un admirador joven, seguramente con un primerizo, al que no quería hacer esperar. A los viejos se les deja en la antesala y se les despacha lo antes posible.

Aquí, aunque el tiempo apremiaba, el inspector no pudo menos que hacer un inciso: «Tengo que admitir que la Della Rosa no alcanza el rango de la Bella Otero, que también solía ir por "La campana de oro". Dicen que antes de cenar levanta el plato de sopa y, si no encuentra debajo el billete de mil francos, empieza a sangrarle la nariz, se levanta y se marcha para no volver».

Dobrowsky retomó el hilo: «La hemorragia nasal es una señal de timidez; podríamos considerarla algo así como el sonrojo espiritual. Eso exculpa de antemano al hombre del pañuelo. Una persona que trae un propósito tan horrible no aparece a plena luz, y menos tapándose la cara, es decir, con una actitud que proclama: aquí hay algo extraño. Ése debió de llegar solo y en la oscuridad».

Dobrowsky pidió más café y cerró sus consideraciones. Sin afeitar y sin dormir y no obstante vital como un caballo de carreras dopado, parecía más desaliñado que nunca. Etienne pensó: «En algún lugar de Polonia, entre sus antepasados debió de haber un rabino». Fue algo más que una visión.

No; detrás del pañuelo había uno de los jóvenes admiradores de Liane; probablemente, aquélla era su primera escapada nocturna. Sería uno de los que mandaban flores y cartitas al camerino de la bailarina o trataban de robarle una mirada cuando entraba en el teatro. Al ver a la Bourdin, se quedó cortado, y eso a la bailarina le hizo gracia. Un joven distinguido: un cadete o un estudiante de

bachillerato de algún internado caro. Muchos son clientes de los mejores sastres; es increíble el dinero de que disponen. Ahora estaría en algún lugar de Saint Cyr o de Neuilly, habría pretextado enfermedad y se habría tapado de cabeza y todo, muerto de miedo. Pronto no aguantaría más. Ya le parecía estar oyéndole, y muy claramente. Como para confirmarlo, entró un agente que anunció a Gerhard zum Busche.

El interrogatorio

24

Después de que Surdent leyera su tarjeta y le despidiera respetuosamente, Gerhard estuvo deambulando entre la niebla. Respondió al inspector como en sueños. Desde entonces había perdido la noción del tiempo y del espacio.

Su estado confirmaba los temores de su tía. Empezó por seguir la orilla del río y se encontró en un bosque sin saber cómo había llegado hasta él. Cuando empezó a amanecer vio que estaba en la orilla de un estanque y que delante brillaba un arrecife. Eran las casas de Suresnes.

Vagaba como un náufrago. Una ola había destrozado su barco. La ola era de frente color de rosa y dorso negro. La culpa era tan grande que cubría los sucesos de la noche, que estaban confusos y revueltos. ¿Por qué llevó a Irene a aquella casa? Allí la asesin… ¿Por qué le mandó las rosas?

Hacía mucho calor. En el abismo los nombres eran todos iguales, se fundían entre sí como figuras de estaño. Unas veces él era el asesino, otras no, pero en momento alguno se sentía aliviado por más que traía y llevaba la culpa. Y aunque Irene fuera la víctima sólo en apariencia, y la víctima, Irene sólo en su imaginación, existía una relación torturante e imposible de determinar. Si él no la hubiera llevado, aquello no habría ocurrido. Él había llamado a la puerta prohibida. Le había enviado rosas. Ahora tenía sangre en las manos.

Luego, sus pensamientos evolucionaban en otra dirección. En lugar de venerar la imagen, quiso apoderarse de ella. Prestó oídos a

Ducasse. El asesinato estaba preparado, no había sido casualidad lo que ocurriera delante de su puerta. El fallo era terminante.

Poco a poco, volvió a él la voluntad. De la culpa no podía dudar; debía asumirla. Pero Irene estaba en peligro. Él tenía que protegerla, desviar de ella las terribles consecuencias.

Cuando llegó a su casa, encontró esperándole a un policía con la citación de Dobrowsky. Éste le acompañó al Palais de Justice y le anunció.

El inspector dijo: «La *Polonaise* ha empezado». Consideraba al joven diplomático su testigo más valioso después del hombre del pañuelo. Cuando Gerhard entró en el despacho, Dobrowsky supo inmediatamente con quién tenía que habérselas. También éste debía de vivir su primera aventura en «La campana de oro». En lugar de lo que él ansiaba, le había deparado una herida para toda la vida.

El joven estaba pálido y trastornado. ¿Una figura a lo Raskolnikof? La idea la rechazó el inspector a la primera mirada. Por su larga experiencia, estaba familiarizado con aquella expresión de aturdimiento. Aquí estaba muy acusada. Era posible que aquel muchacho —parecía un niño— hubiera vivido hasta ahora en un mundo de fantasía. Entonces habría caído desde doble altura. En cualquier caso, había que tratarlo con cuidado, o su pobre razón le abandonaría para siempre. Por el momento, era una suerte que Surdent no le hubiera interrogado. Hay personas que enredan más por su diligencia que por su holgazanería.

Acercó una silla a Gerhard y le ofreció café y cigarrillos. Gerhard le agradeció el café que le tonificó maravillosamente. De todos modos, allí se sentía mejor que en el bosque. Había temido encontrarse con un gremio de cara hosca, pero el hombre que le invitaba a café parecía más bien un dependiente de comercio. Y le miraba con simpatía.

Mientras Gerhard bebía café, el inspector procuraba tranquilizarle con frases convencionales. Lamentaba conocerle en circunstancias tan trágicas. Después le haría unas cuantas preguntas; ello permitía precisar con mayor exactitud el *fait accompli* que con tanta

brutalidad sorprendiera a Gerhard. Después podría irse a casa y descansar. El inspector evitó usar la palabra «asesinato».

—Quizá prefiere usted que charlemos a solas. Si no tiene inconveniente, mi colega estará presente. Podría sernos de ayuda.

Señalaba a Etienne, con el que Gerhard ya había intercambiado una mirada.

—Se lo ruego, inspector. El señor tiene una cara muy agradable. No parece policía.

Dobrowsky se echó a reír: «A eso le llamo yo franqueza. No es de temer que nos oculte usted muchas cosas».

Se levantó y condujo a los dos hombres a su gabinete. Era más bien un vestidor. Había pocos muebles: una mesa, un perchero y una palangana. Encima de la mesa había un cenicero pero no recado de escribir. Un armario empotrado apenas se notaba, ya que las puertas estaban cubiertas con el mismo papel que la pared. Curiosamente entre las dos ventanas había un espejo de cuerpo entero. El cristal estaba calibrado en centímetros, marcados junto al borde con una punta de diamante.

Etienne conocía la habitación que, como queda dicho, parecía un vestidor en el que se para poco. Y eso era. El inspector dejaba allí el sombrero, el abrigo y el paraguas antes de empezar el servicio. También entraba de vez en cuando a lavarse las manos o reflexionar en la ventana mientras fumaba un cigarrillo cuando necesitaba hacer una pausa. En la Casa era sabido que muchas noches salía disfrazado del gabinete. Para eso servían el espejo y el contenido del armario, que recordaba una tienda de ropa vieja. La habitación tenía doble puerta, pero allí no se interrogaba sino excepcionalmente.

25

Cuando se hubieron sentado, se hizo un silencio. El inspector parecía reflexionar; su rostro fue transfigurándose poco a poco; sus ojos adquirían brillo y las arrugas se tensaban como cuerdas de un arco. Era como si empezara a surtir efecto una droga, o una mano invisible hiciera masaje en la piel. Etienne conocía aquella tensión. No dejaba de asombrarle que la provocara un testigo que parecía tan insignificante y que, probablemente, tenía menos que decir que la Bourdin, por ejemplo. Desde luego, era el que había descubierto el cadáver.

Después de un buen rato, Dobrowsky se volvió hacia Gerhard y le puso la mano en el brazo.

—Usted perdió a su padre a edad muy temprana, Herr zum Busche, pero ahora debe usted confiar en mí como si estuviera frente a él. Eso será bueno para usted. Nada que sea humano me es extraño.

—Lo diré todo —respondió Gerhard. Y añadió—: Todo lo que no concierna a nadie más que a mí.

No le había sorprendido que aquel hombre pareciera conocer a su familia. Quizá leía en los rostros como otros en los libros. Debía de saber mucho. Naturalmente, el inspector se había documentado tanto en el departamento político de la Casa, como en la rue de Lille. Precisamente en aquellos momentos se mantenían escrupulosamente al día los expedientes de todo el personal de las representaciones extranjeras, incluidas las mujeres de la limpieza. Ya estaba informado, cuando menos con una frase escueta, acerca de

la mayoría de los clientes de aquella noche. «La flor y la nata», murmuró cuando leyó la lista de Surdent.

La salvedad que hizo Gerhard no le sorprendió: ya sabía dónde le apretaba el zapato al joven. Claro que Gerhard no podía suponer que su caso no era una excepción, sino todo lo contrario. Dos de los clientes ya habían declarado, otros habían enviado notitas. El prefecto había llamado para solicitar que se eximiera a un senador. Uno tenía que multiplicarse.

—Puede usted estar tranquilo. La policía no está interesada en la divulgación de nombres. Deseamos llegar hasta donde sea posible. Espero que baste su declaración.

Gerhard se sentía cada vez más tranquilo. La habitación parecía más acogedora. Así pues, no sería preciso dar el nombre de Irene —casi como en un reconocimiento hecho por un médico cuidadoso, el punto doloroso no se tocaría.

El inspector sacó de su cartera un plano que extendió encima de la mesa. Era un croquis acotado del primer piso de «La campana de oro». A su lado colocó una regla y un compás.

—Haga el favor de señalar el lugar en el que se encontraba usted cuando ocurrió el crimen.

Cuando Gerhard hubo señalado la butaca situada junto a la chimenea, Dobrowsky preguntó:

—¿Algo le llamó la atención antes de que se oyera el grito? ¿Algún ruido? ¿Pasos en el corredor? ¿Golpes en una puerta?

Sí; la cara borrosa que apareció detrás del cristal esmerilado de la puerta. El inspector dio un respingo como si se le hubiera contagiado el susto. Aquello era nuevo, el hecho no figuraba en el protocolo de Surdent. Rogó a Gerhard que se colocara delante del espejo y señalara la altura en centímetros. El testigo había visto toda la cabeza.

—Debía de ser un hombre muy alto, suponiendo que estuviera de puntillas.

Gerhard no descartaba que el hombre tuviera barba, pero lo que era seguro era que no llevaba sombrero. La cara quedaba centrada

en el cristal como en un marco.

—Es curioso —dijo Etienne—. Yo siempre había imaginado a ese Jack ancho de hombros y fornido como la mayoría de los marineros, y además con gorra.

—Yo también. Pero ésas son precisamente las ideas preconcebidas que hay que evitar.

Dobrowsky pasó entonces a recopilar detalles remachando con preguntas durante casi una hora. La paciencia con la que consiguió estirar los segundos transcurridos entre la aparición de la cara y el grito, a fin de hallar nuevos puntos de arranque, y la habilidad con que estimulaba la memoria de Gerhard denotaban muchos años de práctica.

En una ocasión dijo a Etienne: «Nuestra memoria retiene más de lo que nosotros suponemos. Por ejemplo, cuando tratamos de recordar una cita cuyo texto se nos ha olvidado, recordamos el lugar en el que estaba: si arriba o abajo, a la derecha o a la izquierda. Un buen interrogatorio recorre el camino a la inversa: primeramente, fija el lugar y después saca a la luz los detalles que se escaparon al testigo o que le parecieron insignificantes».

El inspector siempre parecía saber, más de lo que Etienne suponía, ya fuera gracias al informe de Surdent, ya a sus propias investigaciones. Evidentemente, había vuelto a interrogar a la criada. Luego, con su precisión característica, concretó el tema de la iluminación, que madame Stephanie pudo aclararle, simplemente repitiendo las propias disposiciones. La casa estaba brillantemente iluminada cuando se esperaba a algún grupo; de lo contrario, los pasillos se dejaban en penumbra, y así estaban la víspera —Gerhard recordaba que la Bourdin les acompañó al piso de arriba con una lámpara.

Cuando se abría una puerta, el que saliera de la habitación se situaba a contraluz, por lo que difícilmente se le podía reconocer como no fuera por la silueta. Lo que ocurría en el pasillo, por el contrario, se veía más claramente a la luz de las habitaciones. La

espantosa imagen de la mujer muerta se había grabado de forma indeleble en la memoria de Gerhard.

Y también el rostro que estaba detrás del cristal, lo vio sólo porque la luz de la habitación lo iluminaba. El inspector volvió a preguntar si la cara llevaba barba. Tal vez, pero el cristal esmerilado difuminaba los contornos —como se corre la tinta en un papel secante, y sólo fue un momento.

—Por lo tanto, cuando usted salió al pasillo, después de oír un grito, el pasillo estaba a oscuras o medio a oscuras, salvo por la luz que salía de su habitación.

Ahora, los ruidos. Los pasillos de «La campana de oro» estaban cubiertos por gruesas alfombras. Así pues, si el testigo llegó a oír pasos debían de estar amortiguados. Pero delante de la habitación de al lado, poco después de que la cara desapareciera y sonara el grito, tenía que haber ocurrido algo. ¿Había oído Gerhard si se abría la puerta o si alguien llamaba a ella? ¿Tal vez voces? ¿Un susurro? ¿Risas? Hay muchas clases de sonidos según vea uno a un conocido, a un extraño, o una máscara.

Era difícil responder a esto. Entre la aparición de la cara y el grito, Gerhard sólo oyó un cuchicheo, a pesar de que escuchaba angustiado. Pero entonces recordó la voz que había gritado: «¡Suélteme!».

Es curioso que se le hubiera olvidado. Debió de quedar borrada por el grito.

Esta fue la segunda sorpresa para el inspector. Interrumpió el interrogatorio durante un rato. Después de fumar un cigarrillo en la ventana, preguntó: «Entonces usted oyó la última palabra de la bailarina. ¿La recuerda con exactitud? Entre "suélteme" y "suéltame" apenas hay diferencia».

No; «suélteme» —Gerhard estaba completamente seguro.

Volviendo a la puerta de al lado. También era posible que estuviera abierta. Era poco probable, ya que, en este caso, la entrada de un desconocido hubiera sido seguida de palabras y ruido. Y no se había oído nada de eso. Ello hacía recaer sospechas en el

acompañante de la bailarina. Pero ¿no le hubiera sido mucho más fácil matarla dentro de la habitación que en el pasillo? Claro que también había podido salir tras ella. Pero aquel grito de miedo indicaba que su atacante era un desconocido. De todos modos, no se podía descartar ninguna posibilidad. A veces también por caminos tortuosos se llega a la meta. El interrogatorio parecía haber terminado. El inspector suspiró:

—Herr zum Busche, muchas gracias. Puede usted marcharse.

Y, como si acabara de ocurrírsele, añadió:

—Probablemente, madame Kargané poco podrá añadir. Lamentablemente, salió de viaje esta misma noche pasada.

Etienne observó que, ante esta emboscada, Gerhard palidecía y luego enrojecía. El inspector le había minado el terreno. Acababa de derrumbarse el castillo de naipes en el que él se sintiera seguro. Etienne comprendió entonces por qué su amigo no había procedido ordenadamente en el interrogatorio, empezando por la entrada, sino que pasó directamente a los hechos acaecidos en el primer piso. Así que no era un error de procedimiento sino todo lo contrario. Y ahora entraba con armas y bagajes. Dobrowsky adoptó un gesto hostil:

—¿Tan ingenuo es que no sospechó la clase de establecimiento en el que se le citaba? ¿Y no le sorprendió que su dama fuera conocida, aunque no de nombre? Pero ella se dejó el sombrero al lado de la chimenea y también el abrigo con la notita. Aunque hubiera bastado el sombrero.

Dobrowsky pasó entonces al breve altercado que se produjo en el momento de la recepción. La criada lo había mencionado. Desde luego, a la condesa no debió de complacerla que se la saludara como a una cliente. Y a la Bourdin le dolió que se la llamara «zarrapastrosa». Cuando ella sólo trataba de ser amable. Pero ¿por qué? Ella se lo calló, y el inspector se enteró ahora por Gerhard: había pedido disculpas a madame Kargané por no poder darle su habitación.

Ésta fue la tercera sorpresa para Dobrowsky, el indicio que él andaba buscando sin saberlo.

Durante la hora del almuerzo, mientras paseaba por el Quai cercano a su despacho, el inspector solía observar a los pescadores. Parecían ir más que nada a matar el tiempo, y sólo muy de tarde en tarde sacaban algún que otro gobio que echaban a un cubo, volvían a lanzar el anzuelo y se quedaban al acecho hasta que temblaba el flotador: un corcho con una pluma que tenía la punta roja. Y cuando sacaban el hilo, la mayoría de las veces era para ver que se les habían comido el cebo. De todos modos, ello indicaba que allí había peces.

Un temblor similar estremeció al inspector en este momento del interrogatorio. ¿Por qué la criada se acordó del insulto y se calló el motivo? Dobrowsky conocía el tejemaneje de los registros de entrada en hoteles, desde los más modestos hasta los más lujosos; y las pequeñas agencias con las que el personal mejoraba su salario. Cuando una habitación no se alquilaba para toda la noche sino sólo para una hora, podía ser que el portero, en este caso la Bourdin, omitiera registrar al cliente y se embolsara el importe. Así se explicaba su pertinaz silencio. La mujer era simple, sí, pero también muy ladina, en lo tocante a los «*sous*». Y cuando aquella noche tuvo que encargarse de la recepción, tarea que solía realizar madame Stephanie, decidió aprovecharse de las circunstancias. Por eso inmediatamente preguntó a la condesa cuánto rato se quedarían. Lo de que «su» habitación no estaba disponible lo añadió para disimular. Una distracción útil.

Desde luego, era una cuestión secundaria, pero, como el tambor del corcho, indicaba movimiento en las aguas turbias. El inspector se dirigió a Gerhard: «Herr zum Busche, puede irse a su casa. Necesita usted dormir. Mañana verá las cosas de otro modo, el tiempo lo suaviza todo. Puede contar con nuestra discreción».

26

Cuando se quedó a solas con Etienne, el inspector sacó de la cartera el registro de clientes de «La campana de oro» y a su lado puso una pequeña agenda encuadernada en piel. Etienne dijo:

—Con todos los respetos, pero ¿no le parece que ha procedido con bastante insidia? Me da pena ese muchacho.

—Créame, Etienne, a mí tampoco me gusta lo que he hecho. Pero ese muchacho es hipersensible. Si llego a poner las cartas boca arriba desde el principio, no le hubiera sacado ni una palabra. Por eso tuve que conducirle como a un sonámbulo. —Y añadió—: Por cierto, le tranquilicé injustificadamente. Ahí tiene a los periodistas, apiñados en la puerta desde primera hora de la mañana. ¿Y el marido burlado? Es un tipo muy peligroso. Esta misma noche, sin que nosotros intervengamos para nada, saldrá su nombre en los periódicos. No sé cómo va a poder soportarlo ese chico, ni si sobrevivirá a ello.

La niebla se había levantado. El reflejo del sol en el agua reverberaba en el techo. Dobrowsky parecía fatigado y se perdió en consideraciones generales. Volvió a los periodistas.

El policía tiene otros intereses en un crimen por cuanto que él representa al Estado y el periodista, por el contrario, a la sociedad. Hay crímenes que no afectan sólo a la víctima y al criminal sino también al entorno, como por ejemplo el horrendo asesinato de la duquesa de Praslin por su propio marido. Cuando se le facilitó el veneno al duque ya era tarde. Ello dio impresión de complicidad; y es que una corneja no le saca los ojos a otra corneja. Un par de

Francia había asesinado como un mozo de cuadra borracho y pretendía ser mejor. La monarquía no se repuso del golpe.

Y, luego, los crímenes a la moda, y los suicidios. Uno se prendía fuego en un bosque, o saltaba desde un puente y otros no tardaban en imitarle. Timón, que no era precisamente un filántropo, dijo en una asamblea del pueblo: «Atenienses, son ya muchos los que se han ahorcado en mi higuera. Ahora tengo que arrancarla, de modo que quien quiera colgarse que se apresure».

Y están también los casos en los que se utiliza el número como camuflaje. Un cajero cuyo Banco había sido atracado dos veces, organizó un tercer atraco por su cuenta. Eran cuadros enigmáticos.

Etienne conocía aquellas digresiones. Sabía que su amigo, interiormente, seguía cavilando. Y, efectivamente, volvió a «La campana de oro»:

—Cada vez me parece más improbable que aquí tengamos que habérnoslas con un marinero. No es su ambiente, más bien el del hombre del pañuelo en la cara. Pero a éste lo he descartado. Me lo dice el instinto. De todos modos, tengo que analizar todos los indicios. Es la figura clave. Si él no cerró la puerta, la cerró la bailarina, desde luego. ¿Cómo se explica entonces que no se oyera llamar, ni ningún ruido hasta poco antes de que sonara el grito? ¿Dónde se metería aquel sujeto? Si se hubiera escondido, él mismo se comprometía porque Surdent le hubiera descubierto. Por lo tanto, es de suponer que huyó. Pero alguien tuvo que verle. En aquel momento, había gente en el pasillo. Tal vez se escabulló entre los clientes. Pero el informe de Surdent parece excluir la posibilidad. En cualquier caso, su desaparición resulta misteriosa.

—Entonces ¿pudo ser él?

—Eso sería lo más sencillo. Así no tendríamos que ocuparnos de una segunda desaparición: la del propio asesino. Yo no lo creo. Pero es una posibilidad. Nos guste o no, tenemos que ocuparnos del amigo de la bailarina. Esto se está convirtiendo en una carrera de obstáculos. He pedido la colaboración de la brigada municipal. Y es

que solo no puedo con todo. Esa gente tiene muy buen olfato, por lo menos para estos rastros. Ahí está el primer informe.

Señalaba el registro de clientes y de su interior sacó un papel; había marcado muchos lugares con lápiz rojo. La entrada de Gerhard no figuraba, pero sí la de la bailarina, en el Número Doce, en letra casi ilegible. Poco aclaraban también las otras anotaciones —por ejemplo, la de «Philippe Once et Epouse». Casi nadie se inscribía con su verdadero nombre. A lo sumo, algún actor como aquél con el que llegara madame Kargané. El libro registro era más un espejo de costumbres que un documento. Pero la policía hacía la vista gorda.

Más productiva fue la agenda, adquirida por la bailarina a primeros de año en la Maroquinnerie de Hautecoeur —un minúsculo calendario con lista de direcciones hallado en su bolso. Uno de los ayudantes de Bertillon las había comprobado. El inspector comentó: «La chica era ordenada, en todos los aspectos».

Había muchas anotaciones relacionadas con el teatro: pruebas, ensayos, representaciones. La lista de direcciones servía también de registro de donativos. Representaban un crecido múltiplo del sueldo.

—Eran sus viejos —dijo Dobrowsky—. Los estamos investigando. Al parecer, para día la vejez empezaba a los cuarenta. Los jóvenes, por consiguiente, no tenían mucho más de veinte años. Y ésos no están en la agenda. Seguramente, para esas citas no necesitaba ella recordatorio.

Precisamente debajo de la fecha fatídica había una excepción: «11° C Le Bleu». Podía tratarse de un mote. Tal vez se refería a los ojos, o al traje… ¿un uniforme?

De todos modos, el colega había hecho un buen trabajo. También había observado que algunos números habían sido rellenados con tinta, como notas musicales.

—Fíjese en el tres. Es domingo. El arco superior está emborronado. Y este nueve, un día laborable, con un casquete rojo. Ni en una fecha ni en otra, cita alguna.

Dobrowsky apartó a un lado la libretita: «Lástima de muchacha. Hubiera llegado lejos. Madame Stephanie la apreciaba mucho».

Era cierto y aquella estimación obedecía menos al azar que a una íntima afinidad de caracteres que sabían sacar partido de sus recursos. Cuando madame Stephanie se repusiera de la impresión podría darles más información. Tenía buena memoria. Al ver el bonito sombrero que la condesa perdió en la huida, inmediatamente se acordó de la señora que estuvo allí, en el Número Doce, con el joven actor. En esto coincidía con la Bourdin. La mayoría de los hoteles no tenían «Número Trece». De todos modos, la habitación contigua, la Catorce, también había resultado funesta.

Al parecer, Herr zum Busche tenía la impresión de haber estado allí con una princesa. Es una ilusión óptica que sufren la mayoría de los jóvenes que viven su primera aventura; porque esto era para él, sin duda alguna.

—No me atreví a hablarle con claridad. Tiene una ingenuidad increíble.

También en el orden moral existe una facies hipocrática. El inspector la detectaba con la agudeza adquirida en su profesión. Dijo: «Este muchacho me da mala espina».

27

Al igual que muchos criminalistas, ya antes de los sucesos de «La campana de oro», Dobrowsky había estudiado la táctica de los crímenes de Londres. Aquel caso había hecho época. Incluso un teatro había sacado partido de él.

El crimen de París se apartaba sensiblemente de lo que el medio consideraba camino trillado. El londinense había conseguido escapar porque siempre actuaba a ras del suelo. ¿Era lógico que fuera a meterse en la ratonera de un primer piso? La puerta trasera era difícil de encontrar y, salvo en aquel único día, siempre estaba cerrada —todo señalaba a alguien que conociera el terreno.

Entonces, ¿podía ser alguien que quisiera saldar una cuenta y para ello imitara la firma del terrible Jack? ¿Un caso de mimetismo? ¿Para perjudicar a la dueña, por ejemplo? Y la bailarina fue la primera persona que encontró.

Etienne movió la cabeza, negativamente; «Inspector, es usted como el billarista que pretende hacer carambola apoyándose en una banda imposible. Entre los seres humanos no hay nada imposible. Tenemos que investigar a todos los que conocían la puerta trasera, incluso a los proveedores. El asunto se ramifica. Estamos en la selva virgen… y a mí me gustaría ver la trompa del elefante».

El regreso de Delavigne interrumpió la conversación. Venía de la Morgue, adonde habían llevado el cadáver. Los médicos no se ponían de acuerdo sobre el arma homicida. Tuvo que ser un cuchillo, desde luego, y bien afilado, pero cada oficio utiliza uno o varios. La Della Rosa apenas estaba vestida cuando abrió la puerta. La espantosa

mutilación de aquel hermoso cuerpo había conmovido al meritorio. «Y aún hay personas que creen en Dios».

Dobrowsky le hizo varias preguntas y dijo: «Delavigne, ahora puede usted demostrar su valía. Tengo trabajo para usted».

El meritorio debía ir primeramente a casa de los Kargané a echar una ojeada, pero procurando que no le viera el capitán, si estaba en casa. Interrogar, primero, al portero, sobre las entradas y salidas de la víspera; segundo, al cochero, cuántas carreras y adónde; tercero, a la doncella, qué perfumes había usado la condesa.

—Luego se va usted a Guerlain, no cabe pensar en otro perfumista, y les pide una copia de la lista de clientes que dan a sus representantes.

Finalmente, el meritorio debía ir a ver a monsieur Ducasse. Delavigne preguntó, mientras tomaba nota:

—¿Y qué hay allí?

—Hable con él y procure sonsacarle respecto a Herr zum Busche. Ayer almorzaron juntos en «Voisin». A la misma hora que madame Kargané y su padre. Al parecer, allí se produjo el *coup de foudre* entre ella y ese idiota. Ésta es la dirección… No admita evasivas. Probablemente, saldrá a abrir él personalmente. Y vuelva cuanto antes. Tiene muchas más cosas que hacer.

Delavigne se fue y Etienne hizo otro tanto. Casi olvida que estaba citado con Du Paty —afortunadamente, muy cerca, en «La Torre de Plata». Seguramente, volvería a aburrirle con el Maestro de Bayreuth a quien veneraba —en parte por convicción y en parte por seguir la moda.

—Procuraré abreviar, inspector. Dentro de dos horas estaré de vuelta.

Al salir del Palais, bajó hasta el ajardinado extremo de la Isla, el Square du Vert Galant. El sol brillaba sobre las verdes orillas, los puentes y el río. En el césped jugaban niños vigilados por sus madres o las niñeras. Un gran barco fluvial estaba fondeando junto al dique y unido a él por una estrecha pasarela. De su chimenea salían volutas de humo y en la cubierta había ropa tendida. Debía de

ser una buena vida, siempre de viaje y siempre en casa, como el caracol en su concha. En el gran registro del mundo, estos barcos debían de haber quedado olvidados; en ellos se vivía como en tiempos remotos. Tal vez los hijos de sus dueños no tenían necesidad de ir a la escuela.

Sobre el agua gris colgaba sus velos, veteados ya de amarillo, un sauce llorón. Los árboles llevaban ventaja a los hombres, que encanecían en el otoño; ellos avivaban el color.

En la orilla, la hierba limitaba con su propio reflejo, otro prado más oscuro. Era como si el original y el reflejo hubieran trocado los papeles: parecía más real el prado del agua. A la sombra del árbol estaba Gerhard zum Busche —debía de llevar allí bastante rato. Etienne pensó: «Está como para recitar una poesía». Pensó en hablarle, pero desistió —mejor no hacerlo. No quería atribularle más.

Visitas

28

Gerhard no hubiera podido decir cuánto rato estuvo junto al río, mirando al agua. Por fin se decidió a volver a su casa, y a pie fue hasta la me Bellechasse. Delante de la puerta estaba parada una jardinera, de las que se utilizan para pasear por el campo.

En el recibidor le esperaba Frau Lipp, su patrona: «Dios mío, ¿dónde se ha metido? Su tía ha preguntado dos veces por usted. Pero trae muy mal semblante… Avisaré a un médico».

—De ninguna manera. Solamente necesito descansar.

Ciertamente, había estado fuera toda la noche, lo cual no había sucedido nunca. Frau Lipp ya no sabía ni dónde tenía la cabeza: un periodista desvergonzado había llamado a la puerta y la había acosado a preguntas, «y luego llegó el caballero que espera ahí dentro, no he podido librarme de él».

Cuando por fin le abrió la puerta de su habitación, Gerhard vio a un desconocido de pie junto a la ventana. Llevaba traje de cazador, con ancho cinturón y una vara en la mano. Después de examinar atentamente a Gerhard, asintió y dijo:

—Kargané.

Fue como un balazo en el pecho. La sentencia.

—Su esposa es inocente.

El capitán alzó la mano: «Lo sé, lo sé. Pero no se trata de eso. ¿Y si nos sentáramos?».

Su tono era casi apaciguador, y, después de contemplar otra vez a Gerhard, como tomándole la medida, añadió:

—Ya le había visto antes fugazmente. Tiene usted una cara que se olvida con facilidad, pero que más tarde se reconoce. Responde exactamente a las fantasías de mi esposa. Tiene buen gusto, pero mala fortuna.

Entró Frau Lipp y preguntó si deseaban un refresco. El capitán rehusó.

—Yo no quería estorbar en su pequeña excursión y me fui de cacería a Rambouillet, un buen coto, donde por cierto me esperaban. Pero a mi regreso encontré en casa a la policía; ni tiempo de cambiarme he tenido. Lo siento, pero no puedo quedarme.

Se levantó: «Madame Kargané está en casa de su padre; no había forma de prever este enojoso incidente. Imagino cómo la habrá disgustado. Y mi partida de caza: tres horas en el puesto sin que se presentara ni una sombra… Una noche endiablada».

A Gerhard le parecía que el capitán llenaba la habitación, como el personaje principal en un escenario en el que se representaba una obra que Gerhard no comprendía. Esto experimentaba él, de niño, frente a los mayores. Se sentía al margen, figura anónima, ajeno a lo que ocurría y hasta atemorizado. Un huérfano desamparado.

Aquel hombre poderoso acaparaba la atención; lo ocurrido aquella noche se difuminaba en las sombras, casi como un sueño. Incluso la culpa palidecía, pero ello era menos una liberación que una nueva merma de la propia estimación. El papel que le habían adjudicado le estaba grande; no le iba. El capitán rozó el hombro de Gerhard con la vara. Su voz parecía indulgente:

—Ese Ducasse es un chismoso indeseable. No es compañía adecuada para usted. Ahora estará frotándose las manos, pero en París la gente olvida pronto. Dentro de un mes habrá crecido la hierba sobre el asunto.

Kargané se despidió. Su visita no había durado más que unos minutos. ¿Significaba esto el punto final, la liquidación de un escándalo por el procedimiento de no otorgarle importancia? Uno se encerraba en su casa o se iba de viaje y dejaba que pasara la

tormenta. Se situaba uno por encima del qué dirán. En tal caso, de no ser por la relación con el crimen, podría decirse que no había ocurrido prácticamente nada. Cosas así pasaban todas las noches, como una nube de hormigas aladas sobre el Sena.

Gerhard no se planteaba explícitamente estas cuestiones, sino que las intuía vagamente: hasta el dolor y el miedo eran preferibles a un mundo vacío y absurdo. Frau Lipp, que había acompañado al capitán hasta la puerta, regresó y le sacó de sus cavilaciones:

—Qué día. Otro caballero que insiste en verle, aunque esté usted acostado. Habráse visto…

Presentaba a Gerhard una tarjeta de visita.

GUY DE MAUCLERC
Apoderado del conde Kargané

Detrás de la patrona entró el visitante. Debía de esperar abajo, en el coche, porque vestía de cazador como el capitán.

Gerhard no pudo levantarse. Señaló con la mano el asiento que ocupara Kargané, pero el visitante permaneció de pie.

—Señor agregado, le ruego disculpe mi indumentaria, pero la misión que traigo no admite dilación. El conde Kargané ha sido insultado por usted, y la ofensa es la más grave que pueda hacerse a un hombre. Él exige una satisfacción. En calidad de padrino suyo, debo preguntarle si acepta usted el desafío.

Siguió el silencio. Finalmente, Gerhard dijo: «La condesa es inocente».

—No se trata de eso. Por otra parte, ello haría su conducta más imperdonable todavía. Ahora debo preguntarle si está dispuesto a responder con las armas.

Y como Gerhard no contestara: «Herr zum Busche, comprendo su consternación. Puesto que le supongo enterado de lo que es norma entre caballeros, doy por descontada su conformidad. El asunto no admite demora; mi representado desearía resolverlo mañana por la mañana, para después salir de viaje, caso de hallarse

en disposición de hacerlo. Como comprenderá, no desea permanecer en la ciudad».

En vista de que Gerhard seguía mudo: «Veo que está usted indispuesto, pero supongo que no pretextará enfermedad. Basta que me dé el nombre de su padrino y dispondré con él lo necesario. No tiene que preocuparse por nada: sólo de comparecer mañana en el lugar que se señale».

Mauclerc suponía acertadamente que el joven diplomático conocía las formalidades. Después de semejante afrenta, el duelo era de rigor, inevitable. Gerhard era un apacible soñador sin la menor afición por las armas. Pero desde niño estaba familiarizado con las reglas de su sociedad y las admitía de antemano. Además, reconocía su culpabilidad. Tal vez así pudiera expiarla en cierta medida.

No tenía amigos en la ciudad. Entre los muchos conocidos a los que tenía que tratar por su profesión, a él, que prefería los personajes de ficción, sólo se le habían grabado en la memoria unos cuantos nombres. Mientras oía a Mauclerc preguntar insistentemente por el padrino, él pasaba revista mentalmente a todas sus amistades hasta que le vino a la memoria el capitán de caballería Goldhammer.

Mauclerc, cada vez más convencido de que tenía que habérselas con un idiota, se despidió rápidamente después de tomar nota de la dirección. El capitán vivía cerca; lo conocía de oídas.

CUARTA PARTE
EL PADRINO

29

Wilhelm von Goldhammer aún no se había levantado de la cama, a pesar de que, a través de las cortinas de la habitación, se filtraba oblicuamente el sol de la tarde. El aire estaba enrarecido y apenas llegaban ruidos del exterior. Era un piso de alquiler, situado en la esquina de la Rue du Regard y la Rue du Cherche Midi. Aquel barrio estaba por debajo de su categoría. Así se lo hizo observar Schwarzkoppen, su superior. Le parecía inadecuado incluso por motivos de seguridad. Pero a Goldhammer le gustaba el carácter de aquellas casas de vecindad y de sus inquilinos, pequeños burgueses la mayoría. Muchos trabajaban, desde luego; otros vivían de pequeñas rentas, y otros no se sabía de qué —eso a él le parecía perfecto. Algunos tenían perro, al que sacaban por la noche, y también abundaban los gatos. No se veían busconas; las más próximas rondaban por la estación de Montparnasse. De vez en cuando, entre los modestos vehículos de los comerciantes, se detenía un carruaje elegante —sin duda, de algún cliente de las tiendas de antigüedades, pequeños reductos de lujo en aquel barrio un tanto austero. En sus callejones abundaban los modestos estudios de pintores y escultores. También podían observarse escenas curiosas en el Boulevard Raspail, delante de la prisión militar —especialmente, cuando algún prisionero de relieve esperaba sentencia. Goldhammer conocía aquella anacrónica bastilla que había tenido que visitar por asuntos del servicio.

También había islotes verdes entre el ladrillo: jardines de antiguos conventos, visibles, desde luego, sólo a vista de pájaro. Aparentemente, todo era simple y claro, pero tenía un trasfondo

complejo —activo y soñoliento, es decir, contradictorio. Las *concierges* sabían historias que habrían complacido a un Balzac.

Goldhammer se sentía bien allí. También él tenía una doble personalidad —incluso una personalidad múltiple. En estos casos, puede suceder que cada uno de los caracteres estimule y enriquezca a los demás; entonces se puede hablar no sólo de una personalidad rica sino, además, de un caso afortunado. A Goldhammer le ocurría todo lo contrario. Como queda dicho, su carácter recordaba al de aquel barrio —había en aquella polivalencia un elemento que no concordaba o, si acaso, sólo a la hora del crepúsculo. Entre las casas de la calle Cherche Midi figura todavía un deteriorado palacio que apenas se distingue del resto —la decadencia lo había asimilado a las modestas casas colindantes.

Sólo cuando bebía mucho y se acercaba al límite de la inconsciencia se sentía en armonía consigo mismo, libre, aunque no fuera más que una noche. Y por eso bebía. Había llegado al estado en el que ya no es posible disimular. Pero tenía etapas de rigurosa sobriedad. Hacía un año, después de pasar por un sanatorio de Wiesbaden, estuvo varios meses sin tomar ni un solo trago. Pero llegó el cumpleaños del joven Kaiser —por fin, un monarca enérgico en el trono. En el casino, tuvo delante una copa llena de agua de seltz… hasta la hora del brindis y los himnos. «¡Goldhammer, una copa de champagne por el Kaiser!». No pudo negarse. Al día siguiente, a la misma hora, sintió una sed irresistible, y pronto se corrió la voz: «Goldhammer bebe otra vez».

Dos de los caracteres que moraban en él se completaban bien: el fuerte y el justo. Y es que Goldhämmer fue tan buen soldado como sagaz jurista. Personalmente, él prefería al soldado y por eso se hacía llamar «capitán» y no «doctor». El tratamiento le recordaba sus mejores tiempos.

Estudió leyes en Borní. Aquello fue un largo interludio antes de volver al ejército. Su tesis doctoral obtuvo matrícula de honor, naturalmente, aunque los profesores discutieron largamente sobre si merecía esta calificación un trabajo tan inteligente como abismático.

«El concepto de soberanía en el Estado y el individuo». Pero el lenguaje era convincente y estaba bien afianzado con citas, por lo que el juicio pudo basarse, al menos, en el valor histórico.

Los días en los que Goldhammer se entusiasmaba con Hobbes y Stirner quedaban lejos. «Quién sabe lo que yo hubiera sido de haber tenido un padre jornalero. Tal vez un atracador, o un terrorista. De todos modos, siempre estaría mejor que ahora».

Nunca le faltó dinero; más bien al contrario. En la administración llegó a asesor y en el ejército, a capitán —o sea, ni a juez ni a jefe de estado mayor. Como él mismo solía decir, «se estrelló en la esquina de comandante». Fue la típica crisis que se produce en la época de la plenitud, cuando, para sobresalir, falla el rendimiento o el carácter. A él le perdió el carácter. En el expediente personal se acumulan las malas notas: deudas, divorcio, problemas de trato con hombres y mujeres, negligencia en el servicio. Su mayor escollo fue la bebida, aunque hubo otros.

Tenía que reconocer que se le habían tolerado muchas faltas, pues gozaba de las simpatías de superiores y subordinados. Y es que, además de diferentes caracteres, poseía diversos temperamentos, sobre todo (y especialmente cuando sólo había bebido un poco) el del nativo de Renania. No le habían faltado paternales consejos: «Mal está que llegue tarde al servicio o que no llegue… pero por lo menos mientras dura el juicio debería estar sobrio».

Había en su vida amonestaciones y subsiguientes definiciones que él recordaba con dolor, como si él mismo se arrancara la máscara. Entonces se insultaba sin piedad y bebía más que nunca, pero la bebida no le hacía olvidar. Quedaba un rescoldo que no se apagaba con nada.

30

«No soy de fiar», así terminaba el monólogo. Uno se reprocha con más severidad el fracaso en aquello que más estima. Los coraceros son dignos de la mayor confianza, y por eso Goldhammer recordaba con especial agrado la época en la que sirvió en aquel cuerpo.

El regimiento de Coraceros de Renania «Conde Gessler» tenía su cuartel en Deutz y su jefe era el príncipe de Gales. Los aguerridos jinetes del blanco uniforme eran muy queridos del pueblo, que los llamaba familiarmente «costales de harina». Cuando, después de la instrucción, se abrían las puertas del cuartel, ante ellas se congregaban mujeres de todas las edades y condiciones y algún que otro caballero elegantemente vestido. El lunes de Carnaval, el primer escuadrón daba escolta al Príncipe Carnaval. Todos los niños de Colonia conocían al trompeta del regimiento, que los domingos tocaba de uniforme en lo alto de Drachenfels. ¡Cuántas veces le había oído Goldhammer mientras contemplaba el río y hasta le había obsequiado con una botella a cambio de un número extra! Cómo pasa el tiempo.

Para los números especiales una botella de vino espumoso era lo habitual. Los renanos son espléndidos. Goldhammer ya bebía, pero entonces algo le mantenía firme: la confianza.

Al pensar en ello solía invadirle una sensación de euforia: «De todos los regimientos de la Cristiandad, incluidos los de a caballo, nosotros, los coraceros, somos los únicos que mantenemos vivo el espíritu de la caballería. Y morirá con nosotros. Todavía llevamos coraza y formamos la guardia personal».

Así se animaba Goldhammer cuando se sentaba a beber en la rue du Cherche Midi, con su cómoda casaca, cerca del fuego. Eran más frescas las noches. Por lo menos, él tenía frío.

Los de Deutz no estuvieron en Mars-la-Tour, pero él pudo cabalgar en aquel célebre ataque, gracias a haber sido comisionado. Aquél era su mejor recuerdo, mejor incluso que el de su primer amor, que fue desgraciado.

«Sólo una cosa me faltó: caer allí, derribado de un disparo, como Marées, o de una lanzada, como tantos otros».

Se sirvió otra copa y suspiró: «Es curioso que mis ideales desemboquen siempre en la muerte, como si ella los sublimara. Fue precisamente mi amor lo que alejó de mí a Dorothea, lo que la puso fuera de mi alcance. Pero, antes de darme cuenta, yo ya pensaba en la muerte, como si en ella viera una exaltación; por cierto, que su soberanía abarca al suicidio. Éste es, ciertamente, el acto soberano por excelencia y, juntamente con las lágrimas, privativo del ser humano».

Volvió a servirse licor y se echó a reír: «¡Valiente coracero! El típico fracasado. Incapaz de hacer uso de mi soberanía. Cobarde hasta para cruzar la calle. Lo llevo escrito en la frente. Esclavo de unas ideas que no se asientan ni en el derecho ni en la fe. Los tipos como yo se desahogan llorando sobre el hombro de las rameras».

Antes tenía buena memoria. Recordaba el nombre de todos los hombres de su escuadrón. Ahora nombres y fechas acudían a su memoria revueltos. Cuando trataba de hojear en sus recuerdos se equivocaba de página. Marées, su camarada de Deutz, no cayó en Mars-la-Tour sino en Sapignies, al invierno siguiente. Hubiera debido recordarlo, ya que él, Goldhammer, solía cantar con los demás:

—«Cuantas veces revivamos el cuatro de enero…».

Mientras estuvo destinado allí, tuvo que llevar un parte a Schwartzkoppen, el jefe de la División, y le causó buena impresión. De ello se acordaba el hijo, su actual jefe, cuando le concedió el cargo. Aunque no podía hablarse de favoritismo. Un ayudante que, además de formación militar, posea experiencia jurídica es un regalo

para un agregado militar. Pero Goldhammer tenía que reconocer que, nada más llegar, fracasó en una misión delicada. Poco a poco, sus atribuciones fueron reduciéndose. Ahora se dedicaba a recortar artículos de los periódicos en el antedespacho y, si algún visitante se perdía, él le indicaba por dónde tenía que ir y le anunciaba. O sea, en realidad, un portero de lujo. Y, a veces, ni eso. Hasta los ordenanzas hacían caso omiso.

Aquí podría descubrirse una tercera faceta de la personalidad de Goldhammer: su sensibilidad y su sentimentalismo, causa de su inclinación a la bebida. Él fracasaba precisamente por preocuparse con exceso de cosas que, con más sangre fría, hubiera podido realizar perfectamente, tanto en el aspecto físico como en el intelectual.

Realmente, la sensibilidad de aquel jinete de hierro era exagerada, hasta el extremo de tener que someterse a tratamiento médico. El propio Stekel consigna un ejemplo relacionado con este paciente, oído a un colega suyo de Bonn.

Sus relaciones con Dorothea fueron una especie de «*voyage autour de ma chambre*», una novela que sólo se desarrolló en su imaginación, y que terminó en una crisis nerviosa que le dejó mudo durante un mes. Estos trastornos emocionales son frecuentes y han dado origen a expresiones como «quedarse sin habla» o «faltarle a uno las palabras». Lo insólito del caso fue su duración. Los psiquiatras llegaron a temer que el mal fuera incurable. Le diagnosticaron melancolía. La conducta del enfermo se parecía a la del pájaro que vuela y se mueve pero no canta.

Esta faceta de Goldhammer, su sentimentalismo, puede explicar por qué Gerhard pensó precisamente en él para que le apadrinara en el duelo. Era una de las pocas personas a las que había tratado con cierta asiduidad y de las que recordaba algo más que el nombre y el cargo. También Goldhammer sintió por el joven una simpatía inmediata —tal vez intuía en él cierta afinidad, la sensación de no

encajar en la sociedad a la que uno pertenece. A uno se le consideraba un deficiente mental, y al otro, un deficiente moral; pero a ambos se les toleraba. Se reconocieron el uno al otro como dos figuras marginales y, aunque conversaban poco, se les veía juntos con frecuencia.

Gerhard intuía que su amigo —casi no se atrevía a llamarle así— le apreciaba. Por eso le nombró su padrino. Y la elección no podía recaer en nadie mejor que el capitán de caballería.

31

Heinrich había abierto la puerta sigilosamente varias veces; el capitán Goldhammer dormía hoy aún más que de costumbre —hacía varios días que no acudía al servicio.

Tal vez «dormir» no era la palabra adecuada. Aquello era más bien flotar entre dos luces con intervalos. Sólo para levantarse de la cama, Goldhammer ya necesitaba un coñac: en la mesita de noche tenía una botella, de la que también se servía durante el día. Dejaba el correo sin abrir, pero hojeaba libros y periódicos que luego tiraba al suelo. A veces, se sentaba al piano y tocaba marchas y otras piezas menos del agrado de Heinrich, o improvisaba, como si granizara en el teclado.

A Heinrich le preocupaba aquel desorden creciente. Su señor vivía más como un estudiante o como un gitano que como un soldado. Los ordenanzas que enviaba el agregado tenían que volverse sin respuesta. Las cosas andaban mal y acabarían mal. ¿Cómo? Eso no podía imaginarlo el buen hombre. A sus ojos el capitán era inviolable. Era barón, y un servidor no era quién para faltarle al respeto. Él veneraba a su jefe de escuadrón. Había cabalgado junto a él en Mars-la-Tour, cubriéndole el flanco izquierdo. Los dos llevaban la Cruz de Hierro; Heinrich, con una cinta al cuello; el capitán, en el pecho.

Ahora el señor estaba enfermo, y Heinrich sufría con él, como si también lo estuviera. Era una de esas enfermedades como hay tantas, misteriosa y difícil de explicar. Imposible decir cuál era la causa. Heinrich nunca decía: «El señor bebe», sino: «El señor está

indispuesto». Y, cuando despedía a los ordenanzas, no decía: «Está en la cama», sino: «Tenía unos asuntos que resolver en la ciudad».

Goldhammer se encolerizó cuando Heinrich entró a anunciarle una visita. Ya hacía irnos minutos que le molestaban las voces que sonaban en el recibidor.

—Ahí fuera está un oficial que insiste en hablar con el señor capitán.

—¡Mándalo al diablo y déjame en paz!

—Es de la Marina. Dice que viene por una cuestión de honor, que es muy urgente y que le envía el señor zum Busche. Espera en el recibidor.

«Cuestión de honor» —estas palabras surtían en Goldhammer, incluso con resaca, el mismo efecto que si le agarraran por el fiador de la espada. También le hizo reaccionar el nombre de su joven amigo. Aunque lo que éste pudiera tener que ver con tal cuestión le parecía un misterio. Tal vez sólo quería pedirle consejo. En todo caso, no podía acudir a él en vano. Goldhammer se levantó.

—Heinz, abre las cortinas y haz pasar al señor al salón. Que haga el favor de esperar un momento.

Tomó la botella de coñac, pero volvió a dejarla. «En realidad, debería afeitarme. Me disculparé alegando enfermedad. Pero, por lo menos, me pondré el uniforme».

Se puso la casaca, el pantalón y las botas y se dirigió al salón donde esperaba Mauclerc que, si bien llevaba años apartado del servicio, había cambiado su traje de caza por el uniforme. Al saludarle, Goldhammer recordó que le conocía y que, incluso, una vez fueron vecinos de mesa en el «Crillon». Ello permitió abreviar las presentaciones. Mauclerc fue directamente al asunto, que era urgente y no admitía demora.

No se trataba de una bagatela. El papel que en él desempeñaba Gerhard pareció a Goldhammer francamente inverosímil. Una aventura semejante en «La campana de oro» la hubiera atribuido él a cualquiera menos a aquel platónico. Y, para colmo, con una mujer casada. Pero Mauclerc empeñaba su palabra en que Gerhard se

había declarado culpable y reconocía haber sido el seductor. Indudablemente, el conde Kargané tenía derecho a exigir todas las satisfacciones que deseara, y él, Mauclerc, en calidad de padrino suyo, venía a fijar el lugar y la hora del encuentro. El caso exigía pistola, y a corta distancia.

Así pues, se trataba de preparar un duelo a pistola o, como prefería llamarlo Goldhammer, un combate singular, como los que eran habituales entre los estudiantes, por más que en la Universidad de Bonn, cuyos colores ostentara él, la pistola se consideraba un arma de rango menor y se utilizaba poco. Era más propia de viejos con esposa joven. Los hombres con brío preferían la espada.

Los dos padrinos tenían experiencia en estos lances y no tardaron en ponerse de acuerdo sobre los detalles. Dada la premura de tiempo había que elegir un lugar próximo: preferentemente, el molino viejo, cerca de Fort Montrouge. Quedaba apartado y era conocido por los iniciados como lugar clásico para estos encuentros. Sólo se mantenía en pie el granero que antaño utilizaban los campesinos. Después de la construcción del fuerte, la guarnición hacía allí sus ejercicios cuando llovía. Ahora estaba abandonado, salvo por los desafíos, que menudeaban en los últimos tiempos. El clima político se había caldeado y a los periodistas les gustaba ir allí a hacerse rasguños.

Era una gran ventaja disponer de una nave cubierta, ya que el lance quedaba al amparo de miradas indiscretas, en especial de los periodistas. El doctor Mandel, el médico, vivía cerca, en la Porte d'Orléans. Bastaba un simple aviso para que él cogiera su chistera del perchero y saliera de casa. Para él aquello era un paseo matinal. No necesitaba maletín, ya que en el molino había un armario con lo indispensable: vendas, éter e instrumentos para cirugía menor.

Otro de los habituales era Krumbach, un cochero venido de Alsacia después de la guerra. Persona de toda confianza. Le llamaban «Père Charon»[1]. Llevaba dos caballos y desde hacía años ejercía el monopolio de los viajes al viejo molino, que le reportaban

excelentes propinas. Sus caballos conocían el trayecto de memoria y lo recorrían incluso a oscuras.

Las propinas solían ser generosas, pues al regreso los clientes subían al coche con el ánimo del que ha sacado la lotería. Lógicamente, Krumbach conducía también a muchos a la Morgue. De ahí el mote.

De todos modos, era una ventaja que el viejo tuviera su parada en Montparnasse. Desde allí se podía llegar al viejo molino a la salida del sol. Pero en este caso sería imposible atenerse al horario clásico, pues aún quedaban muchos detalles que ultimar. Así que se fijó el lance para las once en punto de la mañana —una hora insólita.

La única diferencia se suscitó respecto a la distancia. Kargané, al igual que el resto de los detalles, la dejó al criterio de su padrino, el cual propuso doce pasos. Goldhammer se opuso: el doble sería suficiente. Mauclerc insistió.

—Herr von Goldhammer, usted sabe tan bien como yo que mañana no se disparará al aire. La gravedad de la ofensa excluye tal posibilidad. Por lo tanto, la distancia debe ser lo más corta posible.

En el fondo, ésta era también la opinión de Goldhammer. Él comprendía perfectamente estas razones. Pero, a la postre, un duelo no era una ejecución. Ello incluso podía empañar el buen nombre de monsieur de Kargané.

Y la distancia se fijó en quince pasos.

32

El capitán Goldhammer regresó tarde a casa. Se había afeitado y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía satisfecho. Tal vez todo se reduzca a que uno, sea cual fuere su moral, se sienta identificado consigo mismo. Entonces encaja también todo lo demás. Había podido arreglar las cosas casi sin esfuerzo alguno. Cada eslabón iba ensartándose en el siguiente. Heinrich encontró a Krumbach en su parada; el coche estaría puntualmente en el lugar indicado. Luego, preparó la ropa de su señor para el día siguiente. El capitán Goldhammer no llevaría uniforme y había pedido que también la parte contraria renunciara a él. Pero se lucirían condecoraciones.

También el árbitro del duelo se encontró sin dificultad: el comandante Marteau, del ejército colonial, retirado. Goldhammer hubiera preferido a una persona de nacionalidad neutral; pero a fin de cuentas en estos asuntos lo que importaba era la buena cuna, incluso más que el color de la piel. Hubiera aceptado hasta a un hombre de raza amarilla; pero, eso sí, samurái. Por otra parte, no había nadie más. Marteau vivía a dos pasos, en el Boulevard Raspail. Mauclerc le había anunciado una visita importante.

Después de despejarse, Goldhammer se encontró con Mauclerc delante de casa de Marteau. Arriba, un criado indígena les abrió la puerta y les anunció. El comandante les recibió en bata y acurrucado al lado de la chimenea, de la que no se apartaba ni en invierno ni en verano, siempre tiritando. «Disculpen el desaliño. Hoy estoy sin tomar nada más que quinina». Aunque la habitación era grande,

resultaba grotesco tanto trofeo. Mejor hubieran estado en un museo de Historia Natural.

El capitán Goldhammer conocía aquella voz un poco forzada de los ancianos caballeros amantes de la tradición. «*Tête blanche, queue verte*», una rotunda expresión de Gallifet. Gallos viejos, pero cuando sacaban el genio se les hinchaba la cresta.

Y así ocurrió en este caso. Cuando el comandan te oyó hablar de pistolas y del papel que se le asignaba, en seguida se animó y aceptó encantado —máxime tratándose de aquel antipático jovencito prusiano al que había visto en una ocasión. Esto podía contribuir al «desquite de Sadowa». Lo acaecido desde entonces se lo había perdido, mientras estaba en Tonkín o en Madagascar.

El comandante se mostró de acuerdo con todo lo dispuesto por los padrinos y antes de media hora ya no quedaba nada más que hablar. Cuando se levantaban para despedirse, el anciano agregó: «Sin duda no esperarán ustedes que antes del duelo proponga una reconciliación. Sería tan inútil como incorrecto». Ellos lo comprendieron.

La visita a Gerhard zum Busche era para el capitán Goldhammer no sólo una atención, sino un deber inexcusable. Le asombró no encontrar a su amigo confuso y abrumado como temía, sino tranquilo y casi contento. Gerhard le dio las gracias efusivamente y le pidió perdón por las molestias, al tiempo que le rogaba que no le hablara del asunto —como el paciente que renuncia a enterarse de los detalles de una operación inevitable. Goldhammer le dijo: «No debe usted preocuparse por nada. Yo vendré a recogerlo. Sólo deseo pedirle una cosa: que dispare de verdad y no ostensiblemente al aire».

A este respecto, podía estar tranquilo, Gerhard no haría mal papel. Tal vez ocurriera un milagro. Pero cuanto más lo pensaba más intranquilo se sentía. Kargané era buen tirador. Goldhammer le imaginaba levantando indolentemente la pistola después de oír la orden de fuego y oprimiendo el gatillo sin apuntar. Y el muchacho caería como un pichón.

El único que hará mal papel soy yo, el capitán de caballería Goldhammer. No estoy dispuesto a consentirlo, no puedo tolerarlo. Desde hace una semana estoy oficialmente enfermo. En realidad, no debería asistir al duelo. Sería una desfachatez. Al fin y al cabo, Kargané tiene razón. La cosa está en orden. Y, sin embargo, se mire por donde se mire, es una infamia. Y soy el único que puede evitarla.

Reflexionó nuevamente. Aunque se había jurado a sí mismo permanecer sereno, se sirvió un coñac. Pero tenía que ser el último, o de lo contrario iba a tener una noche muy larga, como las de toda la semana. Durante estas fases, Goldhammer no estaba nunca realmente despejado; cuando no bebía, su confusión era mayor que nunca. Una cabeza clara no le reportaba nada más que dolor. Le era imposible comunicarse con el mundo exterior y advertía que cuanto más se esforzaba por expresarse con claridad más confusas eran sus frases e incluso su dicción. Por las mañanas la angustia llegaba a cortarle la respiración. Oía el murmullo de la multitud que se congregaba delante de la casa; venían a juzgarle a él.

Como tantos otros en su situación, Goldhammer había pensado en el suicidio. Nada parecía más fácil. Sin embargo, cómo crecía la resistencia cuando uno tomaba la pistola y quitaba el seguro. Y pensar que bastaba una leve presión del dedo, apenas un roce, para entrar en el nirvana.

Lo bueno sería encontrar a otro que lo hiciera por ti. Goldhammer no era partidario de la pena de muerte, ni de cualquier ataque contra un ser indefenso —aunque hacía una excepción consigo mismo. Una ejecución, tal vez incluso para el inocente, era una muerte rápida y limpia. El mismo César la había ponderado como la mejor.

«Tal vez, después de la orden de fuego, yo podría ponerme delante del muchacho cubriéndole con mi cuerpo. Para él sería la salvación, y para mí, un buen final. De todos modos ya estoy acabado. En todo caso, hay que hacer algo. En suma, el duelo no debe celebrarse. Avisaré a la policía. Lo que me faltaba, el papel de

delator. Escribir anónimos y, además, siendo el padrino. Una cuestión de honor a todas luces».

Goldhammer se sentó ante el secreter y se puso a escribir. Había puesto una pierna encima de la otra y se asustó cuando vio que empezaba a oscilar como un péndulo. Tuvo que sujetarla con la mano izquierda. Pero escribió de carrerilla, como al dictado. Después de cerrar y sellar el sobre, pero sin franquearlo, tiró de la campanilla y despertó a Heinrich.

—Heinz, una carta urgente para la Cité. Entrégala a la patrulla, di que es urgente, pero no des explicaciones. Confío en ti.

QUINTA PARTE
EL DUELO

33

Etienne había salido del Palais después de medianoche y cuando regresó a la mañana siguiente Dobrowsky seguía en su despacho. Aquel hombre debía de tener una máquina en la cabeza. Había despachado a varias visitas y ahora estaba sentado delante de un montón de cartas que Delavigne abría y le iba pasando. Unas habían sido entregadas por la patrulla, otras habían llegado por correo y otras las habían traído mensajeros. «Casi todo, paja», comentó el inspector. La recompensa había animado a muchos.

—Otro más —dijo Dobrowsky a Delavigne al descubrir un pequeño sobre azul con lacre rojo—. Luego, se acabó. A ver si puedo dormir un poco antes del mediodía. De todos modos, el caso está claro.

Etienne aún no se había repuesto del asombro cuando vio que a su amigo se le descomponía la cara al leer la carta. El inspector pidió el plano de la ciudad y miró el reloj. Luego, se levantó de un salto.

—Lo que faltaba. Delavigne, vaya inmediatamente al cuartel de Bomberos. Quiero el coche más rápido que tengan, con su dotación. No importa dónde es el fuego.

34

Entretanto, en el viejo molino se hacían los preparativos para el duelo. Excepto Gerhard, todos estaban familiarizados con el lugar. La nave era muy clara. Anteriormente, también se había utilizado para la cría de gusanos de seda. La puerta estaba cerrada. Heinrich y el cochero del conde la vigilaban. Delante aguardaban el coche de Kargané y el del «Père Charon». Hoy no había venido a pie ni el doctor Mandel: después de todo lo que había oído, seguramente tendría más trabajo que nunca. El armario estaba abierto, y el instrumental, extendido sobre la mesa. Después de los saludos formales, el capitán Goldhammer midió la distancia con las zancadas más largas que pudo dar. Se cargaron y probaron las armas. Los contrincantes se quitaron la chaqueta. El árbitro leyó las condiciones con su voz chillona y terminó:

—Ahora, ruego a los caballeros que tomen las armas y se sitúen en sus lugares respectivos. Contaré hasta tres. El primer disparo corresponde a monsieur de Kargané.

Se hizo el silencio. Gerhard y Kargané estaban frente a frente. El sol entraba por la claraboya. El capitán Goldhammer apenas se tenía en pie; las zancadas le habían dejado exhausto. «Aquí hay demasiada luz —pensó—. Las camisas son como blancos. Si por lo menos ese muchacho se pusiera de perfil…».

En el momento en que el comandante levantaba el brazo y empezaba a contar, un ruido insólito le interrumpió: era un estridente campanilleo que se acercaba. Goldhammer, que cada vez se fiaba menos de sus sentidos, creyó que eran sus oídos. Debía de ser la circulación. ¿O tal vez el milagro?

Las campanas enmudecieron. Inmediatamente, la puerta se abrió con violencia —con tal violencia que sus batientes cayeron al suelo. Un hombre pequeño, vestido de negro, se precipitó al interior del molino seguido de figuras uniformadas, con hachas en las manos. Era Dobrowsky. *Deus ex machina*.

—¡En nombre de la ley, que nadie se mueva! ¡Caballeros, sírvanse soltar las armas!

Gerhard, que estaba de cara a la puerta, la vio desaparecer como se levanta el telón de un escenario. Fuera relinchaban caballos y hacia él venían hombres con cascos griegos. Cayó al suelo. «Me han herido. Es hermoso, más hermoso de lo que imaginaba».

Goldhammer sintió que se le quitaba un peso de encima. Realmente, un milagro, una resurrección casi. Mauclerc, que estaba frente a él, le miraba despectivamente. «Una denuncia. Y sólo puede haber sido ese repugnante espía. Desconfié de él desde el primer momento. Pero me las pagará. Yo no puedo desafiarle pero me encargaré de que ni los perros acepten un pedazo de pan que venga de él. Y no digamos que un caballero le tienda una mano».

Kargané estaba de espaldas a la puerta, al lado de la mesa del médico. Encima de ella dejó la pistola. El inspector, acompañado de Etienne, se situó detrás de él y le dijo en voz baja:

—Monsieur de Kargané, en el último segundo he conseguido impedir que cometiera usted un segundo asesinato. La víctima del primero fue la bailarina a la que usted confundió con su esposa. Alguien le vio. Tengo que llevarle ante el juez de instrucción y le ruego que me siga sin resistirse. ¡Deje esa pistola!

El aviso llegó tarde, y también la mano que Dobrowsky alargaba hacia el arma. Kargané la había empuñado y vuelto contra sí mismo. Tampoco Etienne consiguió arrebatársela. El doctor Mandel estaba ya junto al conde cuando la sangre empezaba a manchar la seda de la camisa. Se arrodilló a su lado y se levantó en seguida: «No hay nada que hacer. Fue un disparo mortal».

—El mejor de su vida —dijo el inspector—. Quiero hablar con usted antes de que extienda el certificado.

El médico dijo: «Ahora debo ocuparme del joven. Él me necesita más. Y me parece que tampoco Herr von Goldhammer se siente bien».

Una combinación de asesinato y suicidio, como presintiera Goldhammer aquella noche. Sólo que entonces pensaba en Gerhard. Y es que suele ocurrir que, no bien has puesto el marco, es asombroso con qué artera celeridad se llena. Inquietante.

A mediodía, el viejo molino había vuelto a quedar desierto, después de que actores y comparsas del drama se dispersaran. Los primeros en desfilar fueron los bomberos. Ellos ya estaban acostumbrados a los sucesos trágicos. Père Charon condujo el cadáver del conde a la Morgue. Mauclerc le acompañaba. El doctor Mandel insistió en trasladar a Gerhard a su consultorio. Una vez allí, ya vería lo que había que hacer. Goldhammer se fue con él. El inspector les hizo acompañar por Delavigne. «Usted me responde de que no se cometan tonterías por el camino».

Dobrowsky no tuvo más remedio que requisar el coche de caza de Kargané. Regresó a la ciudad con Etienne, quien, en cuanto se sentó en el coche, se sumió en una especie de trance del que no salió hasta que llegaron a su casa y el inspector le sacudió por un hombro. Los sucesos del molino habían pasado sobre él como una tormenta. Tan aturdido estaba, y tan cansado, que ni hizo preguntas al inspector. Éste le dio unas palmadas en el hombro.

—Amigo mío, descanse. A mí me espera una tarde muy larga. Ya hemos subido a la montaña, pero el descenso también tiene sus pasos difíciles. En fin, ya veremos. Le espero a las ocho en «Los cuatro sargentos», a «levantar» unas fuentes, que diría un viejo cazador como Kargané.

EPÍLOGO

35

Etienne encontró al inspector en el lugar acostumbrado. Su amigo estaba en una curiosa disposición de ánimo —entre exaltado y distraído. Su humor era excelente y estaba tan locuaz que a menudo perdía el hilo. Se mordía los labios con nerviosismo; sus pupilas estaban dilatadas de un modo inusitado. Nuevo era también el distintivo rojo que llevaba en el ojal.

—Inspector, le admiro. Comparado con usted, Sherlock Holmes es un aficionado.

Dobrowsky levantó la mano: «Tuve mucha suerte. No hay que olvidar la ayuda que se me ha prestado. Desde luego, saber delegar funciones también es un arte: eso sí que puedo atribuírmelo. Y sin cocaína no habría podido salir adelante; eso siempre ayuda».

Vieron pasar por su lado a Leprince y, detrás de él, a una señora con capa de piel. El inspector los siguió con la mirada. «Fíjese… ésa es nueva. Nos ha visto y no nos ha saludado. Mucho me temo que pronto tendré que volver a ocuparme de él».

Etienne no sabía por dónde empezar. «Ante todo, enhorabuena. Veo que la recompensa no se ha hecho esperar. Realmente se la merece».

El inspector volvió a levantar la mano: «Las cosas no son tan sencillas como usted supone. Mi mérito, si así quiere llamarlo, no consiste en esclarecer el caso, sino más bien en saber evitar ruido innecesario».

—Entonces, ¿es el precio de su silencio?

—No, no, nada de eso. Más bien el reconocimiento a que la policía se haya mantenido dentro de su demarcación. No nos incumbe a nosotros decidir si un caso está cerrado o no. Nosotros exponemos los hechos. No es nuestra tarea valorar políticamente ni enjuiciar moralmente un caso. Parece que lo mejor será que éste quede en el aire. Además, no existe plena seguridad. Kargané se ha suicidado, pero no ha confesado.

El inspector pidió de beber y aprovechó la ocasión para preguntar al camarero si conocía a la señora que estaba con Leprince, y, después de catar y dar su aprobación al vino, dijo:

—Etienne, no me tome usted por un Maquiavelo, pero sin una pequeña dosis de maquiavelismo no se consigue nada. El ministro no exige rigor absoluto en el procedimiento, sino que es flexible. Incluso le gustó que recurriera a los bomberos, lo cual excede de mis atribuciones; no tengo autoridad. Pero en este caso los segundos eran vitales. Faltó muy poco para que zum Busche fuera borrado del mundo de los vivos.

A Etienne la actitud de Dobrowsky le resultaba excesivamente sibilina, como si escondiera su juego.

—Inspector —le apremió—, todavía estoy desconcertado. De manera que, cuando acusó a Kargané del asesinato, ¿estaba dando palos de ciego? ¿Y tuvo la suerte de que saltara la liebre donde usted esperaba?

El inspector movió negativamente la cabeza. «De que había sido él no me cabía, ni me cabe, la menor duda, dicho sea entre nosotros. Lo que me sorprendió fue su fulminante reacción. Él comprendió al instante que, más tarde o más temprano, yo conseguiría acorralarle, y él abrevió el proceso y nos hizo un favor. Cuando le vi empuñar la pistola, durante un momento temí que pudiera consumar el asesinato de zum Busche. Pero eso no hubiera sido propio de un hombre tan inteligente. Matar al joven encajaba en el papel del marido burlado, pero él ya había superado esa fase. El conde Kargané estaba por encima de los celos. El joven le era indiferente, incluso diría que lo encontraba simpático».

Dobrowsky repitió: «En realidad, tuve suerte. No quiero dármelas de adivino, pero siempre dije que el hombre del pañuelo se presentía. Y era exactamente como yo me lo figuraba: un cadete de Marina de diecisiete años, que está en París con una semana de permiso. Su barco se encuentra en Toulon. Un muchacho encantador, como le gustaban a la bailarina. Se presentó después de medianoche, proclamando su inocencia, de la que yo nunca dudé.

»Y ahora, asómbrese: pude sacarle que, poco antes de que se cometiera el asesinato, él se había cruzado con Kargané en la escalera de atrás. Estaba seguro y podía jurarlo: el capitán Kargané era un personaje conocido en la Marina. Yo ya había pensado en él, concretamente, desde el momento en que me enteré del cambio de habitación. Y es que las dos mujeres eran muy parecidas: el mismo carácter, los mismos gustos… Coincidían en la elección de sus galanes y habían coincidido también en la situación, momento y lugar. No es de extrañar, pues, que el capitán se confundiera.

»Pero vayamos por partes. Le expondré el cuadro de conjunto. Aún hay lagunas, pero podremos llenarlas con suposiciones».

Dobrowsky procedió como era habitual en él, pasando de lo general a lo particular. Primeramente, ¿qué cabe pensar cuando es asesinada una mujer? Los móviles pueden no tener nada que ver con el sexo. Tal vez la hayan asesinado porque era un estorbo, o para robarla. Ahora bien, si interviene el sexo, hay que pensar en celos, venganza, infidelidad o en una fobia contra el sexo femenino. En el primer caso, la víctima será una mujer determinada; en el segundo, puede ser cualquier mujer.

El asesinato de «La campana de oro» podía ser, pues, el primero de una serie de crímenes, y la bailarina, la víctima de un desgraciado azar. Estos casos, como ha podido comprobarse en Londres, son los más difíciles de resolver, por cuanto que las investigaciones se diluyen en imponderables. Ahora bien, si el ataque iba dirigido contra la bailarina concretamente, había que buscar al asesino entre sus amistades. Eran muchos los que figuraban en su agenda; la

investigación prometía ser un trabajo farragoso y molesto sin probabilidades de éxito.

El panorama varió cuando el inspector se enteró del cambio de habitación. ¿Y si se tratara de asesinar a la condesa? Entonces surgía inmediatamente el nombre del conde.

Dobrowsky recapituló los hechos acaecidos desde el domingo al mediodía: el encuentro de Gerhard con Irene y el papel todavía indeterminado que había desempeñado Ducasse, la fuerte pelea entre los Kargané, el ramo de rosas de Gerhard, el billete de la condesa, que tanto podía contener unas frases de agradecimiento como una invitación.

Kargané, todavía jadeando de ira, vio al mensajero, tal vez incluso pidió que le enseñara el billete. Lo cierto es que sabía lo que ocurriría aquella noche; conocía el lugar y la hora. No era la primera vez que sufría la afrenta. Incluso cabía que Irene le hubiera arrojado a la cara sus intenciones —parecía propio de ella. El mismo Kargané era conocido en «La campana de oro»; se decía que era uno de los habituales que tenían llave de la puerta de servicio —lo cual, empero, aun de ser cierto, aquella noche no hubiera sido necesario. Fuera como fuera, él estaba en el lugar, como el cazador que sigue un rastro seguro.

Hacía tiempo que le pesaba su matrimonio; él quería librarse de su mujer. La escena de aquella tarde fue la gota que hace derramarse el vaso. Había que tomar una decisión. Al tiempo, pensó en la coartada. Había pedido el coche para ir al club. Pero, en su lugar, dio instrucciones a Mauclerc para la partida de caza y mandó enganchar la jardinera. Esto lo supo el inspector al regreso del molino por el viejo cochero, el cual, por cierto otro bretón, enmudeció de pronto. Si el conde fue realmente de cacería, para lo que había tenido tiempo, era algo que a Dobrowsky no le interesaba. Aquella mañana se le había visto en el coche con Mauclerc —para una coartada bastaba.

Probablemente, se había quedado al acecho en la niebla, detrás de la Madeleine, hasta que Irene se apeó del coche, con lo que se

disipaba todo vestigio de duda. Antes había entrado la bailarina con su cadete. La Bourdin les había dado el apartamento Doce. Una pequeña propina la había inducido a ello —para suerte de la condesa y desgracia de la bailarina.

Entretanto, la Della Rosa se había instalado con su cadete, al igual que Irene y Gerhard, que llegaron poco después. El inspector repitió: Dos muchachos en su primera aventura —una rara coincidencia, aunque no insólita en la casa.

El inspector miró a Etienne: «Todos hemos pasado por eso; y el cadete se sentía cada vez más violento cuanto más se deshojaba la rosa. No pretendo ser cínico, el misterio en el que ofician las vestales es imponente, y era precisamente este efecto el que buscaba y saboreaba la bailarina, pese a que no le correspondía».

El joven estaba incómodo. Abrió la puerta y salió al pasillo. En la penumbra, se desorientó, no dio con el camino por el que había venido y encontró la escalera de atrás, iluminada por una luz de gas. En el descansillo se detuvo, para recapacitar, o tal vez para volver sobre sus pasos, y oyó subir a alguien. Se disimuló en un rincón y reconoció a Kargané que pasó por su lado sin verle.

—Aquello disipó mis dudas. Yo ya estaba en el buen camino, pues no bien me enteré del cambio de habitaciones tuve la primera sospecha. Allí no se trataba de la primera que apareciera sino de una persona determinada.

»¿Por qué antes del crimen miró el capitán al interior de la habitación de al lado? Tal vez por precaución, tal vez ni él mismo sabía por qué. De todos modos, cuando atacó se creía delante de la buena puerta. Ni siquiera tuvo que abrirla porque eso lo hizo la bailarina. Probablemente, esperaba que volviera el cadete. Seguramente, oyó ruido y se asomó a la puerta, vestida apenas. Kargané sólo podía ver su silueta, ya que la habitación estaba iluminada y el pasillo, casi a oscuras. Las dos mujeres tenían la misma complexión y, lo que es más importante —el hombre era animal de presa—, usaban el mismo perfume.

Aquí el inspector no regateó elogios a Delavigne, que había hedió un buen trabajo de investigación. «Chant de Châtaigne» era una esencia destilada de la flor del castaño que llegaba de Extremo Oriente, desconocida de las grandes firmas de perfumería. La importaba un comerciante que surtía a una pequeña clientela. Delavigne repasó sus listas de clientes.

Seguramente, el conde no había advertido su error hasta oír la voz de la bailarina: «¡Suélteme!». O sea, al cabo de unos segundos; pero ya era tarde. Ahora sólo era la mujer —lo mismo daba la propia que otra cualquiera; eran todas iguales. Lo mismo que los hombres —Jack el marinero o Kargané el capitán. Tampoco fue casualidad que ambos se sirvieran del cuchillo. Desde luego, al capitán le hubiera sido más fácil recurrir al veneno o simular un accidente.

El inspector empezó a divagar: «No deja de asombrarme la cantidad de inteligencia que se derrocha en un crimen. No está en proporción con el riesgo. Así ocurrió en este caso. Kargané tenía todas las de ganar: adulterio comprobado, divorcio, un par de tiros al aire. Tiene razón Lombroso: el crimen es un don maldito, una tara de nacimiento. Por otra parte, no creo que imitara al asesino de Londres. Aquel que todo se lo permite no necesita modelos. Tengo entendido que éste es el lema que figura en la puerta de su pabellón de caza. Por algo la condesa nunca quiso poner allí los pies».

Hizo una seña al camarero: «¿Tomamos otro? Es increíble lo despejado que estoy, después de pasar toda la tarde yendo de un lado a otro. Pero no está mal la cintita, aunque muchos la tomen a broma. Al salir la llevaba en el abrigo y un policía que no me conocía me acompañó hasta la calle: un *monsieur décoré*».

En realidad, aquel día apenas había tenido tiempo ni para liar un cigarrillo. El rumor de lo ocurrido en el molino le precedió a la Cité. De divulgarlo se encargaron los bomberos. Después de dejar a Etienne en su casa, el inspector fue llamado al despacho del prefecto, quien lo envió al ministro. Después, redactó el certificado de defunción con el doctor Mandel. «Muerte por accidente al descargarse un arma» era la mejor fórmula posible; en eso se

mostraron todos de acuerdo. El propio inspector tuvo que reconocer que así pudo ser cuando el capitán se sobresaltó al oír su brusca conminación.

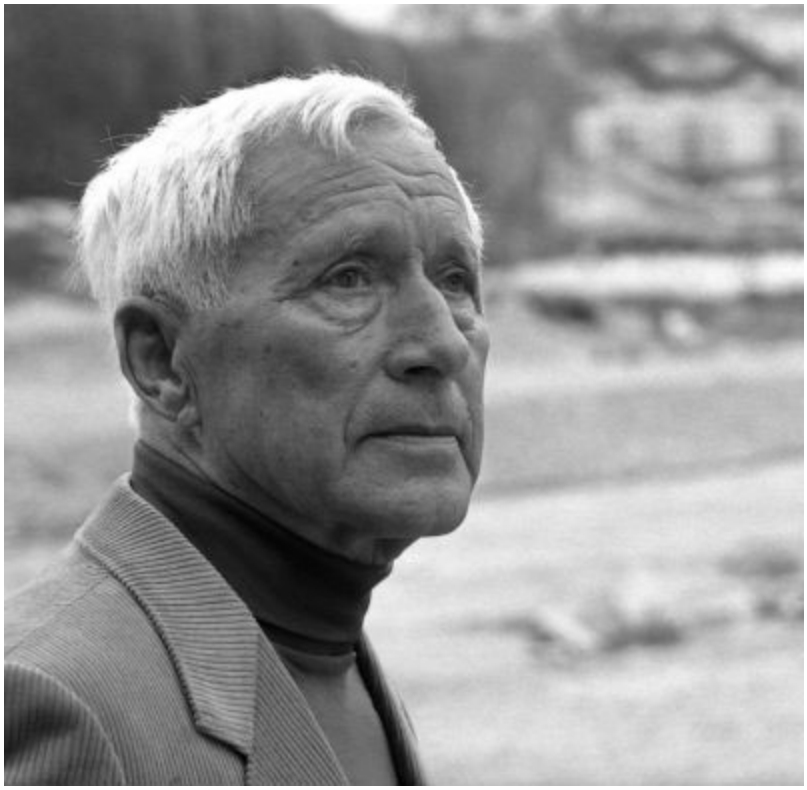
¿Y podía él afirmar con absoluta certeza que Kargané era el asesino? Había buenos indicios, pero hubieran hecho falta muchas indagaciones para recopilar pruebas. La coartada de la noche del crimen era bastante sólida; aquellos bretones, como Mauclerc, el cochero y el mismo cadete, tenían otro concepto del derecho y eran capaces de llegar al perjurio para ayudarse unos a otros.

Sin duda, había circunstancias muy reveladoras, pero ¿hubieran sido suficientes en el juicio? Por muy cuidadosamente que se enlazaran entre sí, el conjunto seguiría siendo un castillo de naipes. Maitre Demange, a quien Kargané habría encargado de su defensa, lo habría derrumbado sin dificultad.

¿Y todo para qué? Kargané había muerto. El inspector supo por Paturon que se le preparaba un gran entierro. La investigación póstuma sería, no ya inútil sino contraproducente. No beneficiaría ni a la viuda, ni a su amante, ni a los clientes de «La campana de oro», sino todo lo contrario. El almirante, en su calidad de suegro del difunto, ya recibía visitas de pésame: se había puesto de luto. Sobre todo, la *Marine —le drapeau*.

El caso estaba cerrado, o lo estaría pronto, por lo que se refería a Kargané. El inspector se mostró de acuerdo con el ministro. Sólo quedaba frustrado el sabueso que sigue un rastro fresco y es obligado a abandonarlo poco antes de llegar al objetivo. Pero ¿de qué servía cobrar una presa que nadie deseaba? Los policías que se obstinan en investigar por cuenta propia no reciben muestras de agradecimiento, de eso había muchos ejemplos. Era *l'art pour l'art*, tarea para detectives particulares y hasta para periodistas.

Dobrowsky se acarició la cinta que adornaba su solapa: «El expediente está cerrado, el caso queda sin resolver. Temo que a los colegas de Londres les ocurra otro tanto».



Ernst Jünger (Heidelberg, 1895 – Wilflingen, 1998) fue herido múltiples veces en la guerra del catorce, de cuya experiencia surgieron *Tempestades de Acero* (1920), que Borges consideró el único libro épico del siglo, o *El combate como vivencia interior* (1922). Posteriormente, cursa estudios de ciencias naturales —a su pasión por la entomología dedicará *Cazas sutiles* (1967)— y se interesa por la filosofía en la Universidad de Leipzig. En 1927 se traslada a Berlín, conoce a Carl Schmitt, traba relaciones con varios personajes de la Revolución conservadora y publica *La movilización total* (1930) y *El Trabajador* (1932). En 1930 comienza su correspondencia con Heidegger, dedicándole *Más allá de la línea y otros ensayos*. En 1933 abandona Berlín y rechaza la oferta de los nacionalsocialistas de ingresar en la Deutsche Akademie der Dichtung o un escaño en el Reichstag. Publica entonces *Sobre el dolor* (1934), *Juegos africanos* y la novela *Acantilados de mármol* (1939), un ejemplo de resistencia interior. La segunda guerra la pasa

en París, como oficial adjunto al estado mayor. En 1944 se distribuye clandestinamente *La Paz*, esbozado en 1941 se edita finalmente en Bélgica (1945). Dedicado a su primogénito, muerto en combate tras ser detenido por conspiración, puede leerse allí una denuncia del holocausto y un proyecto de construcción política europea posterior a la necesaria derrota alemana. Con todo, se le prohíbe publicar en Alemania hasta 1949. Tras sus experiencias con LSD escribe *Acercamientos. Drogas y ebriedad* (1950). En 1979 se le concede la Medalla de la Paz de la ciudad de Verdún; en 1984 François Mitterand y Helmut Kohl le invitan a los festejos por la reconciliación franco-alemana. En 1978 aparece una segunda versión de sus voluminosas obras completas, donde destacan sus diarios, *Radiaciones*.

Notas

[1] Papá Caronte. **<<**